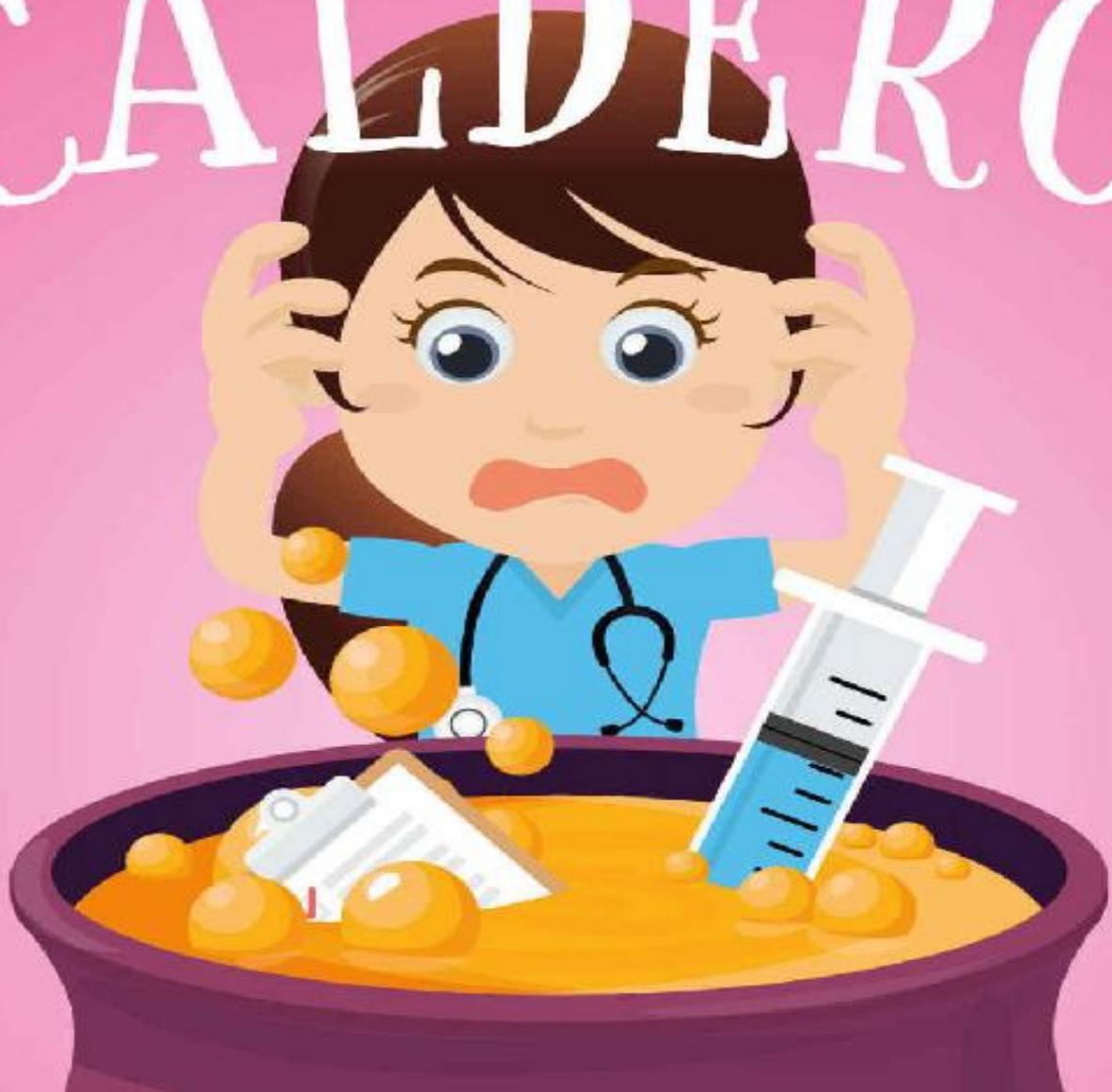


IRENE FERB

*De enfermera*  
**AL CIELO**  
*o al*  
**CALDERO**



# Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, febrero 2019

© 2019 Irene Ferb

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

# **Nota del Editor**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

# Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Cambio de turno](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Picorcillo en la nuca](#)

[Capítulo 4](#)

[Misterios enfermeros](#)

[Capítulo 5](#)

[El banquillo de los acusados](#)

[Capítulo 6](#)

[Tú la llevas](#)

[Capítulo 7](#)

[El misterio de las pastillas machacadas](#)

[Capítulo 8](#)

[Perfil sociológico serio donde los haya](#)

[Capítulo 9](#)

[Perfil sociológico serio donde los haya \(II\)](#)

[Capítulo 10](#)

[Tierra, trágame](#)

[Capítulo 11](#)

[Compañeros amigos](#)

[Capítulo 12](#)

[¿Qué tendrá el pijama?](#)

[Capítulo 13](#)

[Un poco de frivolidad para estos tiempos revueltos](#)

[Capítulo 14](#)

[Tensiones en la planta](#)

[Capítulo 15](#)

[Año 3000](#)

[Las planillas](#)

[Año 3001](#)

[Continuará...](#)

[Capítulo 16](#)

[Año 3003](#)

[Las planillas \(II\)](#)

[Año 3003. \(Unas horas después\)](#)

[Año 3005](#)

[Capítulo 17](#)

[Bromas aparte](#)

[Capítulo 18](#)

[La guinda](#)

[Capítulo 19](#)

[Ingenieras de la NASA con pijama](#)

[Capítulo 20](#)

[Marañas](#)

[Capítulo 21](#)

[Agradecimientos](#)

*A todo el que ha convertido el verbo «cuidar» en su profesión.*

# Cambio de turno

Todo, o casi todo, visitante de Londres que se precie empeña unas horas de su viaje para ver de cerca (es un decir) el Cambio de Guardia en el palacio de Buckingham. Y es digno de ver, no digo yo que no.

Que unos entran y otros salen lo celebran a bombo y platillo con banda musical, con enormes sombreros de pelo y rodeados de curiosos con sus brillantes *flashes*. Hace unos meses yo fui una de esas forasteras que intentó presenciar el espectáculo, y me pasó lo que todos los años en Cortylandia, que lo intuí, pero ver, ver, no vi nada.

El caso es que, aplastada por las mochilas de mis contrincantes en la búsqueda de sitio y con las puntillas de los pies al borde de la huelga por colapso, me dio por pensar en la importancia del cambio de turno y en que nosotros, los enfermeros, deberíamos celebrarlo de manera similar... o más.

Contar la guardia... el mejor momento del día (para quien la cuenta). No hay nada comparable a esto. Debe de ser como la confesión para un pecador practicante o como parar un penalti en la final del Mundial. Tú le concretas a tu igual lo que has realizado en tu turno, le suavizas lo que queda por hacer y te marchas más ancho que pancho. Vacías tu mente de la carga asistencial y caminas al vestuario tarareando *Freedom*. ¿O no?

Claro, eso en condiciones ideales. En ocasiones, el cambio de guardia puede ser más duro que las primeras nominaciones de cualquier *reality* (yo no lo veo, me lo han contado). Os voy a compartir momentos por los que creo que cualquier trabajador que debe dar relevo ha podido pasar:

«Reloj no marque las horas...». (Sí, sí márcalas). Cuando te queda menos de una hora para terminar tu turno, las agujas del reloj parecen sedadas y lo miras y lo miras, hasta que te restan diez minutos y le pides al cielo que tu compañero se haya caído de la cama o haya decidido alegrarte el día llegando antes. Entonces, lo ves aparecer, oliendo a perfume y a calle y sonríes tanto por dentro que te salen agujetas en las tripas. Este momento si lo comparáramos con un tipo de película, escogeríamos una romántica fresquita.

La tortilla se da la vuelta y pasas del romance al *thriller*, cuando tu compañero no llega. El simpático se te dispara y comienzas a sospechar

cualquier cosa: se le ha olvidado, se ha dormido, está enfermo, se ha cogido un «porque yo lo valgo» (asuntos propios) y el supervisor no se ha hecho cargo. Dudas de si llamarlo, pero al final lo haces y ese momento se convierte en crucial, porque como no descuelgue el paro cardíaco coge papeletas. No da señales de vida. El reloj sigue avanzando y tú ya deberías estar en tu coche y no dudando de si llamar al supervisor de guardia para informarle.

Alguna vez os ha debido de pasar, estoy casi segura, y es que además suele coincidir en días que estás derrotado o tienes algún plan y te están esperando. Porque, añado ahora, que si al que ves aparecer en vez de a tu compañero es al supervisor de guardia te quedas sin reservas de adrenalina un mes. En esos momentos, es como si el supervisor vistiera una capa negra, como si una piel blanca anémica brillara más que los halógenos y unos colmillos afilados sobresalieran de su boca. Oyes al mismísimo conde Drácula cuando te informa de que tu relevo no puede venir y te dice una frase que se repetirá en tus peores pesadillas:

—¿Puedes quedarte tú?

Entonces la peli cambia al drama más lacrimógeno del momento. Porque sí, sí, nadie te puede obligar a quedarte, pero tampoco te puedes ir hasta que des el relevo a alguien, y el susodicho puede tardar una hora en llegar. El supervisor te mira desafiante y tú a él (si llevas un cierto tiempo trabajando, pero si eres novato luces como Bambi y te quedas ese turno a trabajar como que el Pisuerga pasa por Valladolid). Pero si eres un veterano te niegas en rotundo, pese a la mirada amenazante de tu superior, pero, eso sí, la espera ni te la quita ni te la paga nadie (dicho queda). ¡Vamos!, un drama peor que el capítulo final de *David el Gnomo*.

Pero he hablado del momento cambio de guardia y no del previo. De cuando en veinte minutos finaliza tu turno. Es justo en esos instantes cuando se ve tu calidad como trabajador, esa es la vara de medir a tu compañero. Porque ¿a quién no le ha sucedido que hasta cuando has roto la chuleta y estás sentado esperando a contar, aparece el médico con un jarro de nitrógeno líquido y dice al que lo quiera oír?:

—Hay que ponerle una sonda nasogástrica al paciente.

Es ahí cuando te conviertes en una calculadora humana del tiempo, contando con exactitud lo que te puede llevar ejecutar el sondaje. Pero, como

ninguna estimación de duración de las actividades enfermeras son exactas y la ley de Murphy suele perseguirte en estos casos, se te plantea la duda más existencial del día: «¿Lo hago o lo dejo?».

- a. Lo hago pese a que es más que posible que salga tarde.
- b. Lo dejo preparado pero no lo hago.
- c. Paso y digo que me lo acaba de decir justo cuando llegabas tú (pardillo).

Plantéate qué opción sueles elegir y yo ahora te diré que tipo de compañero eres:

Si has elegido la a, eres un buen compañero. Te importa mucho lo que digan los demás. Eres un trabajador inagotable, una hormiguita obrera.

Si has elegido la b, eres metódico y práctico. No te importa en demasía lo que piensen los demás. Eres un trabajador organizado, una hormiguita directora.

Si has elegido la c, seguro que ahora nadie ha elegido la c, pero sabes que más de una vez sí que la has escogido. A ti te llaman el Justo, pero no te vengas arriba, lo hacen porque repites como estribillo chatarrero: «es que justo ahora lo acabo de ver» o excusas similares. Tampoco te fustigues: ya te lo devolverán las hormiguitas que alguna vez fueron obreras pero se hartaron.

Sí lo sé, me estoy alargando mucho, el anterior párrafo hubiese sido perfecto para acabar este *post* pero es que no puedo parar, mis manos clican y clican porque quieren describirnos los diferentes tipos de contadores de guardias:

El «se me va la vida». Dícese de aquel que tiene tanta prisa que cada vez que cuenta la guardia parece que quiere batir su propia marca personal. Suelen ser compañeros que tienen varios hijos con actividades extraescolares a granel (o es una tapadera) y no les da simplemente con la prisa. Van a tope, no te permiten ni dejar el bolso, si te ven saludar a alguien se ofenden y te quieren sentadito y sin hacer preguntas.

El «no he parado, pero casualmente yo te he encontrado sentado mirando el móvil». ¿Es necesario que lo explique? Naturaleza exagerada, no puede admitir que no ha sido para tanto y se ha dejado cosas pendientes porque prefiere que las hagas tú.

El «te cuento hasta el infinito y más allá». Y no, no es romántico, es más bien pesado porque parece que no quiere irse nunca y que le pagan las horas extras (¡ja!). Es como un escritor que se ha documentado para su novela y te clava hojas y hojas de pura paja, pues igual. Se lo sabe todo, todo, todo y no resume nada, nada, nada. El cambio de guardia dura más que *La Macarena* y te limita el tiempo del café preponerse a trabajar que tanto nos gusta.

El «me voy por las ramas». Aquellos que no es que se extiendan es que te cuentan todo menos la guardia y cuando te quieres dar cuenta en tu chuleta has apuntado que la madre del paciente usa un perfume que le traen de París y huele a talco.

¿Reconocéis a alguien? Seguro que sí...

Ahora sí, concluyo, que por todo lo que aquí he contado propongo que el Cambio de Guardia Sanitario se escriba con mayúsculas, que se convierta en ritual como las danzas haka del equipo de rugby All Black... es una idea.

Yo solo os añadiré en esta guardia que iniciáis que aquí vais a encontrar parte de mi vida y anécdotas como enfermera en forma de *post* del blog *Soy enfermera y me enfermo cada vez que lo pienso*, combinadas con un personaje y una vida ficticias. Os presento a Julia.

# Capítulo 1

## Más vale maña que fuerza

«¡Uhhmm! ¡Qué gustito! No tengo que madrugar».

Abrazo mi mimosa almohada de viscoelástica que compré en unos de esos autobuses publicitarios que dejaban propaganda en mi hospital. Ejem, ejem... en mi antiguo hospital. Sí, aquellos de aparente publicidad engañosa que te prometían el producto estrella para tu felicidad (una bayeta limpia cristales, el saquito para asar patatas en el microondas en cuatro minutos o un montón de utensilios perfectos para deshacerte de ellos en cualquier amigo invisible), solo por bajar media hora a escuchar una charla sobre colchones que, casualmente, siempre estaban en liquidación. La última vez que fui, me dio tanto apuro por Fermín, el comercial de toda la vida, que decidí comprarle una almohadita. Se lo merecía. Eso sí que es un comercial y no lo que hay ahora. Fermín me ha regalado de todo, pendientes, relojes para colgar en mi pijama de enfermera, bolígrafos de cuatro colores y ha aguantado estoico que yo nunca le encargase nada. La última coincidió con que me acababan de confirmar la fecha de jubilación, y la euforia me ablandó el corazón. No olvidaré su cara de sorpresa cuando me acerqué para encargarle la almohada. Ni lo que dijo:

—Esta tarde echo la lotería, es mi día de suerte. Por fin he conseguido venderte algo, Julia. Tras cuarenta años de hacerte la pelota, lo he logrado. — La cara de satisfacción hablaba por sí misma.

—No he podido resistirme a tus encantos comerciales, Fermín.

—Menos mal, llevo toda la vida creyendo que eras inmune —suspiró.

—¡Pobre!, Fermín, era pobre —afirmé rotunda y cargada de razón.

—¡Venga, ya! —me replicó.

—No ves que cotizaba todo.

—Es verdad...

Después me invitó a cenar pero rechacé su propuesta. En otros tiempos,

la habría aceptado, pero ahora no. Por fin estoy donde quiero estar y con quien quiero... Eso me recuerda que aunque ayer me jubilé y no tengo que saltar de la cama (en el sentido ficticio, hace años que me levanto con sumo cuidado; de tanto doblar mis lumbares para buscar venas, el lumbago y yo hemos hecho equipo), tengo muchas cosas que hacer... preparar la maleta.

¡Me voy a las Mauricio! ¡Sí! ¡Me lo merezco! Cuarenta y cuatro años de enfermera en un mismo hospital. Cuarenta y cuatro años de duro trabajo, de cambios de turno, de noches interminables, de aguantar lo inimaginable, de ver crecer mis varices más que mi pelo y de no haber logrado nunca tener puntos para ir a Atención Primaria, me merezco desconectar de mi anterior y estresada vida y abrir paso a la nueva Julia. La Julia zen.

—¡Arjjjjjjj! ¿Será posible? ¡No me ha bajado la maleta! ¡Mira que se lo dije! —mascullo, porque nadie más me puede oír.

Cojo la escalera de la cocina para subirme al maletero. Mi *trolley* entra con mucho esfuerzo allí y cada vez que la saco las protrusiones se multiplican en mi columna.

«Tranquila, Julia, ya te darás un masaje en las Mauricio».

Tiro del asa como esas señoras que salen todos los años peleándose por alguna prenda en las rebajas.

—Sal, maldita, tú te vienes a la playa quieras o no quieras...

¡Aahhhhhh! Caigo hacia atrás empujada por la inercia al soltarse la *trolley*. Siento que mi cabeza rompe el suelo y la maleta, que cae encima de mí un instante después, rompe mi cabeza.

# Capítulo 2

## Camarón que se duerme se lo lleva la corriente

¿Me acabo de morir? ¿Me he muerto el día después de jubilarme? ¡No puede ser! ¡Noooo!

Si atiendo a mi alrededor todo apunta a que sí, eso o tengo un TCE con desviación de comisura, edema alrededor de la lesión, con unas presiones intracraneales por encima de diez o quince (no me acuerdo bien), un Glasgow bajo (nunca me aprenderé esta escala), vamos que o me he muerto y estoy en el cielo, o en coma y soñando con el cielo azul.

Busco más respuestas en mi atuendo. Llevo un vestido que no me ponía hace siglos... y lo curioso es que me queda bien. Recuerdo que lo estrené en uno de los días más felices de mi vida: cuando bauticé a mi hija, Ágata. Tenía ya tres años. Sí, tres años, ¿qué quieres que te diga?, no era mi intención, pero entre mis horarios, subidas de jornada laboral, bajadas de sueldo y ser madre soltera y cabreada como un médico al que le han robado su bata, pues no me daba la vida para celebraciones.

Cosas del destino. Me quedé embarazada por accidente. No, vamos a ver, no fue en un *jacuzzi*, pero casi... Me fui de vacaciones a Cuba y no pude resistirme a esos premeditados halagos que sonaban a cincuenta sombras de mi *amol*... ¿hay quién se resiste? No me lo creo. Por eso no he vuelto.

De todas las formas, en esa época trabajaba en Urgencias y lo más agraciado que me decían era bonita (pero con retintín) así que lógico que cayera en las redes de su deliciosa y desacostumbrada palabrería y, por qué no decirlo, acompañadas de una privilegiada cadera... ¡ayssss! Nunca me arrepentí. Mi hija Ágata ha sido lo más bonito de mi vida.

Acaba de aparecer otra persona en este pedacito de cielo en el que me hallo... ¡Y otra! ¡Y otra! ¡Y otra! ¡Por favor, ni que estuviera en el videoclip de *It's raining men*! He de concretar que en cada ser que aparece distingo la misma cara confusa (o de haba, puerro, seto...). Ojos como platos brillantes

recién salidos del lavavajillas, bocas silabeando: «*Oh, my God!*» en distintos idiomas, manos a la boca y pies inmóviles. Eso en un primer momento, después cada uno se sirve de su arsenal particular de situaciones incómodas: atusamientos de pelo, toses, carraspeos, sonrisas complacientes, miradas al suelo, puñetas... ¿qué hago yo? Muerdo mis uñas; total, las llevo sin pintar.

Como me considero alguien que asimila con facilidad y soy bastante pragmática... analizo mi situación con claridad: me he muerto. Se me cayó una maleta en la cabeza y me he muerto. Ya está. La parte buena es que existe el más allá, que no es poco; la parte mala es que no me he despedido de mi gente y que contraté el viaje a las Mauricio sin seguro.

Han dejado de llover cuerpos, ¡menos mal! Con la suerte que emano me estaba empezando a temer que uno me fuese a caer encima y aunque todo apunta a que estoy muerta y no me iba a matar de nuevo, sí que iba a hacer un ridículo más grande que el diseñador de los trajes de los Reyes Magos de la cabalgata de Madrid 2016, al que se rumoreó que le habían confinado al Primark de por vida (de cajero).

Un estruendoso ruido se levanta en el espacio frente a todos nosotros. Miro hacia allá y observo como una puerta creada con nubes toma cada vez más forma. Una grandiosa entrada, todo hay que decirlo. Me quedo tan pasmada que no me percató de que casi la mayoría de mis compañeros se han dirigido hacia el majestuoso pórtico en estampida y ahora forman una fila. Me recuerda a las salas de embarque de Ryanair donde de un momento a otro se forma la cola y como no andes rápido te ves el último. Pues lo mismito ha sucedido aquí. De todas maneras, la gente qué avispada... ¿Se habrán muerto más veces?

# Capítulo 3

¡A buenas horas me entero!

En varios idiomas. San Pedro se ha dirigido a nosotros en varios idiomas para rogarnos paciencia y silencio pues tiene que analizar cada caso, por lo que siendo una mujer (leo entre líneas) entiendo que no todos entran al cielo.

Ha dado pocas explicaciones más. Se ha presentado como san Pedro, ha confirmado mis sospechas de que me hallaba en las puertas del cielo y de que seríamos unos agraciados si accedíamos a la vida eterna. Y ya se halla en plena elucubración con el primer candidato. No se les oye nada pero, por los gestos del recién fallecido, la negociación está siendo difícil.

¡Y tanto!

¡No ha entrado!

San Pedro ha hecho sonar una campanita y han aparecido dos espectros de luz. Al acercarse al denegado, sin mediar palabra, lo han agarrado por los brazos y al instante han desaparecido los tres (y con ellos mi ritmo sinusal). Todo ello aliñado con un sinfín de gritos, patadas a los espectros e insultos del rechazado.

—Señores, señoras. No se asusten. —Tarde. Mi corazón palpita como una palomita—. Lo que acaban de ver son nuestros compañeros del purgatorio, donde nuestro hermano ha de pasar un tiempo meditando. Es una situación de lo más habitual, con lo que no quiero decir que esa será su situación. No se agobien y sobre todo, no olviden que aquí nada es permanente.

Yo asustada no estoy. Pasmada sí. Nunca he sido muy creyente y en mis escasas oraciones siempre apostaba a que todo el mundo iba al cielo y que lo del infierno no era más que un invento para que nos portásemos bien, algo así como el carbón de los Reyes Magos. Lo que acabo de presenciar me da a entender que igual sí que existe el demonio...

¡Pero yo no puedo ir al infierno! ¡Soy enfermera! ¡Me he ganado el cielo!

¡Con creces! ¡Cabeza alta!

¡Agárrate los machos! Creo que el segundo tampoco ha entrado. ¡Madre mía! Esto es más difícil que conseguir una mañana en consultas.

Efectivamente. Los mismos espectros de antes se han llevado al segundo candidato. Esta vez sin gritos. Lo único, un dedito corazón bien estirado hacia san Pedro... Muy mal gusto, todo hay que decirlo. Este se va a pasar varios inviernos en el purgatorio.

Es el turno de la primera mujer. San Pedro va hacia ella y le coge las manos como si se conocieran.

—Hermana Candela —escucho al tenerlos más cerca—Bienvenida a su hogar.

—Gracias, san Pedro. Tenía muchas ganas de conocerlo —le responde ella, con una voz lenta tomada por la emoción.

Me fijo bien en su atuendo. ¡Es monja! ¿Cómo no me había dado cuenta? ¡Claro! ¡Ya decía yo!

Escucho a mi espalda a la mujer que me sigue:

—¡Esta pendeja venía enchufada! —Acento mexicano—. ¡Menudo tongo!

Como me conozco y no quiero perderme en critiqueos, puesto que estoy a las puertas del cielo, ejerzo un monumental esfuerzo por no girarme y darle la razón. Soy de criticar, siempre lo he sido. Con razón, siempre, pero de criticar. En el hospital, era lo que se estilaba, y yo no encontraba la fuerza de voluntad suficiente para no abandonarme en el arte del corte de trajes cuando una compañera se dejaba los sueros sin cambiar o las curas sin hacer. Ahora que estoy aquí, creo que eso me puede llevar derechita al purgatorio...

Aunque me pilla en plenas divagaciones no me pierdo la entrada de la hermana Candela a la eternidad. La luz de las puertas se ha hecho más intensa, haciendo desaparecer la barrera y la mujer se ha dirigido hacia allá dando saltitos de alegría. Antes de desaparecer, se ha girado y nos ha despedido a todos... me ha recordado a cuando los famosos subían en el ascensor a caracterización en *Tu cara me suena*.

El cuarto candidato, de nuevo, varón. La negociación se alarga. Hablan y hablan...

—¡Virgen santísima! ¿Qué le estará platicando el pendejo? —escucho a la mexicana de mi espalda.

Esta vez sí que me giro y le sonrío, pero no abro la boca y con mi gesto le intento indicar que, o se calla, o va directa a las hogueras.

Tras un debate que estimo que ha durado más de media hora, el cuarto candidato accede a la vida eterna.

Cada vez me quedan menos. Cuento seis personas delante de mí. Un picorcillo estresante o estresado nace de la punta de mis pies y me recorre entera.

Me recuerda a una entrada de un blog de una enfermera que seguía porque tenía más razón que una santa, que hablaba del picorcillo que se siente cuando te equivocas. Como por arte de magia se me aparece el texto al completo en mi cabeza y puesto que lo que me sobra es tiempo, lo releo.

# Picorcillo en la nuca

Hay un síntoma común, un síntoma extraño, idiopático —de causa desconocida—, pero lamentablemente cada día más frecuente y extendido. Un síntoma, que a pesar de que hay equipos, estudios y profesionales que se dedican a ello, sigue apareciendo en nuestra profesión. Es raro el enfermero que no ha padecido alguna vez ese síntoma, y viendo lo visto, y contando lo que cuento, muy a mi pesar, creo que por lo menos esta enfermera lo sentirá de nuevo. Porque soy una persona.

El síntoma: picorcillo en la nuca, agudo, escalofriante. Va seguido de malestar general y miedo, mucho miedo. Puede ir acompañado de sudor, dolor de cabeza instantáneo y susto, mucho susto.

¿Cuándo se siente ese picorcillo indeseado? Pues lamentablemente, cuando te equivocas... y te das cuenta. El error. El temido error. El horrible, pero humano error.

Enfermería es el último paso, enfermería es quién te administra el tratamiento o el cuidado. Somos las manos, y hay tan pocas... ¡HAY TAN POCAS! Las manos no dan abasto, las manos son compañeras de unas piernas que se tropiezan al final del turno agotadas; a las manos las dirige una cabeza que está estresada, exhausta y a la que le llegan durante el turno cientos de mensajes por diferentes vías de comunicación y en diferentes tonos. Y, después de coger el teléfono, los timbres, escuchar al celador, al auxiliar y al médico, a la vez que sacas y cargas la medicación, no es extraño que nuestro entendimiento dé vueltas y engañe a nuestras manos para que cargue ceftazidima en vez de cefazolina o cefuroxima. Hay que sumarle a esto, otro dato muy importante: no somos solo cabezas, no, tenemos emociones, y cuando te encuentras planillas agotadoras, o que falta un compañero y no lo han cubierto y ese día vas a encargarte de seis pacientes más, nuestras mentes se llenan de más ruido, se nublan, y es ahí donde el despiste se hace un firme candidato en tu turno de trabajo. Y a nadie parece importarle, porque, en la teoría, hay cada día más estudios, pero, en la práctica, cada vez somos menos manos.

No culpo únicamente a la carencia de personal, ¡no!, sería absurdo. El error siempre sucederá porque, como he dicho antes, somos personas; pero a mi entender, el error humano es inevitable. El que sí que es eludible es el de la sobrecarga de trabajo. Ese sí.

Yo, por desgracia, he sentido varias veces ese picorcillo en la nuca y no se lo deseo a nadie. Los errores son estúpidos, rápidos e incompresibles para el que los comete y después te hacen sentir fatal. Le das mil vueltas flagelantes como látigos «¿Por qué? ¿Cómo no me he dado cuenta? ¿Le pasará algo al paciente?».

La gente que no trabaja en esto, en muchas ocasiones me ha dicho:

—Ya, pero es que vosotros no os podéis equivocar. Debéis tener cuidado.

Yo les contesto.

—Ya, y eso ¿cómo se hace? ¿Acaso te equivocas aposta?

Mi discernimiento me da a entender que el error siempre va a estar al acecho, y a veces vencerá. Partiendo de ahí, solo nos queda poder corregirlo. Si el que lo comete se da cuenta en seguida, a pesar de que sienta ese escalofrío en la nuca tan desagradable, tomará las medidas precisas para subsanarlo. Pero si el que lo comete va como las motos, se saltará con las prisas los *stops*, los semáforos y las alarmas, y no será capaz de subsanar nada, porque al final del camino no sabrá ni por dónde ha ido.

Escribo esta entrada con miedo, mi intención no es asustar, y si lo estáis, quitaos el susto. Yo quiero que entendáis que los sanitarios somos personas; quiero que entendáis que sufrimos mucho cuando nos equivocamos, más que en otro tipo de trabajo; pero también quiero que entendáis que el cuerpo humano es sabio y cuando algo no le sienta bien, avisa, y os aseguro que todas las manos que estén trabajando en ese turno se desvivirán por cuidarte... porque a pesar de todo, estáis en buenas manos. Podéis creerme.

Y ya de paso, aprovecho, a ver si me pagan un plus en mi hospital por recordaros esto: Lavaos las manos. Las manos limpias salvan vidas (hay hasta un Día Internacional de Lavado de Manos, y creo que están concretando la fecha para el de pies).

**¿PARA CUÁNDO EL DÍA INTERNACIONAL DEL LAVADO DE PIES?**



# Capítulo 4

## ¿Habrá calderas en el infierno?

Percatarme de que mi memoria funciona como un ordenador me ha sobrecogido. Resulta que puedo recordar todo lo que quiera al instante. ¡Qué maravilla! ¡Si hubiera dispuesto de tantos *megas* cerebrales en mi vida habría aprobado la maldita oposición! Sí, me jubilé siendo interina... podría haber sido peor, conozco a alguna que se ha jubilado siendo personal eventual.

La vida pasa tan rápido como un tren de mercancías. Vas acumulando vagones que van pesando, restándote velocidad a la vez que van cargándote de experiencias, son tu bagaje. Cada vagón que añades frena tu locomotora (aparato locomotor) y cuando te quieres dar cuenta, coger un boli del suelo resulta de lo más extenuante y rezas porque alguien se agache por ti (y nadie lo hace, excepto que tengas un buen alumno en prácticas).

Mira, por una parte me alegro de no haber envejecido más, era horrible sentirme lenta y pesada, pero lo de no ir a las Mauricio... eso no se me quita ¡Qué disgusto más grande!

—¡¿Cómo?! ¿Perdona? ¿Pero tú de qué vas?

¡Oh, oh! El quinto candidato parece que no se ha tomado nada bien el envío al purgatorio.

—Hermano Julio Vicente, tranquilícese. Le he intentado explicar que es una situación eventual, en unos meses, si sentimos que se ha arrepentido, podrá acceder al purgatorio.

«¿Eso quiere decir que va al infierno?».

—Y yo le he intentado explicar que la culpa de todo lo que hice la tuvieron mis padres. Mi padre nos abandonó, mi madre se entregó a la bebida y a los fulanos y solo encontré a mi familia en la banda —le replica en tono, digamos que, entre indignado y altivo.

—Lo sabemos, pero usted era consciente de sus actos y ha llevado el dolor a muchas familias. Ha de meditarlo y pedir perdón —le responde san

Pedro, sin perder su sonrisa.

—¿Y quién me pidió perdón a mí? ¡Ehhh! ¿Quién? —Ahora el tono suena a una curiosa mezcla de «me echo a llorar aquí mismo pero soy el chulo del barrio».

—Los que te hicieron daño ya lo meditarán. Aquí cada uno carga su cruz.

Sin más, san Pedro hace sonar otra campanita, esta con un sonido más agudo y aparecen dos nubes de humo negro que acaparan a Julio Vicente portándolo entre risas maquiavélicas. Las tuyas, os prometo que en el resto del ambiente reina el silencio sepulcral.

—Hermanos, hermanas, llevo siglos trabajando en las puertas del cielo y asumo que esto que acaba de suceder es un jarro de agua fría. Por alguna razón, los vivos no suelen creer que Satanás existe y es por eso que esto los pilla desprevenidos. Pero sí existe, ¡vaya que sí existe! —se toma una pausa para reflexionar, y yo aprovecho para tragar saliva porque se me había quedado la boca seca—. Como les dije al comienzo, aquí nada es permanente. Todos ustedes son hijos de Dios y si saben pedir perdón no duden que llegarán a él. Tengan fe, hermanos.

Tampoco como jarro de agua fría, no. Es más bien como cuando te llaman de personal en diciembre para explicarte que debido a un error administrativo te han quitado menos IRPF del que te tocaba y como deben reajustarlo en diciembre no vas a cobrar nada. Sí, es eso. Me sucedió hace ya muchos años, pero recuerdo que del impacto no pude ni contestar. Claro, que me vengué. Cuando recibí la nómina, oculté mis datos personales, la fotocopí y empapelé el hospital para que vieran lo competentes que eran los de «impersonal», así los bauticé a partir de ese día y nunca más hicimos las paces.

El sexto al purgatorio.

El séptimo al cielo.

Me quedan tres y mis nervios afloran como setas en otoño.

¡Ostras! ¡Otro al infierno! Me quedan dos. Me muero de miedo.

Tengo que intentar calmarme. Entretenerme estaría bien... Voy a releer otra entrada de ese blog y así poder refrescar lo que he sufrido como enfermera.

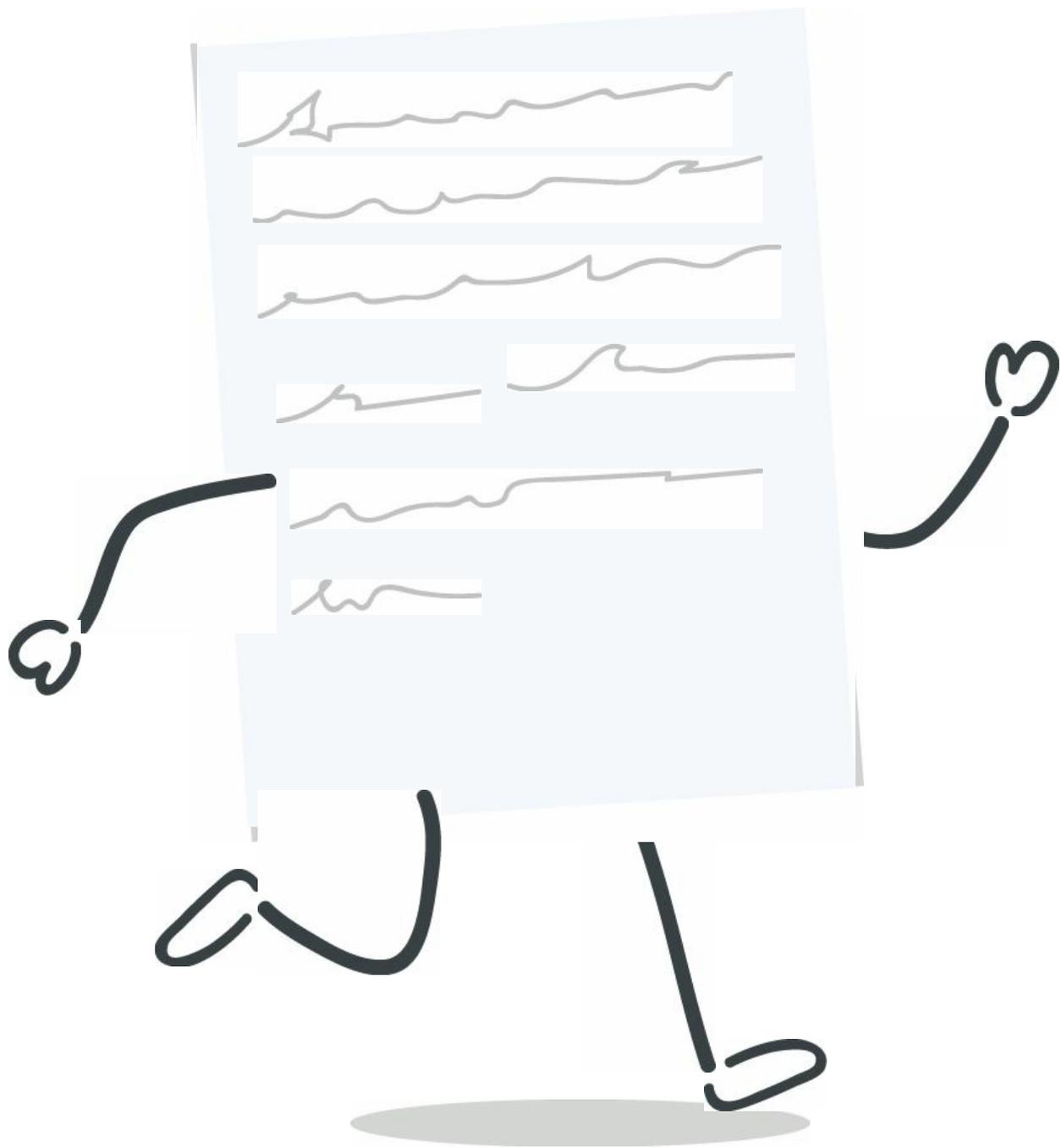
# Misterios enfermeros

¿Os suena esta secuencia?:

1. Boli cayéndose, desde el bolsillo de un enfermero, al suelo.
2. Enfermero que se agacha (tirando de lumbares o de rodillas, dependiendo de la edad), y recoge su objeto perdido.
3. Cuando el enfermero está prácticamente incorporado (antes nunca), el resto de bolis saltan misteriosamente del bolsillo, envidiosos del anterior que se lanzó al vacío a explorar mundo.
4. Enfermero (resoplando o gruñendo, depende de las horas trabajadas), que se vuelve a agachar a recoger a los intrépidos.
5. Cuando el enfermero está prácticamente incorporado (antes nunca), el resto de objetos del bolsillo (vías, tapones, tijeras, pinzas, rotuladores con punta fina, rotuladores gordos, compresores, agendas, jeringas, sueros, caramelos, toallitas desinfectantes, planillas en pequeñito, móviles, xumadoles, orfidales, etc.), saltan al vacío en un tercer arranque trotamundo.
6. Enfermero (bufando en un 99 % de las veces), que se vuelve a agachar a recoger el material.

No, no somos Mr Bean (ni tenemos tiempo), es que deberían inventar algo. Porque como no somos tontos, y esto nos ha sucedido incontables veces, cuando nos agachamos, con la manita que nos sobra protegemos un bolsillo, pero los otros dos, no (nuestros pijamas suelen tener tres) y es de ahí de donde caen los malditos... Pensando en el futuro, seguro que los enfermeros del 2600 (por la selección natural), nacerán con cuatro manos; el resto habrán muerto de atroces lumbagos.

Pero hay otro misterio que molesta más... mucho más, por lo menos a mí. Os muestro una foto.



¿Os dice algo? Sí, verdad... Para los que no sois enfermeros, si alguna vez vais a un hospital (ya, ya sé que odiáis el olor pero aunque sea de visita tendréis que pisarlo, ¿no?) y veis a un enfermero actuando como si tuviera un brote psicótico: levantando cosas, yendo y viniendo, entrando en cada una de las habitaciones con cara de preocupación sin mirar al paciente y sí a las mesillas o pies de cama, yendo y viniendo de nuevo, levantado hasta la torre

del ordenador, agachándose en el suelo... No, no se ha vuelto loco, es que ha perdido la chuleta (o guardia).

Otro gran misterio sin resolver, ¿a dónde irán las chuletas? ¿Tienen pies? Y que levante la mano quien, del cabreo, después de buscarla por todos sitios, no se ha puesto un poco más intrigante y rascándose la barbilla ha pensado:

«¿Me la habrá tirado alguien? ¿Alguien me odia en silencio tanto como para tirarme la chuleta?». (En mi caso siempre me viene a la cabeza la señora de la limpieza, que es para hacer un blog entero).

Y como no hay dos sin tres, otro tercer misterio enfermeril, es:

¿Por qué se acaba la batería del tensiómetro en la última habitación del pasillo? ¡¡¡Arrjjjjj!!!

Él, el tensiómetro, que no tendría sentido sin nosotros, que nos debe su existencia, te la lía a la que puede y se espera a que llegues a la habitación más lejana al control para apagarse sin previo aviso. ¿Querrá que adelgacemos andando? ¿O es que está harto de ser aparato de la tensión (que debe ser un rollo tremendo) y se divierte haciendo maldades?

Después de esta entrada es posible que nos cuadre mucho más que Agatha Christie fuera enfermera. Hay tantos misterios enfermeros que podríamos llamar a Iker y a su equipo de *Cuarto milenio*.

**VOY A  
AMARGARTE  
LA VIDA**



# Capítulo 5

## Sumando minipuntos

¡Ni las filas en «impersonal» para ver si tienen un contrato para ti! Esto es mucho peor... ¡No se puede ni comparar! Y como viene siendo habitual, haciendo honor a la fatídica ley de Murphy, el que me precede lleva más de media hora negociando con san Pedro.

Y ya no puedo leer. No puedo concentrarme. En unos minutos, valorarán si he sido buena persona, si mi conducta en la vida me eleva al cielo azul o me estrella hacia los infiernos. Si no hubiera visto lo que estoy viviendo, apostaría porque iba al cielo directita, pero resulta que san Pedro es más duro que Chicote, en un estilo mucho más cultivado, pero no pasa ni una. Y yo, aunque ahora no recuerdo algún mal por mi parte, me siento cada vez más insegura.

¡Al purgatorio! ¡Otro al purgatorio!

¡Me toca! ¡Ayssssssss!

Me acerco con pasos temblorosos al magnánimo. Una sonrisa por su parte (a mí me castañetean los dientes y no logro controlar mi mandíbula) me infunde esperanza.

—Hermana Julia, tranquila. No muerdo.

«No, morder, no, te faltaba eso...».

—Relájese. —San Pedro me tiende sus manos y yo le acepto la propuesta. Me sorprende el calor y suavidad que percibo en sus palmas—. Siempre ha sido usted muy nerviosa y eso le ha impedido pensar con claridad en ocasiones.

«¡Oh, oh! Mal vamos».

—Aquí, en el cielo, tenemos especial afinidad por los que dedican parte de la vida a sus semejantes.

—Gracias —susurro.

—La enfermería, su profesión, es de nuestras favoritas. El cielo está

lleno de enfermeras.

—Y la tierra, san Pedro, en la tierra también. Das una patada y salen enfermeras por todas partes. —Me escucho.

—No obstante, usted... creo que tenemos mucho que hablar. No se asuste. Me gustaría que me aclarase varias situaciones, pero voy muy mal de tiempo.

—¡Oh! —Me asusto.

—Le propongo que si no le importa, espere un poquito más. Usted es mi caso del día. Con los candidatos que la siguen tengo poco que aclarar y seré rápido.

—¿Esto me dará puntos? —Creo que lo he dicho en alto.

San Pedro ríe.

—Todo cuenta, hermana Julia. Todo cuenta.

—Pues esperaré —afirmo.

—Perfecto. Aguárdeme ahí. —Señala hacia una especie de banquito de nubes que juro que antes no estaba. El banquillo de los acusados.

# El banquillo de los acusados

¿Preparadas? ¿Listas? Comienza la tarde.

—¡Chicas! ¿Hace un café? He traído roscón.

—¡Y yo bollitos!

—¡Pues yo pasteles!

No hay más que hablar. Directas hacia nuestro pequeño estar de enfermería a atiborrarnos de cafeína, hidratos y grasas saturadas para empezar el turno con energía.

Trabajar los fines de semana no está pagado (vamos a ver, sí lo está, pero muy mal). Perderte comidas familiares o de amigos en las que dejas en tu salón una mesa más larga que el estrecho de Gibraltar, no poder irte de cañitas, y encima salir a las diez de la noche es para vivirlo. No hay nada que te pueda apetecer menos que abandonar tu hogar un mediodía de domingo. Nada. Ni quitar los pelos atascados en desagüe ajeno. Quién no lo ha vivido que se calle, hágame el favor.

Existe como un hábito secreto, no es oficial, un tipo de acuerdo al que hemos llegado en mi servicio sin necesidad de pactarlo: los domingos hay que traer comida (de la que engorda) para pasar el trance.

Y en eso estábamos. Engullendo carbohidratos como poseídas. Riendo con los típicos comentarios de:

—Qué pereza, chicas, es horrible. ¿Quién ha dicho que trabajar dignifica? ¡Me cago en sus muelas! Esto es horrible.

—¡A la próxima me pido secretaria! ¡De lunes a viernes como una reina mora!

—¡Pues yo ministra! ¡Y que me busquen los trapos sucios, que me busquen!

—¿Y por qué no ignoramos los timbres, soltamos las pastillas en el mostrador y que se sirvan ellos solos?

—¡No! ¡Mejor! Nos vamos y volvemos a las diez y les decimos que era una broma.

—¡Aysssss!

—¡Aysssss!

—¡Qué penica! ¡Iba yo a estudiar enfermería otra vez! ¿En qué estaba pensando? ¡Por Dios!

Al igual que los manolitos (bollito que lo está petando en Madrid), que mezclan mantequilla y azúcar a espuestas pero es meterte uno en la boca y quedarte como nuevo, combinar azúcares con lamentos resulta de lo más curativo y revitalizador (que no hipocalórico). Lo recomiendo encarecidamente. Lo que no recomiendo es lo siguiente.



Quien dice pan, dice roscón, palmeras de chocolate...

Mientras lamíamos de nuestros dedos la nata del roscón y seguíamos tronchadas fantaseando con que abandonamos la planta, aparece en el marco de la puerta, un ancho varón de metro ochenta, con una barriga por delante, con dos ojos que nos miran con repugnancia y una voz firme y tosca que nos dice:

—¿Quién de «vosotras» lleva a mi madre? —Uso las comillas para enfatizar que el vosotras sonó a «vagas del carajo».

—Aquí no se puede pasar —respondió la más rápida de nosotras (o la que no tenía la boca atiborrada de nata).

—No hay nadie en el mostrador.

—Es que tiene que llamar al timbre —le reclamó la misma.

La mirada de repugnancia de antes tornó a animadversión profunda y «o me contestáis u os tragáis los bollos a pares».

—¿Quién de «vosotras» lleva a mi madre? —reiteró adentrándose en

nuestro pequeño estar. Convirtiendo nuestro momento de relax en una situación más que incómoda.

Y es en ese momento cuando sientes que te han llamado a un juicio y que estás sentado en el banquillo de los acusados. Y te sientes mal por estar tomando café con tus compañeras, cuando es totalmente lícito. Y deseas con todas tus fuerzas que el dedo acusador no te esté señalando a ti porque te va a dar la tarde, cuando es él el que se ha saltado todas las señales de prohibido y accedido a una zona restringida. Y te sientes indefensa porque ya no hay límites ni respeto.

De acuerdo que la visión puede quedar mal, pero por eso no hay que entrar a donde uno no está invitado, porque no lo va a entender... ¿Se te ocurriría colarte en una sala forense donde estudien a alguien querido para ti? No, ¿verdad? (me he pasado con el ejemplo, lo admito). Pues es lo mismo. Es muy fácil tachar a los demás de vagos y maleantes, pero me juego el cuello a que cualquier trabajador hace pausas para café, mirar el móvil, fumar un cigarro, llamar a sus hijos o vete a saber qué, es más, está en su derecho.

Si el santo varón hubiese llamado al timbre, como indican las normas colgadas en cada puerta, le habríamos respondido y solventado el problema, ahorrándonos la absurda queja posterior a Atención al Paciente y el mal rato, porque lo de no responder a los timbres era solo parte de una broma a la que solo nosotras estábamos invitadas.

Moraleja: Ana Torroja solo hay una, ella podrá colarse y plantarse en la fiesta con todo su rostro y encima marcarse un éxito mundial, pero tú no.

# Capítulo 6

## ¿Acaso he alargado las bajas?

He sido impaciente toda mi vida y, por lo que veo, en mi muerte persiste esa sensación angustiosa de no poder esperar. Ciertamente es que lo que espero es digno de crisis de ansiedad, molestias gastrointestinales, caída del cabello y urticaria generalizada con edema de glotis (que nunca la he visto pero la remarca toda la literatura de urgencias). Mi sistema simpático (siempre me pregunto el porqué de ese nombre tan ridículo y nunca lo miro) descarga adrenalina a glándulas llenas y, si pudiera, huiría.

A ver, mi estresado entendimiento me proyecta una y otra vez la cara amable de san Pedro cuando hablaba conmigo y eso me infunde esperanza y la quimérica hipótesis de que al infierno no voy. Pero, ha afirmado que tenía mucho que hablar conmigo y eso pues no me convence en demasía y a su vez me desilusiona. Si el cielo está lleno de enfermeras por qué no he de ser yo una de ellas. ¿Acaso he trabajado poco y ganado mucho? ¿Acaso he matado a alguien? ¿Acaso me he comportado como una mala profesional? ¿Acaso he alargado mis bajas médicas? Y, en referencia a mi vida personal: he criado a una niña como madre soltera, la única vez que me casé (y maldita la hora) lo hice por la Iglesia, he mantenido mis amistades y luchado junto a ellas, he cuidado de mi familia y luego de mis niños... ¡Ahh! ¡Además colaboraba con Cruz Roja y con Caritas semestralmente! ¡Y donaba la ropa que ya no usaba! ¡El cielo es mío!

¡Ja, ja, ja!

Vale, acepto que mi sinopsis vital ha quedado bastante resumida y maquillada (pero no he metido ningún máster). No puedo engañarme a mí misma. Si profundizo en alguna de las anteriores autoalabanzas, estas caen al subsuelo a la velocidad de la luz. Por ejemplo:

A mi hija la crío yo con la ayuda inestimable de mis padres. De hecho, siempre ha llamado papa y mamá a sus abuelos y a mí, Julia. La culpa reside

en que tenía que trabajar en dos sitios para poder mantenernos y eso trastocó su maternal infancia, apenas me vio.

Me casé. Por la Iglesia. Duró poco. Ni la boda... Lo pillé montandoselo con una prima mía (que dejó de serlo) antes de la ceremonia. Presa de la rabia y superada por la situación lo obligué a continuar con la boda y nos dijimos el sí quiero delante de todos los invitados y ante Dios... Acepto que esto me otorga puntos para bajar al purgatorio. No ha habido ni habrá una boda más falsa. Aguanté hasta el banquete... ya lo cuento, si eso, en otro momento. Con eso de que mi memoria funciona como la de un superdotado (o con altas capacidades), lo estoy recordando tal cual sucedió y no me va bien, creo que empiezo a enrojecer como si me hubiera comido una cucharada de wasabi por error (¿habrá algo en el mundo más engañoso?).

Lo de las donaciones es cierto, pero nunca subí la cuota ni compré su lotería a pesar de las llamadas anuales rogándome un pequeño esfuerzo más (que me sentaban como un tiro, todo hay que decirlo).

En referencia a mi trabajo, lo de alargar las bajas... quizás una vez, que me tocaba trabajar Nochebuena, pues estiré un poquito los síntomas de mi contractura cervical hasta después de Reyes, pero es que abandonar el hogar en Navidad es muy triste y mi hija era muy pequeña, me parecía muy injusto que me hubiesen colocado a mí ese día por ser la nueva en esa unidad.

Quizás si leéis esta entrada me entendáis.

# Tú la llevas

Se acerca esa época sensiblemente comercial, en la que casi todos la finiquitamos ocupando algo más de espacio, compramos de manera desesperada el último día, nos vestimos con nuestras mejores galas (hablo por mí, porque si esas son las mejores galas de algunos es preciso que se lo hagan mirar). Al *look* festivo le añadimos ropa interior roja y un poquito de alcohol en sangre. Se acerca esa época en la que echamos de menos a los que se han ido para nunca volver...

¡Uhmhhh, la Navidad!

A mi lado una compañera me dice:

—A mí cada vez me gustan menos estos días...

Y yo pienso: «normal, eres enfermera, ¿cómo te va a gustar?».

La Navidad en el hospital se vive con más estrés de lo habitual. Sobre todo porque viene precedida de la pre-Navidad y sus enrevesadas planillas. Aquí alguien tiene que trabajar las noches clave (así se llama a Nochebuena y a Nochevieja), curioso apodo, digo, por lo de clavar... Y esos días en los que se reubican las T, N, L y M son un verdadero infierno de dimes y diretes (o libres y libretes). Podría parecer que es asunto sencillo, que cada año le toca a cuatro y *c'est fini*... pero ¡ay, amigo!, esto es más complejo que entender (de verdad) el ciclo de Krebs. Deberíamos citarnos en asambleas o en círculos (que está muy de moda) para ponernos de acuerdo y reformar nuestra propia constitución, porque ya os digo que tiene más derechos y deberes que la auténtica.



He aquí la razón de esta entrada: en mi querida planta vivimos ese momento pre-Navidad y está siendo especialmente duro. Nuestro supervisor, que es francés y muy alto, anda un poco perdido con tanta norma y él, que es más de repúblicas, no se aclara. Ya ha expresado en algún momento, con esos morritos que ponen los franceses: «no voy a salir vivo de esta».

Hoy nos había escrito feliz por WhatsApp que ya había terminado con las planillas (después de encerrarse en su despacho, cual presidente en funciones, toda la mañana). Cuando he aparecido en la planta para comenzar mi tarde, no se oían más que gritos desde su cuarto. Y no, no era él con un brote psicótico, las voces provenían de varias compañeras cabreadas con su programación. Si os soy sincera, el lunes le chillé yo (nuestro supervisor es majó, se le puede gritar).

No, no somos unas locas, ¡un poquito de empatía! Nos jugamos mucho, señores, una N mal puesta e injusta te puede reventar la cena con amigos y una T inoportuna la comida con tu familia del alma. La escala de prioridades cuanto más básica, más necesaria, y el tiempo libre es esencial y enfada mucho no disponer de él (y que tu compañera sí).

Esto me hace recabar que los verdaderos Reyes Magos de una enfermera son las L (libre) en los sitios adecuados. Nuestra carta a Baltasar (el Rey Mago favorito de los enfermeros porque él tiene el bronceado que nosotros deseamos y no el blanco cetrino de tanto halógeno hospitalario) comienza con:

«Querido Baltasar, no te preocupes por los regalos. Tú dame eLes, y ya me compro yo las cositas que necesite, pero dame eLes, que me sobren, que sea un campo de eLes».

**¿QUIÉN QUIERE  
ELES?**



Los asuntos que preocupan a «los civiles» que no trabajan todos los días del año: comprar regalitos, qué hacer de cena, hacer filas interminables en las tiendas, ir o no a batallar por un espacio en Cortylandia... son pan comido para un enfermero de atención especializada. Solo nosotros sabemos valorar lo que es librar la Nochebuena y cenar con tu familia. Solo los que trabajamos en Nochevieja, pensamos que aunque, al fin y al cabo, es una noche más, si te dieran la opción te cogías el bolso y protagonizabas el anuncio de «vuelve a casa vuelve...», sin dudarlo.

A mí este año no me ha tocado la china o el famoso «tú la llevas». Pero para los que sí... pues no sé, si es que no hay nada que decir, y no voy a salir con lo típico de que al menos tienes trabajo... Piensa que te van a pagar más, que cuenta como un festivo doble.

Espero que pronto acabe esta temida época en mi planta, (un poquito retrasada este año, todo hay que decirlo), y el espíritu navideño amoroso y conciliador, que sí que existe, porque si no, nosotros ya nos habríamos matado algún año, nos invada y formemos, de nuevo, un equipo. Y de paso, espíritu navideño, reparte unos milloncejos por la planta y verás cómo nos abrazamos entre todos y nos decimos cosas bonitas.

# Capítulo 7

## Funcionarios vs. Pensionistas

Ha llegado mi momento. Por si la curiosidad amenaza, diré que la que me seguía fue directa al purgatorio, rechistando, pero al purgatorio. De los restantes, ha habido un surtido de todo tipo, hasta otro que ha bajado a las calderas del infierno, pero se le veía tan contento (será un esquimal que estaba desando sudar).

—¡Hermana Julia! Ya estoy con usted. Acérquese.

Hago lo que me pide como un perrito bien adiestrado y no como la mía, que parecía de la CUP. Al llegar frente a él, bajo la cabeza intimidada por su mirada indulgente. Hay que aclarar que san Pedro impone mucho.

—Perdone la espera, hermana Julia, pero prefería disponer de tiempo para exponerle mis dudas.

—Creo que he sido buena persona, san Pedro —me atrevo a decirle, con una voz tan impostada que no apostaría por mí nadie.

—Y yo no lo dudo, hermana Julia, pero aquí no solo se valoran los buenos actos, aquí se valora todo. Y una de las formas es buscar a gente a la que ustedes hayan hecho sufrir.

—Nunca ha sido esa mi intención —espeto.

—Que no sea su intención no significa que no lo haya hecho. Y de usted me saltan varias alarmas.

—¿De mí? ¿Cómo que alarmas?

—Le explico. Cuando ustedes dañan a alguien, intencionadamente o no, se crea una marca en la vida de la persona dolida y eso forma una alarma en la historia de su vida que registra el cielo. De igual forma, cuando hacen el bien, se crea una alarma positiva. Usted tiene muchas positivas, pero lo que yo quiero analizar es por qué la gran mayoría de sus señales negativas saltaron en su trabajo.

—¿En mi trabajo?

—Sí, allí. ¿Verdad que es curioso? Una enfermera no debería atesorar más que alarmas positivas, pero no es su caso. Hay cuantiosas negativas. Desearía que me aclarara las más importantes. ¿Está conforme?

—Sí, por supuesto.

—Pues vamos allá.

Con el dedo índice de su mano derecha, san Pedro dibuja una ventana y, tal y como si dispusiera de una varita mágica, una especie de monitor se abre ante nosotros. Ni Steven Spielberg puede con estos efectos especiales.

Y aparezco en la pantalla, mucho más joven, vestida de enfermera, en una habitación de Medicina Interna, gritándole con bastante rabia a un octogenario:

—¡Y usted, un pensionista! ¡Un *comechurros*!

Miro a san Pedro interrogante. No sé qué es eso.

—Espere, rebobino un poquito para que lo recuerde mejor.

Ahora me veo entrando con un carro de curas en esa misma habitación. Se me ve ofuscada. El octogenario, con cara de perro bulldog a puntito de liarla, da tres palmadas sarcásticas al aire y usando el mismo tono emite:

—¡Ya era hora, guapa! ¡Llevo toda la mañana esperando!

Me escucho contestarle (¡Aysss, qué joven era!).

—Y yo llevo toda la mañana diciéndole que tenía que esperar.

—¿A qué? ¿A que se me infecte? ¡Qué poca vergüenza tenéis! Las curas son lo que tenéis que hacer primero y no tanto café y paseo de un lado para otro como pollo sin cabeza. —El señor señala un vendaje en su pierna, un tanto desmontado pero seco y limpito.

—¿Usted no pretenderá organizarme la mañana, no? —Mi tono no se eleva pero sí se me ve más caliente que a una vaporeta—. Porque esto es lo último que me faltaba por oír hoy...

—¡Se lo voy a decir al médico!

—Mire, caballero. Está usted hablando con una enfermera que resulta que ha ido a la universidad...

—¡Tú lo que eres es una funcionaria! —Con un tono tan despectivo como con el que yo le respondo:

—¡Y usted, un pensionista! ¡Y un *comechurros*! —le chillo.

San Pedro corta la imagen y me atiende esperando una explicación.

—¿No me dirá que por esto voy a ir al infierno? ¿Pero no ha visto que

maleducado era el señor?

—Pues sí, pero tú educación no ha brillado tampoco. Además, como antes te he explicado ese momento marcó a ese hombre. Su mujer acababa de fallecer, estaba solo, desde que se jubiló vivía en una depresión constante porque había sido un hombre muy activo y cuando tú le gritaste pensionista se sintió absolutamente menospreciado.

—¡Pues cuánto lo siento!, pero él antes me gritó funcionaria. Y yo no era funcionaria. A ver, san Pedro, le pongo en situación.

—Muy bien, explíquese hermana Julia.

—Yo acababa de tener a mi hija Ágata. Estábamos en crisis. Justo un año antes el presidente de turno nos bajó un cinco por ciento la nómina y a los pensionistas no, y en ese mes nos acabábamos de enterar de que otro nos quitaba la paga extra y encima nos subía la jornada laboral, pero a los pensionistas sí que les iba a abonar su paga extra. En la tele, había una campaña de desprestigio contra los funcionarios. Y yo no era funcionaria, yo era personal eventual, para lo que ellos querían me llamaban funcionaria y me bajaban el sueldo, pero para tener los beneficios de los fijos, yo era eventual. El ambiente estaba muy caldeado. Esas semanas no cesaban de llegar rumores de más bajadas y de despidos. Si salías a la calle se notaba la crisis, las tiendas estaban vacías, los bares igual, excepto los pensionistas que los veía cada mañana en la churrería de mi barrio consumiendo sin miramientos. Estaba muy enfadada, lo reconozco. Ahí es cuando decidí que tenía que buscarme un empleo más, porque no me daba con un solo sueldo para mantenernos a mi hija, a mi hipoteca y a mí. Cuando el hombre me gritó funcionaria perdí los papeles, lo reconozco, pero luego lo curé e hicimos las paces. ¿Eso no lo ha visto?

—Sí, sí lo he visto, hermana Julia, eso es algo que la enaltece, pero la alarma se creó y usted entenderá que precisaba de una explicación.

—¿Y le ha valido? —le cuestiono con cierto matiz inseguro.

—Todo vale, hermana Julia, todo vale.

—San Pedro, ¿me permite un inciso?

—Por supuesto

—Mi profesión es muy dura. En España, la gente protesta continuamente de la Seguridad Social y es mucho más fácil liársela a una enfermera que a un

médico. Cuando trabajaba en planta me pasaba gran parte de mi jornada justificando mi trabajo ante los pacientes y su familia. ¿Le puedo enseñar una lectura de un blog de una enfermera como yo que expone con claridad lo que le intento explicar?

—Por supuesto, aquí en el cielo nos encantan las lecturas.

# El misterio de las pastillas machacadas

Existen varios temas estrella que provocan preocupación —de la maníaca— en los familiares de nuestros pacientes:

- Receta de la pastilla para dormir.
- Tratamiento que toman habitualmente y que no les ha pautado el doctor.
- Estreñimiento (desde ayer).
- Funcionamiento de la tele.
- Presencia de kiwis en la dieta, galletas y por nada del mundo biscotes, etc.

Los dos primeros, en concreto, son de fácil resolución: tan sencillo como preguntárselo a su médico por la mañana. Pero no, ellos prefieren esperarse a las seis de la tarde, asegurándose de que su doctor ya ha cogido las de Villadiego y acercarse al mostrador de enfermería para cuestionarte temas médicos. Y si no los resuelves —imposible, como comprenderéis—, exigirte que llames al médico de guardia con tono de voz exponencialmente creciente. «A la enfermera es mucho más fácil gritarle», creo que es su *modus operandi*.

En esta semana se ha repetido, con diferentes resultados, un recelo en nuestras visitas. Algo que me he visto obligada a compartir, intrigada por la novedad:

«¿Qué les pasa a las familias con lo de machacar las pastillas?».

Yo he sido una de las afectadas, pero mi caso ha sido mucho menos extremo que el de mi compañero. El mío se resume a dos hermanas (malvadas como las de Cenicienta) que tienen a su padre ingresado y que a esta «humilde»<sup>1</sup> protagonista del cuento le han preguntado cada vez que les entregaba en el vasito las pastillas de la merienda y cena —acto que he llevado a cabo diez veces en la semana—, por si estaban machacadas. No, no es que yo sea desmesuradamente susceptible, es que me lo demandaban con un tono tan despectivo, que el desprecio y desconfianza se mezclaban con el

escaso oxígeno de la habitación. ¡Venga! Os pongo ejemplos de sus frasecitas. Imagináoslas siempre sentadas, sin mover el glúteo de su sillón y yo apareciendo con mi bandeja de vasitos donde estaban depositadas las pastillas:

«*Nena*, ¿habrás machacado las pastillas?». Silencio por mi parte. ¡Que se levante y las mire!, pensaba cada vez que se reiteraba el *déjà vu*.

«*Nena*, las traerás bien machacaditas». En esta ocasión me reí, ni que estuviéramos en el mercado.

—*Nena*, ¿has machacado las pastillas? —Con brazos en jarra, contoneo de cintura, rostro altivo y en mitad del pasillo. Era jueves y ya me harté. Me salió del alma:

—Le pido por favor que deje de llamarme *nena*.

—¡Ah! ¿Y cómo quieres que te llame? —perpleja.

Me miré el pijama y sonriente (cínica, pero sonriente), respondí:

—Pruebe con enfermera, a ver qué tal.

Pero como os comentaba al principio, mi caso es infinitamente menos límite que el de mi compañero. Un nuevo enfermero que ha caído en mi planta, y como mandan los cánones, ha tenido su primer altercado —la media es de una o dos semanas, a lo sumo. Yo tardé dos días—. El caso es que es un hombre tranquilo, de esos que transmiten paz y buen rollo, tipo monje budista. Pero no hay familiar que se resista a montar un buen pollo a la enfermería.

Situación: familia catalogada de conflictiva. Se negaban a llevarse a su pariente, pese a que los médicos le habían dado el alta el viernes. Sábado tarde. Mi compañero, igual que el día anterior, le entrega el vasito con las pastillas al enfermo. El familiar al advertir que no están machacadas le dice:

—Tú, *inútil*, tienes que machacar las pastillas. Ayer tampoco las trajiste.

Mi compañero agarra el vasito y le contesta de las mejores formas posibles:

—Cuando pueda te las traigo.

—No. Me las traes ahora —lo amenaza.

—Te he dicho que cuando pueda, te las traigo. —Sale de la habitación y va hacia el cuarto de la medicación (un estrecho habitáculo donde se apila toda la farmacia). El familiar lo sigue impidiéndole la salida del cuarto. Comienza una discusión sobre el momento de la trituración y acaba con que el

familiar agarra de las solapas a mi compañero y lo zarandea.

¡¡Por machacar unas pastillas!! ¡¡Algo de vida o muerte!! ¡¡Venga, hombre!!

«Compañero, no te desesperes, aprenderás a que en esta planta, es mejor oír, ver, y callar».

Desconfianza, desprecio y amenazas suelen ser nuestro día a día, de verdad. Una de mis teorías es que echan en la televisión tantos programas en los que hablan de errores médicos, que la gente los hace propios y cuando les toca a ellos ingresar, liberan todo lo que han interiorizado contra el personal sanitario, (ajeno a aquellos desaciertos televisivos). Habrá lugares en los que no, en los que reine la paz y el buen hacer, confío en ello, si no, se extinguiría nuestra profesión.

---

1 Entrecornillo humilde porque no hay nada menos humilde que atribuirse tal atributo (en mi opinión).

# Capítulo 8

## Comparaciones aparte

—¿Conoce este dicho?

—¿Cuál?

—En todos los caldos cuecen habas, hermana Julia. No puede hacer de la singularidad una norma. Es un pensamiento muy pesimista.

—Ya, pero ese era mi día a día.

—Estoy seguro de que tenía que enfrentarse a muchos conflictos pero también a mucha gente educada y agradecida, pero creo que a ustedes les pesaba más los momentos negativos.

—Puede ser, pero es que me he llevado cada sofoco...

—Lo sé, hermana, lo sé. No es sencillo afrontar la desconfianza y menos en el trabajo. Si supiera lo que yo tengo que aguantar aquí... pero nunca tiraré la toalla.

Por primera vez, me pongo en su situación. Es cierto que en el poco tiempo que llevo he observado como le han chillado, le han puesto los cuernos, se han reído de él y hasta han dudado de su profesionalidad. Y, sin embargo, el hombre ha aguantado estoico los desprecios, sin dejar de sonreír y mostrarse amable. Tal y como me ocurría a mí... y yo de estoica nada. ¡Pero es que él es san Pedro y yo Julia, no vayamos a comparar! Por primera vez siento verdadera admiración por este hombre que tengo ante mí.

—Sí, hermana, es muy difícil el trato con el público, en eso estamos de acuerdo —prosigue—, pero hay que ponerse en la piel del otro. Te sorprenderías al entender el porqué de esos comportamientos que tanto nos molestan.

—En un curso, me dijeron que la gran mayoría de conflictos que íbamos a padecer en nuestro trabajo no eran hacia nosotros personalmente, sino a nuestro pijama. Me sirvió de mucho —le expongo.

—¡Qué verdad más grande, hermana Julia! No hay que llevárselo al

terreno personal, ¡nunca! Yo entiendo perfectamente el enfado cuando le informo a algún hermano de que de momento no va a ir al cielo. ¿Por qué? Porque me pongo en su piel. Es tan sencillo como eso.

—Sí, ¿pero las malas formas no le molestan? —me atrevo a cuestionarle.

—No, porque eso es un tema de mala educación. No eche la culpa al individuo maleducado, échese la al que lo maleducó.

Me deja sin habla. Acaba de desmontar mis justificaciones. Tiene más razón que un santo (claro que es lo que es).

San Pedro ríe al contemplarme tan estupefacta como cuando llamé a admisión y la administrativo, antes de colgar me envió «un besito» (lo normal era que nos enviáramos mutuamente a la mierda).

—Creo que la he convencido, ¿verdad?

—Un poco sí... pero ya es tarde. Tendría que haberme hecho alguna visita en vida.

—No crea que no cuenta que usted intentó formarse en numerosas ocasiones para afrontar situaciones conflictivas, por supuesto que lo valoro, y tampoco quiero que se compare conmigo, Julia, yo soy san Pedro.

—Ya, eso pensaba yo —resoplo aliviada—. ¿Le puedo mostrar otra entrada del blog en el que se hacía un repaso a los tipos de pacientes que teníamos? Era muy gracioso.

—¡Uy! ¡Pues sí! Claro.

# Perfil sociológico serio donde los haya

Nueve años en Medicina Interna dan para mucho. El trato con el público puede resultar de lo más provechoso y enriquecedor o un verdadero tormento. Pero estos nueve años me han valido para trazar un perfil de ciertos familiares o pacientes que siempre andan por nuestros pasillos para que cualquiera que trabaje en un hospital pueda reconocerlos y andar prevenido:

1. «El figón pillado». Algo tan tonto como explicarle a alguien que no puede pasar por un sitio ya trae consecuentemente una mala cara y peor respuesta. Es rara la tarde que no nos toca indicarle a alguien que no entre en el control de enfermería o en el cuarto de la medicación, y que es mucho más fácil llamar al timbre. Y aunque, doctas en inteligencia emocional, lo decimos con la mejor de nuestras sonrisas, se nos revelan y se marchan soltando alguna perlita.
2. «El Nenas» (no confundamos con el Yoyas). Aquel que te llama nena, rubia, guapa, schhhh, bonita, hija, chata, y demás apodos «cariñosos». Resulta más difícil hacerle entender que te llame enfermera que desliar los cables del electro.
3. «Los Judas». Otro rasgo muy común en el ámbito hospitalario. Son aquellos que son espectaculares cuando las cosas van bien: amables, educados, agradecidos, de esos que dicen: «¡cuánto trabajáis, no paráis!»; pero como de repente las cosas, que antes iban bien, sufran un leve contratiempo, te ponen de vuelta y media en menos que canta un gallo.
4. «El echa balones fuera». Hay otro caso muy común y curiosísimo, los que no trabajáis en sanidad, vais a alucinar, fijaos. Las mayores broncas que han caído en nuestro servicio, incluso con agresiones, son de familiares que apenas vienen a ver al enfermo y cuando aparecen la montan a lo Tarantino. Os lo prometo, es así. ¿Y por qué lo hacen? Pues probablemente porque querrán limpiar su conciencia maltratándonos a nosotros y así autoconvencerse de que son unos

perfectos familiares.

5. «El cuentista». El que se olvida de que tiene manos y piernas y te requiere hasta para el aseo diario y al rato, cuando ya está limpito, lo ves andando por el pasillo tan pichi. Este perfil lo sufren especialmente las auxiliares de enfermería. Las caras que se les quedan a nuestras compañeras cuando descubren que son más independientes de lo que alegaban, son muy graciosas.
6. «Las marquesas», esas señoronas con uñas pintadas —excepto una para el pulsioxímetro—, que el único movimiento que hacen en todo el día es el de tirar de la cuerdecilla del timbre para solicitarnos. Generalmente sus maridos son santos varones que se desviven por complacerlas, pero ellas nunca se lo agradecen.
7. «Los listillos ignorantes de Tolosa» (*tó lo saben*). Esta es una especie que me imagino que se aprecia en otros mundos laborales. Dícese de aquel que te pregunta por el antibiótico, antihipertensivo y diurético que se le está administrando, con cara de circunstancia, aparentando ser un erudito (imagináoslo con mano en mentón esperando la respuesta) y realmente no tiene ni pajolera idea. Si alguno de esta especie me está leyendo, os aconsejo que dejéis de actuar así, os pillamos a la que abris la boca y decís: «onda» o «guía».
8. «El indemnizaciones». Para los que acabáis de empezar, que sepáis que esa figura existe. Nunca os fieis de aquellos que apuntan todo en una agenda, por mucho que os pretexten que es para decírselo a su hermana luego. Buscan —y si no inventan— cualquier indicio de error, y al alta, cuando ya se han ido, nos llaman de Atención al Paciente y descubrimos que han puesto quejas por absolutamente todo y a todos. Ese día, es como el reparto de notas en el cole. Hay quien hace negocio de todo...
9. El «frutos secos». Dícese de aquel (generalmente abuelito) que posee un arsenal de caramelos y bombones al peso y cada vez que entras en la habitación te regala uno como si tú fueras la mejor enfermera de la planta y su favorita para luego descubrir que tus compañeras llevan los bolsillos llenos.
10. El «casamentero». Ya me pasa menos (¿por qué será?), pero, en

numerosas ocasiones, pacientes me han enseñado fotos de sus bondadosos, educadísimos y trabajadores hijos o nietos que casualmente son de mi edad y están solteros. ¡Hasta con hijas me ha pasado!

11. El «efectos especiales». Son aquellos que llaman al timbre, contestas y te dicen que no han llamado. Así pueden pasarse la tarde tira que tira sin reconocerlo.
12. El «guardagalletas». Este tipo de paciente puede asemejarse a la tía (que todos tenemos) que llevaba el bolso más grande que lo que marca el protocolo de las bodas, para embolsarse todos los ibéricos del cóctel. Pues hay una clase de pacientes que cuando, por h o por b, abres su mesilla te encuentras todo un tesoro de galletas, panes, mantequillas, mermeladas y demás viandas que le han sobrado en anteriores comidas, como si supiera que los de la cocina mañana se fueran a poner en huelga o la bomba atómica estuviese a punto de caer sobre nuestras cabezas (y la suya no). Hombre precavido, vale por dos.

Y no sigo, que no quiero que me odiéis (pero podría seguir). Y por favor, tomad esta entrada desde la perspectiva humorística, que ya sé que para exagerada no me gana nadie.

# Capítulo 9

## Piénsate dos veces decirme que no

San Pedro me comenta que si él se pusiera a elaborar una lista parecida de los que aquí esperamos su decisión, no acababa nunca. En un amago de sinceridad, me ha confesado que en ocasiones lo ha pasado verdaderamente mal. ¡Hasta han llegado a las manos! (Me imagino que los asaltantes habrán sudado varias tardes junto a Pedro Botero y sus calderas).

No me lo puedo creer. ¡Pegar a san Pedro! ¿A qué estamos llegando? A la raza humana le falta todavía mucho por avanzar o quizás retroceder a tiempos donde se tenía más educación y civismo. Esa es mi opinión. Tanta competitividad, tecnologías que nos aíslan del mundo y esa educación basada en la propia ambición nos está convirtiendo en seres fríos y desconsiderados. Personas que no aceptan la negativa por parte de los demás porque nos creemos superiores a cualquiera... ¡Pero a san Pedro! ¡Por favor! Eso es como enfrentarse a los voluntarios del hospital que van de habitación en habitación, en su tiempo libre, dando conversación y caramelos a los pacientes que están más solitos. Aunque recuerdo yo un día que si se me llega a acercar la voluntaria... Me había tomado cien gramos de glucosa, no por gusto, fue para hacerme una curva de glucemia en el embarazo de Ágata, y estaba aletargada en el sillón de espera a la tercera analítica (llevaba tres horas aguantando las náuseas que te induce el repugnante frasquito de glucosa), cuando una voluntaria accedió al laboratorio y empezó a ofrecer caramelos. Aquello era como invitarte a cochinitillo al finiquitar un lechazo, peor; era como una boda sin sorbete entre la carne y el pescado, peor; fijarse en la cantidad de comida que se echa el personal en el primer día de su bufet libre. Vomitivo. Menos mal que la buena mujer ni se me acercó.

—Me ha gustado esa lectura, hermana. Me parece divertida.

—Sí, es muy graciosa.

—Pero a mí gusto falta la cara B.

—¿Cómo?

—Sí, la autora ha redactado varios perfiles de los pacientes del hospital, pero yo estimo que faltaría que redactara esos mismos perfiles en los trabajadores.

—¡Lo hizo! —exclamo.

—¿Ah, sí? Muéstmelo.

# Perfil sociológico serio donde los haya (II)

Hace unos días me entretuve en dibujaros un perfil de algunos tipos curiosos de pacientes que caminan por estos lares. Es lo que tiene poseer un blog y escribir lo que a una le sale del moño. Pero esta «una» atesora un sentido de la justicia social (normalito, pero quedaba mono escrito) y me he percatado de que debería igualar la entrada con el personal sanitario. Porque para raritos, nosotros. Sí, somos una fauna de lo más variopinta y me dispongo, valiente y decidida, a meterme en todo el barro. ¡Allá voy!

1. El «¡hola corazones!». ¿No me digáis que a vosotros no os escama que alguien que apenas te conoce te diga: «corazón» (excepto si es la Igartiburu)? Pues por alguna razón (desde mi opinión, equivocada), en el hospital se estila mucho llamar a los pacientes con apodos cariñosos: corazón, mi cielo, mi niño, o pequeñín (aunque sea un nonagenario). ¿Por qué? ¿Dónde se ha quedado el usted? Veo que esto va a ir empeorando y en breve cuando entremos en las habitaciones vamos a dibujar, como cierto personajillo de la farándula, un corazón con nuestras manos al grito de: «¡hola bebé!».
2. El «camarero sordo y ciego». Todos, alguna vez, hemos padecido de aquel camarero que aunque lo llames, le hagas gestos, te levantes, le chistes o después de media hora larga, le grites, ni te mira. Pues existe también en los hospitales esa especie de aturdimiento de los sentidos en el personal. Sanitarios que llevamos tanta prisa que aunque oímos que nos reclaman nos hacemos los sordos (al igual que el camarero).
3. El «¿llevaré el pelo sucio?». A veces salgo de la consulta del médico y pienso «¿tendré algún moco? ¿Se me habrá ensuciado el pelo desde mi casa a la consulta?». ¿Por qué? Porque ni me ha mirado a la cara en ningún momento y ya dudo de si es porque realmente lo que tenía que escribir en el ordenador era tan interesante o había algo en mi rostro que le incomodaba. Por desgracia, los sanitarios cada vez

miramos menos a nuestros pacientes.

4. El «nuevo». Es absolutamente imposible que ingreses en una planta y no des con uno o dos enfermeros nuevos o que te dicen que no son de esa planta y están cubriendo una ausencia.
5. El «arbusto». Aquel que ni siente ni padece. Que te dice que te quedan tres días con la misma cara que te toma la tensión. Es un maestro de la cara neutra, día a día observas que su faz no cambia nunca. A veces, esos adustos semblantes hacen sufrir mucho. Recuerdo a una amiga que en su primera ecografía del embarazo, se enfrentó a un silencio y un gesto tan indefinido del médico, que su imaginación (hipocondríaca perdida) voló hacia el peor de los casos y se echó a llorar antes de que el ginecólogo (con la misma cara) le asegurara que todo estaba bien.
6. El «tecnológico». Yo soy de las que cuando va a comprar un producto electrónico me gusta que el dependiente me suelte alguna que otra palabra desconocida y así valoro yo que el tipo sabe de lo que habla. Pues bien, en medicina y también en enfermería (algún caso hay, que yo lo he visto) se estila también mucho tirarse el pisto con palabros médicos para deslumbrar a nuestro receptor y que no se entere de nada (y así que no nos pregunte).
7. El «caso contrario». Aquel que te explica el diagnóstico como si fueras un niño de primaria y le falta sacar «rotus» de colores para hacerte un esquemita de la hemorroide.
8. El «enfadado con el sistema». Hay veces que tú, como paciente, sigues todos los pasos que te han ido indicando y llegas a alguien que te echa la bronca porque esto o lo otro no está bien cumplimentado por el sanitario que sea y te cae la del pulpo a ti, cuando tú ni pinchas ni cortas. Este perfil me da especial rabia porque encima parece que te hacen un favor por solventar algo que tú no has provocado y que lo que tienen que hacer es aclararse entre ellos, ¡leche!
9. El «no será para tanto». El que se pone menos en tu piel de enfermo que un policía, ante una multa, al que le intentas aclarar que has dejado el coche un segundito en doble fila para recoger a tu hijo enfermo del cole. Ese que aunque le adviertas de que si te levantas te

mareas, va tan fresco y te levanta; y ya tú vomitas el desayuno. Ese al que le dices que te duele mucho el estómago y te responde que si no se te pasa en dos horas (cuando cambia el turno) vuelvas a llamar al timbre. Ese que desprende menos empatía que el antiguo Risto Mejide.

10. El «cirujano». ¡Ohhhh! Aquellos seres caídos del cielo, con dones para hacer historia y estirpe incomparable al populacho del hospital. Raro es el cirujano que no te mira por encima del hombro, si te mira, que ya es algo...
11. El «festejos». Todos recordaremos a algún compañero que atesora una vida social más activa que Paquirrín y te ruega que le hagas este fin de semana porque tiene un evento ineludible y aunque te viene mal se lo haces. Cuál es tu sorpresa cuando te das cuenta de que le ha pedido otros fines de semana a demás compañeros y si te fijas en su planilla no se hace ni un festivo en todo el año. Puedes pensar que no te va a volver a tomar el pelo nunca más, a ti no, pero siempre hay un tonto nuevo.
12. El «sospechoso». Aquel compañero que siempre te deja recaditos pendientes (o la guardia hecha una mierda). Ese que en el cambio te explica que los médicos justo ahora han cambiado el tratamiento del enfermo y no le ha dado tiempo a corregirlo, o el paciente se acaba de arrancar la vía cuando tú estabas entrando por la puerta. Son maestros del escapismo, porque aunque tú sospechas que se han escaqueado no eres capaz de afirmarlo a ciencia cierta.

Y creo que voy a parar, o mis compañeros de profesión van a hacer un muñequito conmigo y clavarle agujitas por doquier.

Moraleja: por desgracia, me ha tocado varias veces ser paciente y por más desgracia aún, se me olvida lo que no me ha gustado del trato cuando luego me veo en el otro lado.

# Capítulo 10

## El bote medio lleno o medio vacío

—¿Qué le parece que cambiemos de tercio? —me pregunta san Pedro con amabilidad—. Le voy a mostrar otra alarma... en fin, es un poco comprometida, pero necesito una clara explicación porque dejó al hombre machacado. Nunca olvidó su cara.

—¿Qué le hice? —me lamento.

—Mire.

En el celestial monitor aparece otra secuencia. Me hallo en el mostrador de recogida de muestras de un laboratorio en el que doblaba para sacarme un sobresueldo. Hay un hombre frente a mí con un bote de orina vacío que me lo intenta entregar, mientras que yo le digo que vaya al baño a rellenar el bote y él insiste que ya lo ha hecho.

—¡Ahhhh! ¡Ya me acuerdo! —exclamo—. ¡Pero eso fue un error!

—¿Seguro?

—¡Por supuesto, san Pedro! ¿Por quién me toma?

—La alarma que nos saltó es que usted se reía del señor en cuestión.

—¡Pero no fue así! ¡Se lo prometo! ¿Cómo iba a hacer eso?

—Explíquese, hermana Julia.

—Pues si se lo he de explicar... tengo que remontarme a lo que antes le conté. Había decidido doblar porque no me daba para pagar todos los gastos y estaba agotada, a ello hay que sumarle el efecto Patrick.

—¿Qué efecto es ese?

—Pues que me había enamorado del profesor de inglés de Ágata y no veía el momento de estar con él.

—Cuenta, cuenta...

—¡Uy, san Pedro! ¡Qué curioso es usted! —se me escapa una confianza momentánea.

—Me encantan las historias de amor. —Para mi sorpresa ha unido sus

manos y puesto un gesto de lo más gracioso—. Soy un romántico. No escatime detalles.

—¡Pero es que no viene a cuento!

—Todo suma, hermana Julia, todo suma, y estoy más que cansado de escuchar pecados, dele a este pobre anciano un poco de salsa.

«¿Salsa? ¿Ha dicho salsa? ¡Pues pongámonos los zapatos de baile! ¡Con lo que me gusta a mí contar mi vida!».

—Conocí a Patrick en una tutoría. Desde el primer momento, saltó la chispa... —San Pedro da palmitas de entusiasmo... pero era de esperar, por lo menos por mi parte. Yo ya supe antes de entrar a conocerlo que algo ocurría porque el resto de madres salían acaloradas de su despacho. No era para menos, Patrick era un perfecto ejemplar escocés, le faltaba el *kilt* para ser el objeto de deseo de cualquier fémica admiradora de los *highlanders*. Alto, corpulento y musculado, castaño claro con ojos verdes y una sonrisa enmarcada en una mandíbula ancha que te entraban ganas de ponerte la bata de cola y cantarle a lo tonadillera: «Como una ola tu amor llegó a mi vida».

—¡Oh!

—Durante la tutoría, reconozco que no me enteré de nada.

—¿Fue en inglés?

—No, no, en español, pero yo no conseguía centrarme. No sabía hasta qué punto era bueno que mi hija tuviera un profesor tan macizo. Tenga en cuenta que Ágata no contaba con figura paterna alguna y me daba miedo que comparase al resto de hombres con semejante ejemplar y nunca encontrase al hombre de su vida. En fin... cosas que le da por pensar a una. Patrick acostumbrado a madres totalmente desorientadas por su efecto «como una ola», al acabar y tenderme la mano, me dijo:

—No me ha hecho ni caso, Julia. ¿Me da una segunda oportunidad? La invito a cenar y retomamos el tema de su hija. ¿Acepta?

—¡Ohhhh! ¡Qué profesional! —irrumpe san Pedro.

—¿Profesional? ¡Uy, san Pedro qué verde está usted! De profesional nada... ese solo quería llevarme al huerto.

—¿Y la llevó?

—¡Toma, no! Nada más terminar de cenar... no había quién se resistiera a esa boca tan seductora.

—¿Se enamoraron?

—Al principio no. No nos dio tiempo. Lo único que hacíamos, con perdón, era retozar y muy bien retozado... —Una pequeña sonrisa por parte de san Pedro me hace ver que no está tan chapado a la antigua como pensaba—. Pero los meses fueron pasando y comenzamos a hablar más, a conocernos. Y nos enamoramos como dos chiquillos. Patrick ha sido uno de los mejores hombres que han cruzado por mi vida, san Pedro.

—¿Y qué pasó?

—¿No lo sabe?

—Ahora mismo solo sé de usted lo de sus alarmas, por supuesto podría averiguarlo, pero prefiero que me lo cuente.

—Pues pasó que lo trasladaron a otro colegio en Galicia y las relaciones a distancia no eran lo nuestro... ¡Cualquiera se fiaba de esas madres del norte ante tal dechado de virtudes *highlander*! No hubiera pegado ojo. Total, que rompimos. Una pena.

—Pues sí... —se lamenta mi atento oyente.

—Me hubiera ahorrado algún que otro besugo tras él. Pero a lo que iba, usted me ha preguntado por el suceso aquel en el laboratorio. Ahora entenderá el efecto Patrick. Apenas dormía, entre los dos trabajos y mis escapadas nocturnas reclamando, como una hipotérmica adicta, el fuego escocés, no descansaba nada.

—No me lo quiero imaginar.

—Ni yo quiero que lo haga. —Le guiño cómplice un ojo—. El caso es que aquella era una época en la que los médicos pedían la analítica por escrito, todavía apenas se usaban los ordenadores y a veces parecían jeroglíficos.

—Sí, siempre he oído que la letra de los médicos es muy mala.

—¡Y tanto! Tantos años de carrera para terminar sin saber escribir... ¡Qué penita! —exagero—. El paciente que me traía la muestra era un cliente conocido. En varias ocasiones, le había sacado sangre. Apenas hablaba, era muy tímido, un poco raro si me apuras. Esa mañana me sentía realmente agotada y cuando vi el bote de orina miré el volante por encima para comprobar qué es lo que le pedían. Al observar que estaba vacío le indiqué que fuese al baño a orinar y traerme la muestra.

—Y allí es cuando él le decía que estaba lleno y usted no le hizo caso.

—Claro, pero porque como le había colgado la etiqueta de raro pues pensaba que no me entendía y yo venga a repetirle que el bote estaba vacío y que lo llenase y él venga a reiterarme que el bote estaba lleno. Hasta que de repente se me iluminó una bombillita, probablemente al contemplar la cara de mi interlocutor cada vez más colorada y me decidí a leer el volante, de nuevo: «Espermiograma».

Atisbo a san Pedro llevarse las manos a los ojos azorado.

—Peor lo pasé yo, no se crea —reconozco—. Casi me muero de la vergüenza. Solo de pensar que le estaba diciendo que se fuera al baño a llenar el bote... pobre chico.

—Pues sí.

—Pero fue un error san Pedro, créame.

—La creo.

—A veces, en nuestra profesión, cuando metemos la pata lo hacemos a lo grande... ¡Aysss! Acabo de recordar otra entrada de mi blog favorito. ¿Puedo mostrárselo?

—Por supuesto, hermana Julia.

# Tierra, trágame

Ya desde chica prometía. Siempre he tenido la lengua más rápida que la prudencia y eso me ha llevado a situaciones de lo más abochornantes pero que forman parte de las historietas divertidas de mi familia.

Claro que, no es lo mismo una niña que una enfermera hecha y derecha con una boca más grande que el buzón de los Reyes Magos. Me imagino que muchos de vosotros habéis metido la pata a lo colosal en vuestras profesiones, pero cuando hablamos del sector sanitario esos «Tierra, trágame» acaloran mucho más.

Yo recuerdo una de las mías...

Era alumna de prácticas de primero. Me tocó una odiosa planta de Traumatología en donde las enfermeras no nos hacían ni caso y vagábamos por las habitaciones charlando con los pacientes. Esa mañana ingresó una señora y las auxiliares nos indicaron, a mi compañera y a mí, que le lleváramos el camisón y el neceser y le explicáramos un poco. Allí que fuimos a trabajar duro. Le tendimos el camisón, la mujer se fue al baño y cuando salió se había dejado puestas las medias negras a media pierna al estilo Omaíta. Por hacerme la graciosa comenté:

—¡Anda que vas a marcar tendencia en plan *influencer*! ¡Qué mona con las medias!

La mujer me miró un tanto indignada y contestó:

—No hija, es que tengo una pierna amputada y esta es la prótesis.

«¡Tierra, trágame hasta el núcleo!». Creo recordar que pedí perdón, dibujé una sonrisa (tonta, de seguro) y salí de allí escopetada.

Pero de las veces que más vergüenza he sentido en el ámbito hospitalario no fue con un paciente: fue con el cirujano más espectacular que me había cruzado jamás.

Resulta que vengo de cambiar una medicación en una habitación del final de pasillo y cuando llego al mostrador mi compañera me dice (lo prometo):

—Han venido los cirujanos. Han preguntado por la enfermera que lleva a «Pepito».

—¡Ah! ¿Dónde están?

—Creo que en el despacho.

Y allí fui, sin saber que nada más abrir la puerta mis solteros ojos se iban a cruzar con unos de color miel grandes y chisposos, una melena ondulada, algo grunge (muy de mi estilo), vamos, con un pedazo cirujano más guapo que el de Anatomía de Grey ... y con unos doce o trece pares de ojos más. El despacho estaba a rebosar de batas.

Impactada por tal cantidad de miradas atendiéndome y sobre todo una de ellas, me apoyé en el marco de la puerta y balbuceé:

—¿Me, me buscabais?

Todas esas pupilas comenzaron a mirarse unas a otras interrogantes durante lo que a mí me pareció un mes, hasta que el de la mirada más viejuna (entiendo que era el jefe) contestó:

—No.

Así, franco y rotundo. Tan rotundo que casi me desmayo allí mismo del sofoco. Creo que tartamudeé hasta en el «¡Ahh!» y hui para esconderme en el baño. Ni siquiera sé cómo no sigo allí todavía.

¿Queréis otra, viciosillos?

Esta siguiente fue compartida con una compañera enfermera ante dos auxiliares que debieron pensar que éramos los seres más imbéciles del área. Advierto que es un poco escatológica... (lo que nos gusta a los enfermeros estos temitas).

Pues bien, dos auxiliares sujetaban a un abuelito con una demencia severa e incontinencia de esfínteres en decúbito lateral (de lado) para que nosotras pudiésemos valorar una úlcera que tenía en el sacro. Tan en serio nos lo estábamos tomando que llevábamos un rato, cada vez más cerca, dilucidando entre esta cura o la otra, o este parche o el otro cuando de repente el ano del señor se abrió y empezó a asomar lo que no quiere el intestino.

—¡Ahhhhhh! —gritamos las dos al unísono del susto que nos llevamos y nos echamos para atrás corriendo. De lo interesadas que estábamos se nos había olvidado que zona era aquella y no asumimos que podía haber desalojos.

La cara de las auxiliares cuando nos vieron correr hacia atrás como si hubiésemos visto a Belcebú no se me olvidará nunca. Pocas veces me he sentido tan idiota.

No todos los «Tierra, trágame» son graciosos, ¡qué va! Qué se lo digan a un compañero auxiliar que tuve en una fundación donde había una sección de pacientes en coma irreversible y me contó uno de los peores momentos de su vida.

De hecho, me lo desveló porque yo venía de visitar esa unidad para administrar a «Enriqueta» una medicación intravenosa y él me confió santiguándose:

—¡Qué manía le tengo a «Enriqueta»! ¡Que Dios me perdone!

Como no podía entender esa manía por alguien en coma, le pedí argumentos. Resulta que él no solía circular por esa unidad, (donde de noche solo trabajaba un auxiliar y cada cuatro horas acudía un celador para realizar los cambios posturales), pero al hacer un cambio de turno le tocó allí. Muy dispuesto como era, tras marchar el celador, se entretuvo en lavar la boca a los doce pacientes que allí descansaban. Cuando llegó a Enriqueta, e introdujo una torundita con su dedo, esta apretó la mandíbula en un acto reflejo y le mordió. El problema es que no dejó de morder y el auxiliar no conseguía soltarse. Por cada intento del auxiliar de desbloquear la mandíbula, Enriqueta cada vez apretaba más fuerte. Recuerdo que me dijo:

—¿Tú sabes lo que es visualizarse sin dedo? —Reconozco que estaba tronchada de la risa, es que no puedo imitaros la gracia que tenía este hombre —. No podía hacer nada, ¡es que ni gritar!, ¿para qué? si nadie me iba a escuchar, ¡si todos estaban en coma! ¡Quedaban más de tres horas para que regresase el celador! Yo solo pensaba «¡Tierra, trágame!»». ¿Pero por qué no te has quedado sentadito?

Para que no tengáis pesadillas, Enriqueta acabó relajando la mandíbula y mi compañero se tumbó en el suelo mareado perdido pero sin ninguna amputación.

Por supuesto hay errores mucho más diarios como tomar la tensión manual varias veces e inflar el manguito hasta dejar el brazo al borde de la isquemia porque no oyes ni un Korotkoff (he tenido que recordar cómo se escribía, lo admito) hasta que te das cuenta de que llevas el fonendo metido en el bolsillo. En ese momento, levantas la cabeza y contemplas al paciente al que has rogado silencio y él te mira asustadísimo porque vas a ser su enfermero toda la tarde. O cuando te preguntan por una pastilla y no tienes ni

pajolera idea de para qué sirve, respondes que para el corazón, por salir del paso, y el paciente se lleva un susto de muerte porque él desconocía que tuviera problemas cardiacos. O poner la lanceta al revés y pincharte tú la glucemia, dar un respingo del puro dolor que provoca el miniobjeto punzante (que de ahí le vendrá el nombre, porque es una lanza a lo millennial) y fingir que es que está rota mientras que tapas las gotas de sangre del pulpejo de tu dedo y miras al paciente con cara de «esto queda entre tú y yo, amigo».

En fin, esos pequeños despistes que te hacen reír a carcajada limpia en una cena de compañeros.

# Capítulo 11

## Hannibal Lecter

A san Pedro le ha encantado. Lleva un rato desternillado con las anécdotas del blog. Yo admito que también.

—¡Qué bueno es reírse, hermana Julia! ¡Cuánto le agradezco que me haya enseñado estas lecturas!

—De nada, san Pedro. Ya sabe cómo se llama el blog por si algún día quiere echar un vistazo, recuerde: *Soy enfermera y me enfermo cada vez que lo pienso*.

—¡Hay que ver las tecnologías! ¿Sabe? A mí me hubiera encantado nacer en su época. Hay tantas mejoras. Yo era pescador.

—Sí, lo sé —le confirmo.

—Las técnicas de pesca han cambiado tanto... —Advierto en su mirada algo similar a la añoranza—. ¡Y el transporte! ¡Podríamos haber recorrido el mundo junto al Mesías!

—Pues sí, aunque es muy caro.

—La carencia de dinero no nos habría frenado, con ilusión y convencimiento todo se consigue, hermana Julia, y si algo teníamos nosotros era ilusión.

—Permítame que dude san Pedro. Usted no sabe lo bien adiestrados que están los de las ventanillas del aeropuerto, vamos, que te dejan en tierra hasta teniendo billete, pues sin tenerlo... pero bueno, no seré yo quien le quite la ilusión, bueno, sí, seamos realistas, quizás nadie los habría escuchado, ahora hay tanta información...

—Eso sí que es verdad, nos habrían tomado por unos *youtubers* de esos, ¿verdad?

Nos reímos. Que san Pedro haya dicho *youtubers* me hace entender que está más que al día del mundo que tiene bajo sus pies.

—Le reconozco que de las nuevas tecnologías me encantan las de la

manzanita —prosigue.

—¿Apple?

—Sí, los iPad, iPhone... me apasionan

—¡Nos ha jorobado! ¡Y a mí! —exclamo un tanto exagerada.

—¿Verdad que son fantásticos? —me pregunta animado.

—Sí, pero muy caros.

—No todo es dinero, hermana Julia —me reprende con voz cansada.

—Lo que se compra sí, san Pedro.

—Ja, ja, ja... eso es verdad, pero déjeme soñar despierto. Bueno, sigamos, hay todavía varias alarmas pendientes.

—A ver, ¿qué hice ahora? —Admito que estoy ganando confianza y me siento tranquila hablando con él. Ya he perdido los nervios del principio, gracias a que san Pedro es alguien cercano, amable y muy carismático. Alguien al que deseas atender porque tiene mucho que aportarte pero a su vez alguien que escucha como Raphael (de escándalo).

—Esta es otra alarma en el hospital. La persona que la activó se sintió despreciado por varios de ustedes.

—Buenooo... —se me escapa—. Venga, dispare.

Contemplo cómo se aparece en la increíble pantalla una escena en un pasillo de las Urgencias de mi hospital. En las sillas de espera de la entrada a consultas de Urgencias, se hallan tres guardias civiles escoltando a un preso con el que habla un cirujano. Yo estoy al lado del facultativo. El médico me tiende una hoja, yo lo miro estupefacta y acto seguido se la tiro al paciente desde casi dos metros de distancia...

—¡Ahhhhh! ¡Ya me acuerdo! —se me escapa una sonrisa.

—¿Me puede explicar por qué no se acercó a ese pobre pecador para entregarle el consentimiento? ¿Sabe que le hizo sentirse un demonio?

—A ver san Pedro, estaba totalmente sugestionada. Le cuento.

—Cuénteme, sí, y espero que tenga una explicación clara porque esta es de las alarmas más contundentes en su contra.

—No se preocupe. Ya verá cómo me entiende —expongo tranquila—. Comienzo por aclararle que yo estaba en Urgencias de paso. Era verano y habían cerrado mi planta de Medicina Interna para reformarla trasladando a todo el personal. A las fijas, las ubicaron en unidades, pero a las contratadas

nos pusieron de corretornos. Cada día en un sitio. Caótico. Hágase una idea. Esa tarde me bajaron a Urgencias y allí me ubicaron en las consultas de Cirugía. Todavía no existía el triaje en la entrada y yo era la que tenía que escuchar lo que me contaban los pacientes que acudían, pedirles placas de rayos para ir adelantando y avisar a los cirujanos para que bajasen de dónde quisiese que se hallasen, probablemente operando a vida o muerte, claro. Pues bien, a media tarde me sonó el teléfono de la consulta preguntando por quien estuviese encargado de la consulta. Les dije que yo.

—Le habla la Guardia Civil.

—Ahhh.

—¿Es usted la cirujana?

—No. —Yo soy normal, pensé, pero omití—. Los cirujanos no están ahora mismo. Yo soy la enfermera.

—Muy bien, le explico. Acudimos al servicio de Urgencias con un custodiado.

—¡Ahhh! Vale... Saquen su hoja en admisión y esperen en las sillas donde los conducirá el celador. —Era algo típico. No entendí el porqué de la llamada.

—Es que el preso es de primer grado. —Le prometo que oí titubear su voz.

Yo pensé: «¿Y eso qué es?», pero por no quedar como una palurda entendí que sería de lo malo, lo peor.

—¡Ahh! —respondí.

—Es altamente peligroso. —Mis sospechas se confirmaron—. No nos gustaría que compartiese espacio con mucha gente y estuviese largo tiempo esperando. Aumentaría el riesgo.

—¡Ahh! —me repetí, mientras que mi mente viajaba a millones de revoluciones por minuto castigándome porque estas cosas solo me podían pasar a mí.

—¿Qué le parece mejor, que lo dejemos en el furgón o que lo pasemos directamente?

—Pues no sé —respondí con la boca seca por el terror—, espere que llame a los cirujanos a ver si pueden bajar ya.

—Perfecto.

—Por cierto —caí en la cuenta—, ¿qué le pasa?

—Se ha tragado unas pilas.

—¡Ufff! —me lamenté. Era algo muy común entre los presos, tragarse cosas, en principio peligrosas, para acudir al hospital. ¿Con qué objetivo? Huelga, plan de huida...—. Espere que llame a los cirujanos.

Eso hice. Descolgó un residente joven. Le conté lo que me había detallado el guardia civil. La respuesta que manifestó fue bastante similar a la mía excepto que él sí que me preguntó cuando le dije lo de primer grado:

—¿Eso qué es?

—No sé, digo yo que muy peligroso.

—¡Ahh! Vale, bajo ahora mismo. Ve pidiéndole la placa si no he llegado antes.

Y así fue. Le informé al guardia civil que podían acceder con el preso. Hicimos que la gente que esperaba se echara a un lado para dejar bastante espacio entre el preso peligroso y los escoltas y tuvimos todo preparado para que nada más llegar fuese a rayos a comprobar si flotaban o no las pilas en su estómago.

Cuando bajó el cirujano ya se había enterado media Urgencias y todo era una maraña de suposiciones a cada cual más terrorífica: «Ese debe de ser un asesino en serie». «Un psicópata». «O un violador».

Yo estaba francamente sugestionada. Me dejé llevar. Muchas veces había tenido pacientes custodiados, hasta un terrorista tuve una vez y nadie me había avisado, por lo que en mi mente se forjó la idea de que el preso era Hannibal Lecter.

Recibimos la placa y efectivamente las pilas se hallaban en el estómago, probablemente protegidas con cinta aislante para no dañarle pero eso no se veía en la radiografía. Se había ganado una gastroscopia y le teníamos que llevar el consentimiento y explicárselo. El joven cirujano me pidió que lo acompañase y no pude negarme, aunque ganas no me faltaron. Salimos y nos encontramos con el preso a un lado y el resto de pacientes al otro con los ojos como los Minions. El cirujano se presentó a metro y medio de distancia y le expuso los siguientes pasos a seguir. Mientras yo lo contemplaba. Un hombre de unos treinta años, con chándal, aspecto guarrete, pero tampoco nada del otro mundo. Cuando estaba distraída en mis cavilaciones sobre el qué habría

hecho, el cobarde del cirujano me sorprendió endilgándome el consentimiento para que se lo acercara yo al paciente. Me pilló tan de sorpresa que se lo tiré. Lo reconozco, pero es que estaba asustadísima.

—Eso estuvo muy feo, hermana Julia. El pobre pecador se sintió fatal.

—Me imagino, pero yo no era la que tenía que darle el consentimiento, era el médico y él me echó el muerto a mí.

—Lo sé.

—Además, un mes antes me había pasado lo del secuestro. Entienda que estuviese muy susceptible.

—¿Qué secuestro?

—¿No lo sabe? —le pregunto sorprendida.

—No, hermana. Cuéntemelo. Su vida resulta de lo más intensa.

—¡Ufff! ¡Si yo le contara!

—Comience. ¿Qué es eso del secuestro?

—Un miércoles que, por fin, conseguí tener libre por la mañana me fui a mi banco a reprocharles que me cobraran tantos recargos por mis tarjetas de crédito. Es un abuso, san Pedro, quien inventó eso sí que tiene que catar el infierno. Como te descuides, te quitan los ahorros, qué panda de sinvergüenzas...

—Prosiga hermana Julia —me anima san Pedro al valorar que estaba entrando en bucle con el tema de los bancos.

—Sí, es verdad. Había mucha gente y me puse a la fila. Un hombre de unos cincuenta años me pidió la vez y se colocó detrás de mí. Yo estaba pensando en todas las cosas que debía hacer esa mañana cuando sentí que me amarraban con fuerza por la espalda y algo frío y metálico me apuntaba en la sien.

—¡Ohhh! ¡Qué horror!

—Ya le digo. El hombre comenzó a gritar:

—¡Esto no es un atraco! ¡Esto no es un atraco!

—¿Cómo? ¿Y qué era si no?

—Pues era un hombre al que le iban a embargar su casa y estaba realmente desesperado. Quería que le dieran más tiempo para amortizar la deuda y alegaba que llevaba varios meses intentando hablar con el director y no lo recibía. Fue verdaderamente dramático, por una parte yo le entendía,

pero estaba asustadísima porque al tenerlo tan cerca advertía su pulso rápido, su estado descontrolado, su temblor de manos y veía que en algún momento se le disparaba el gatillo y adiós a mi vida. Adiós a mi hija, a mis padres, a mis amigos.

—Normal. ¿Y qué pasó?

—Pues estuvimos cerca de tres horas retenidos. El hombre me soltó a la media hora y me indicó que me sentara en el suelo con el resto de rehenes. Eso me relajó un poco. Yo no estaba del todo asustada, no lo veía como un asesino, pero un hombre desesperado puede hacer cualquier cosa. Los rehenes comenzamos a hablar entre nosotros en susurros. A mi lado, se hallaba un policía nacional vestido de calle, claro, y eso me relajó aún más. Sobre todo por lo atractivo que era. Carlos, se llamaba Carlos.

—Y mientras, ¿el secuestrador...?

—Pues él hablaba por teléfono con la policía exigiéndoles que le dieran un trabajo y seguridad para su familia. Cosas así. No pedía dinero, ni no ir a la cárcel... pobre hombre. La policía negoció que soltara a varios rehenes; de los veinte que éramos liberó a diez.

—¿A usted no?

—¿A mí? ¡No cayó esa breva, no! A mí me dejó junto a Carlos y el resto de trabajadores del banco. Fueron las horas más largas de mi vida... menos mal que junto a Carlos me sentía segura. Al final, justo cuando iba a entrar la policía y el hombre les gritaba que no se atrevieran, se metió un tiro en el abdomen.

—¡Ohhh!

—Nunca olvidaré ese sonido. He tenido durante toda mi vida un montón de pesadillas con ese estallido y los gritos de después.

—¿Murió?

—No, sobrevivió, menos mal...

—¿Un mes después le sucedió la alarma que le he mostrado?

—Sí, más o menos. Entienda mi grado de sugestión.

—Sí, lo entiendo perfectamente, hermana Julia. ¿Le puedo hacer una pregunta personal?

—Claro, san Pedro.

—¿Qué pasó con Carlos, el policía?

—¡Joer! ¡Qué agudo! ¡Las pilla al vuelo!

—Son muchos años, hermana, muchos años leyendo entre líneas.

—Pues eso... nos enamoramos.

—¡Ohhhh! Siempre de lo malo, sale algo bueno, ¿se da cuenta?

—Bueno, eso es mucho resumir... no diría yo que Carlos fuera algo bueno en mi vida. Al principio sí, pero solo al principio. Un manipulador de primera. Cinco años perdí junto a él y lo peor, mi autoestima.

—¡Vaya!

—Sí, ¡vaya!, he tenido algo de mala suerte con los hombres, san Pedro. Por cierto, eso debería contar. Menos mal que me desahogaba con mis compañeras... Entre mi trabajo y los sufrimientos, debería haberme ganado el cielo.

San Pedro ríe.

—Eso, hermana Julia, déjeme decidirlo a mí. De momento, tenemos más alarmas.

—¿Más?

# Compañeros amigos

Hace una semana que han celebrado la cena de Navidad en mi planta. Yo no pude ir, pero al día siguiente tenía el móvil repleto de fotos rabiosas (de propia envidia) y de mensajitos de lo bien que se lo habían pasado. El eslogan, reiterado por todos, fue que hubo muy buen rollo. Y no me extraña, aunque tengamos una fama regular (caótica, en ocasiones) en mi servicio nos hablamos unos a otros, e incluso, a veces, hasta nos echamos unas risas, fíjate tú... y he pensado: voy a ponerme sensible para mi siguiente entrada.

Y vuelvo a salir en defensa de mi planta: para que lo sepáis, aquí se han forjado parejas (aunque las dos que recuerdo han roto y... como el rosario de la Aurora), de aquí ha habido un enfermero que se fue de misionero, de aquí se han jubilado parejas casi a la par, de aquí se ha ido gente de viaje junta... Vale, tampoco es para tirar cohetes, pero y si a esto le añadimos: que de aquí yo he hecho más que compañeras, amigas...

No sé por qué cuando alguien es tu compañero cuesta referirte a él, fuera del entorno laboral, como amigo. Los compañeros-amigos deberían tomarse como los primos-amigos, que más que primos son amigos. La mezcla de amistad con algún gen familiar otorga a la relación un regustillo auténtico e inquebrantable, ¿a que sí? ¿Pues si con nuestros compañeros-amigos compartimos profesión, inquietudes, conversaciones e incontables horas, por qué pepinos no los valoramos igual?

Voy a justificarlo:

Pasamos infinitas jornadas junto a nuestros compañeros en situaciones normales, en situaciones estresantes e incluso en situaciones conflictivas. Haz memoria y piensa si has vivido todo eso con los que consideras amigos.

A tu compañero le cuentas tu día a día, hasta lo más tonto: qué has comido, si has dormido bien por la noche, cómo se han portado tus hijos, qué viste en la tele... Haz memoria y piensa si les cuentas eso a los que consideras amigos.

Un compañero está al día de tus asuntos, porque es imposible (por lo menos para mí) no relatar lo que me preocupa, lo que me alegra, en fin lo que sucede en mi vida... Haz memoria y piensa si están al día los que consideras

amigos.

Un compañero te hace favores: dobla, cambia el turno, te ayuda si estás muy liado, trabaja por ti hasta en días que no le vienen del todo bien porque tú se lo pides... Haz memoria y valora si los que tú consideras amigos lo harían.

Un compañero conoce tu ropa al dedillo (y la interior también, porque se nos transparenta con los pijamas que llevamos), conoce tu perfume, tu bolso, si me apuras hasta tu sueldo. Haz memoria...

Y encima en el entorno hospitalario con un compañero haces noches y festivos; yo siempre digo: «eso une mucho».

Claro está, no me refiero a todos los compañeros, hay algunos con los que no conectas (ni conectarás) y otros con los que trabajas (a gusto) y punto, o que confías pero te falta un escaloncito para considerarlo amigo.

En concreto, mi servicio es durillo, hay mucho trabajo, y en mi opinión en las peores situaciones es dónde se forjan verdaderas amistades, puesto que hay compañeros-amigos en todos los turnos, pero esta entrada la podéis extrapolar a todos los servicios, es más, a todos los trabajos. ¡Vivan los compañeros-amigos!

Me está rondando la Navidad, ya os lo dije, y gracias a este blog puedo explayarme. No siempre voy a contar maldades, tengo mi corazón... **en el que hay espacio para varias amigas de mi planta.**

Y si me permitís un inciso, o una recomendación... Haz memoria y recapacita para que la próxima vez llames a *ese* compañero, **amigo**.

# Capítulo 12

¡Ahhh! ¿Qué tienes ahí?

Me encanta esa entrada. Se sale un poco del hilo del blog y te toca la fibra. Yo he tenido muchas compañeras amigas durante mi profesión, muchas. Si no hubiera sido por ellas el trabajo habría resultado infinitamente más arduo y pesado. Nos desahogábamos, nos contábamos nuestros problemas y nos ayudábamos durante la jornada. No sé cómo he podido escuchar tantas veces esa frase: «Yo aquí no vengo a hacer amigos. Solo vengo a trabajar».

Y sí, todo el mundo va a trabajar pero compartes tantas horas con las mismas personas que, seamos sinceros, «muy raro tienes que ser» para no hacer algún amigo.

San Pedro y yo llevamos un rato departiendo sobre el tema aunque parece que va a finiquitarlo para mostrarme otro pecado.

—Lo de esta alarma, hermana Julia... —Chasquea la lengua—. Reconozco que cuando la vi me hizo gracia, pero a la mujer que la activó casi la matáis entre el otorrino y tú de un infarto.

—¡Oh, oh! Ya me magino cuál es.

—No me extraña. Es de los momentos más memorables de su carrera. De todas formas, se la recuerdo.

San Pedro abre la ventanita digital y me veo, de nuevo, en Urgencias, en la consulta de Otorrinolaringología. Allí ya me pilla un poco más mayor, rondando los cuarenta (lo sé por el tamaño de mis caderas). El otorrino, Ignacio, mira a través del otoscopio dentro del oído de una señora. Yo estoy a su lado preparando suero en una jeringa para hacer un lavado. Cuando, de repente, Ignacio da un paso para atrás espantado y grita como poseído a la señora:

—¡¡¡Ah!!! ¿¿Qué tienes ahí?? —Tal cual.

A lo que la señora responde descompuesta por el pánico:

—¿Qué tengo? ¿Qué tengo? —desgañitándose.

—¿Qué tiene? ¿Qué tiene? —vocifero yo.

—¡Ahhh! ¡Qué asco! ¡He visto unas patas! Mira —me tiende Ignacio el otoscopio.

—¡Y una mierda! —le respondo. Tiro la jeringa al suelo y salgo pitando de la consulta.

—¿Me puede explicar esto, hermana Julia? —pregunta San Pedro ocultando su sonrisa.

—Pues esto es que tengo fobia a los bichos. Que eran las cuatro de la mañana. Que llevábamos una nochecita de miedo y que al escuchar gritar de esa manera tan terrorífica a Ignacio me imaginé lo peor. Me dejé llevar. No pensé en la pobre señora, lo reconozco.

—No, eso ya se ve.

—Pero entienda, san Pedro, que por mucho que nos preparemos para esta profesión... miedos tenemos todos. Hay situaciones que te superan, que por mucho que lleves el pijama y estés trabajando no dejas de ser una persona que se puede sentir afectada por algo que en otro contexto te provocaría náuseas.

—Si yo eso lo entiendo, pero para eso se inventó el disimular. Y ustedes dos no se molestaron en intentarlo.

—Mire, esa es la única vez que se me fue tanto de las manos, pero al ver al otorrino tan fuera de sí, y reconocerme que había visto unas patitas... En esa época, me acababa de mudar a un bajo con patio. Fue poco después de romper con Carlos. Ágata y yo habíamos adoptado a un perrito y necesitábamos una casa más grande. Mi situación económica había prosperado de tanto doblar y me lo podía permitir. Lo que no imaginaba es que al vivir en un bajo toda clase de bichos se colaban en mi casa y, entre ellos, las cucarachas. El animal que más odio del universo. Ya me había encontrado tres y me habían fumigado la casa. Estaba muy susceptible con el tema y me imaginé que la señora tenía dentro de su oído una cucaracha así que me fui a buscar ayuda, porque yo no podía ni acercarme.

—Cuando sales de la consulta ¿es para pedir ayuda?

—Sí, claro. Eso es lo que hice. Vinieron varios valientes... ¡Menuda nochecita! —Recuerdo con total precisión —. La señora no tenía una cucaracha era una garrapata agarrada a su membrana timpánica.

—¿La sacaron?

—¡Ufff! Aquello fue para hacer un documental. Probamos con agua a chorro; nada. Con suero salino; nada. Con suero glucosado; nada. Después, alguien dijo que con aceite; nada. Otro que si zumo de limón; nada. Otro que bicarbonato de sodio y sal; nada... A la señora por el otro oído le salía humo y por la boca un montón de improperios. Yo creo que estuvimos dos horas echándole cosas al oído y esperando a que Ignacio cada vez que se asomaba con el otoscopio nos dijera que se había muerto, pero todas las veces negaba con la cabeza y la preocupación se iba acrecentando. Hasta que apareció un celador más de pueblo que las bellotas y dijo:

—Pero echarle bien de aceite y esperad. No se lo quitéis tan pronto.

Eso repetimos y al asomarse al conducto auditivo más aliñado del mundo le pareció ver que las patitas de la garrapata no se movían y aspiró con el aspirador y vencimos a la garrapata. Hasta aplaudimos y todo. La señora nos abrazó uno por uno con lágrimas en los ojos.

—Normal.

—Perdóneme, san Pedro, pero es que soy muy aprensiva con ciertas cosas.

—¡Pues menuda profesión eligió usted!

—Ya... pero no se crea, generalmente no me amilané ante nada.

# ¿Qué tendrá el pijama?

Me considero una persona bastante asquerosita. No, no es que dé asco (o eso espero), es que hay muchas cosas que me revuelven el estómago.

He tenido que escuchar centenares de veces a lo largo de mi vida a gente que no es sanitaria expresarme con rotundidad:

—Yo no podría ser enfermera, me dan repelús la sangre, o las heridas, los muertos...

Y yo siempre les contesto:

—¡A ver si te crees que a mí no!, pero una vez que estás trabajando no te queda otra que aguantar.

—... Bueno y estáis muy preparados, claro —me suelen responder.

Y yo siempre les contesto:

—Pues no sé los demás, pero yo no. A mí no me prepararon en la carrera para superar el mal olor de las heridas infectadas, o el hedor de unas melenas (sangre digerida en materia fecal), o a imaginarme lo peor cuando levanto el apósito de una úlcera por primera vez...

Y es la absoluta verdad, pero también que no hace falta que te preparen, porque somos mucho más listos de lo que creemos y la naturaleza humana tiende a superarse cuando algo o alguien depende de ti.

Si a mí «de civil» alguien me vomita en un sitio cerrado, probablemente ese aroma tan característico provoque a mis jugos gástricos a unirse al festival; pero en el hospital, no.

Cuando en la tele veo imágenes de operaciones reales, me impactan bastante, incluso a veces cierro los ojos; pero en el hospital no (solo faltaba eso).

Si en una reunión de amigos alguien cuenta su experiencia cuando se le rompió el brazo por cuatro sitios y oyó los «cracs», me da una grima que me espanta; pero en el hospital esos «cracs» ni me inmutan.

¿Por qué?

En todos estos años, he llegado a concluir y os lo voy a regalar aquí, la teoría del pijama con súper poderes. Sí. Así es.

Mi hipótesis es que los pijamas que nos prestan en lencería vienen

embadurnados de entereza, arrojo y son *denterífugos* (me lo he inventado, dícese de aquello que te protege de la dentera). ¡Y eso que la mayoría vienen descosidos!; pero no importa, da igual dónde esté el roto (refiriéndome a este tema que nos ocupa, estéticamente parecemos un equipo de desaliñados), nuestros pijamas nos convierten en seres complacientes y más valientes que, por ejemplo, la clase política (que algunos llevarán a Dior pero solo velan por sus intereses). Nuestros uniformes se asimilan a los trajes de los bomberos que no solo son ignífugos, también van forrados de coraje, pero claro, confío en que estos no tengan rotos. Aclaro, para que no haya lugar a equívocos y me tachéis de pretenciosa, que la comparación con los bomberos hace, únicamente, referencia a los trajes, las perchas que los visten, muy a mi pesar (porque los bomberos y sus músculos me resultan de lo más *sexys*), distan de nosotros más que Cristiano Ronaldo del actual Diego Armando Maradona.

Los pijamas no solo te protegen de la dentera, en mi caso también de la llantina. Soy una persona excesivamente sensible, lloro por cualquier cosa. Ejemplos:

- Cuando cantan el gordo los niños de san Ildefonso.
- Rara es la boda en la que no saco los clínex.
- En funerales, tanatorios, entierros me es imposible no llorar (a moco tendido), aunque apenas conozca al doliente, pero es como si aspirase su pena y el dolor por la pérdida.

Sin embargo, mis emociones no son tan lábiles en el hospital. Alguna vez he llorado, evidentemente, pero nada que ver con lo que lloro fuera, y las situaciones a las que me enfrento son, en ocasiones, mucho más duras, pero el pijama me aísla, me recuerda dónde me hallo y qué es lo que se espera de mí.

Una vez que te pones el pijama estás preparado para ver de todo y no alterarte. Una vez que te pones el pijama el paciente es lo más importante y tus grimas se quedan en tu taquilla. Una vez que te pones el pijama no hay espacio para el miedo porque hay quien depende de ti y tu profesionalidad. Y si hablamos de espacio para la sensualidad, tampoco, ganamos mucho con ropa de calle.

Una vez que te pones el pijama nada te puede frenar (excepto si el descosido se rasga por dónde no debe).

¿Os gusta mi teoría? ¿La patento?

# Capítulo 13

## Háblame del cielo

—Nos estamos alargando mucho y voy a agrupar alarmas, hermana Julia.

—Como usted vea, san Pedro... pero antes me gustaría preguntarle una cosilla.

—Diga.

—¿Cómo lo estoy haciendo? ¿Tengo posibilidades? —Me atrevo a intentar sonsacarle.

—Paciencia, hermana Julia, paciencia.

—¡Pues no me pide nada! ¡No la he conocido nunca!

—Ya, lo sé. Su precipitación le ha hecho amoscarse en multitud de ocasiones.

—¿Qué me va a contar a mí? ¿Me puede responder a una pregunta menos indiscreta?

—Diga.

—¿El cielo merece la pena?

San Pedro abre los ojos de par en par antes de contestarme:

—¡Pues claro!

—¿Qué es lo que hay?

—Eso es un secreto, hermana, que solo los que lo merecen pueden conocer.

—Ya... pero...

—Pero ¿qué?

—Si, después de esto, voy al purgatorio o al infierno me gustaría saber qué es lo que me espera si me sacrifico y me redimo de mis pecados. Para concentrarme con más ganas en mi objetivo.

—No conozco a nadie que se haya querido ir de aquí. Eso es más de lo que le puedo decir. Aquí descubrirá el verdadero amor.

—¡Ve! ¡Eso me motiva! ¡El verdadero amor! ¡Falta me ha hecho en gran

parte de mi vida!

—No es lo que se cree, hermana Julia.

—Bueno, déjeme pensar que cuando llegue un guapo, sensible y comprensivo suizo va a estar aguardándome, como en *Abrázame que no te quiero* —bromeo.

—Si lo quiere pensar así... pero nada que ver con la realidad.

«No, ya me imagino... me esperará un chino bajito y remilgado».

—¿Y cuál es la realidad?

—Muy sutil, pero no, no voy a contarle nada más, hermana.

—Una preguntita tonta... pero que seguro que esta sí me la puede responder —me atrevo.

—No sé yo...

—¿Voy a llevar siempre la misma ropa?

—¿Cómo?

—Pues eso, ¿qué si siempre voy a ir vestida igual?

—Claro, hermana Julia, pero es que la ropa no es importante.

Mi desilusión hace mella en mi gesto y san Pedro se percata.

—No la entiendo, Julia... ¿Cómo le va a afectar eso?

—Es sencillo, llevo cuarenta y tres años vestida con el pijama del hospital y ahora que por fin iba a poder lucir modelitos... Esto me pasa por morirme antes que Amancio Ortega porque ese abre un Zara a la que suba.

# Un poco de frivolidad para estos tiempos revueltos

Lo reconozco. Soy de esas mujeres que cuando tienen un evento (y con ello incluyo una cena en casa), se devana los sesos por la problemática universal, y tirando a femenina, del «qué narices ponerme si no tengo nada».

Y eso me lleva a pensar en la suerte que tengo de trabajar en pijama. La de migrañas que me ahorra y gasto en trapos varios, que ya de por sí es insultante.

Reconozco que cuando empecé en esta profesión, y era una veinteañera presumida, me daba un poco de envidia compartir vagón de tren con gente que iba con modelazos a la oficina y me decía a mí misma que me había equivocado de trabajo, que yo tenía armario para lucirme. Pero ahora, con unos añitos más y más liada que Santiago Segura, me alegro infinito de todas las tardes calzarme mi pijamita y ¡al tajo!

Hasta reconozco que algunos días repito la indumentaria con la que iba la tarde anterior... ¡Esperad, no dejéis de leer y me cataloguéis de cochinaza! Pensad que hay jornadas en las que me visto, salgo de casa, cojo el coche, subo a la planta y me quito la ropa (treinta minutos) y la misma cansina secuencia para volver. En total, una hora... si lo piensas bien, podría repetir modelo una semana entera e iba más limpita que muchos.

Lo de que me quito, me pongo y me vuelvo a quitar es de lo más aburrido e incómodo. «Una no puede ir bien peinada nunca»... Al menos tengo que dar las gracias a la época que me ha tocado vivir por no tener que llevar cofia, «el mata volúmenes capilares».

Porqué ¡mira que ha cambiado nuestro uniforme! De faldita tipo peto y cofia, a pantalón y chaqueta estilo... No hay estilo alguno, es horrible, pero cómodo; excepto cuando te toca un pantalón más ajustado de lo que la talla expone o una chaqueta con botones rotos, pero haciendo gala de la improvisación que nos caracteriza, gastamos esparadrapo para hacer los usos del extraviado botón, y nos pasamos el turno preocupados porque el esparadrapo no se despegue. ¡¡Lo que no invente una enfermera!! O mejor: ¡¡lo

que no se pueda conseguir con un poco de esparadrapo!!

Porque, al que no lo sepa, en mi hospital compartimos pijamas. Todo es de todos... qué bonito y qué mal nos llevamos, ¡leche! Tú cuando crees que has usado tu pijama suficiente (en ese tema prefiero no ahondar), lo echas a la tolva y pides otro a una maquina muy chula que no entiende de géneros ni de escrúpulos. Es por eso que te puede tocar uno más corto de pierna, arrugado como un chándal de los ochenta, estrecho tipo *leggings* o amplio a lo palazzo (como diría alguien glamuroso como yo). Pero que yo me lo pongo, me quede como me quede, sin recatos, ni cursilerías, ni frivolidades. Y pienso: Irene vas a salvar vidas, qué más dará cómo vayas vestida, cabeza alta.

Esta entrada os puede quitar los miedos a los que no sois sanitarios y vais al hospital. Si os aburrís o sentís por nosotros lo mismo que los ricos hacia los inspectores de Hacienda, fijaos en cómo nos sientan los pijamas, es lo más parecido a la pasarela Cibeles que te puedas imaginar. Nos faltan los accesorios (la teoría dice qué no debemos llevar, subrayo la teoría), porque las transparencias están a la orden del día; los pijamas de tanto lavarlos pierden espesor, por eso es raro no conocer al dedillo la ropa interior de tus compañeros.

Nuestros uniformes se lavan a altas temperaturas para desinfectarlos, desratizarlos, despiojarlos, y todos los «des» que se os ocurran. Aunque yo últimamente estoy empezando a creer que deberían lavarlos menos. Que nuestros pijamas crean su propio ecosistema. El estafilococo, la *klebsiella*, el rotavirus, etc. campan a sus anchas luchando por hacerse los reyes del pijama y se olvidan de invadirnos a nosotros. Dadle alguna vuelta que igual de aquí sale mi Premio Nobel.

El otro día conocí a una trabajadora de una lavandería de un hospital de Granada, donde todavía no han privatizado el servicio. Como corresponde a mi curiosidad escritora le estuve preguntando qué es lo más raro que se han encontrado y esto fue lo que me dijo con ese acento tan del sur:

—¡De todo! Algún día nos encontramos a un paciente entre las sábanas.

Dentaduras, móviles, agujas, bisturís, pinzas, pelucas, preservativos (os lo dejo a vuestra imaginación)... ¡Menos dinero, cualquier cosa! Si hiciéramos un *tour* por esos servicios del hospital ajenos a las unidades sanitarias, alucinaríamos.

Volviendo al tema de los uniformes, hay quien, a pesar de todo, innova y dobla las mangas, o va con la camiseta del pijama desabrochada para dejar ver una camiseta «ajus-escotada» y que así todos podamos disfrutar de sus prótesis (o no, pero a mí me da que sí). Si trabajáis en mi hospital os vendrá alguien a la mente... El «antes muerta que sencilla» hay gente que lo lleva a límites cuestionables.

Y ahora os tengo que dejar, tengo una cena esta noche con mis compañeras de pijama y como no nos vemos nunca con ropa, he de esmerarme.

# Capítulo 14

## De cero a cien

Tras leer la entrada, san Pedro me ha sugerido, sin querer desvelar mucho más, que cuando acceda al cielo iré vestida de blanco y que me sentará fenomenal.

El silencio protagoniza el momento en el que me encuentro ahora, atiendo a san Pedro que parece andar rebuscando entre mis alarmas. Hasta que regresa la actividad a su gesto, frunciendo el ceño para dirigirse a mí.

—Hay algo que no entiendo, ¿por qué tiene tantas alarmas relacionadas con la toma de tensión?

—¿Cómo?

—Sí, son alarmas menores, pero en conjunto adquieren importancia.

—No entiendo qué clase de alarmas son...

—De todo tipo... familiares que le piden el favor de si puede tomarles la tensión y usted les dice que no; al igual que a algunos pacientes y usted les contesta que no les toca.

—Porque no les tocaría —le interrumpo—. No a todo el mundo hay que tomarle la tensión tres veces al día.

—¿Y por qué no se lo explicaba?

—Lo hacía, pero no les convencía. En estos años, he aprendido que no estamos habituados a aceptar la negativa o la corrección. Cuando a los pacientes les intentábamos explicar esto, muchos preferían pensar que éramos unas vagas y no había manera de hacerles entender.

—No todos, hermana Julia.

—Los que activaron alarmas sí, san Pedro. Y con respecto a los familiares... pues no se la tomaba, no. A no ser que se pusieran malos, pero por afición ya le digo yo que no. No hay cosa más pesada y repetitiva que tomar las tensiones con un aparato digital.

—También tiene alarmas por discusiones con el resultado.

—¡Es que hay gente que a tener 140/90 le parecía mal! ¡Y no le digo con la temperatura! ¡Menudas batallas con la febrícula y la fiebre! ¡Hasta se traían sus propios termómetros, aparatos de tensión, pulsioxímetros, para corroborar nuestras tomas! Y si no coincidía te venían al mostrador para que lo repitieras porque «lo habías hecho mal». ¡Bendita paciencia!

—No sé yo...

—Mire, san Pedro, con todos mis respetos, si he de ir al infierno por esto, lléveme ya porque no me pienso bajar de la burra. —El enfado habla por mí.

—Relájese, hermana. Cuando me refería a alarmas, muchas también las creó usted. Es por eso que quería confrontar este tema.

Respiro hondo. En esto, el cielo no me ha cambiado, como pise el acelerador me pongo en doscientos kilómetros por hora antes que un coche de carreras. Me viene a la memoria una entrada...

—Disculpe, san Pedro, me excito con una facilidad preocupante. Mientras se me pasa ¿puedo leerle una entrada del blog que trata este tema?

—Por supuesto.

# Tensiones en la planta

¿Tensiones en la planta? ¿Qué estáis pensando? ¿Broncas, malos rollos, dimes y diretes? ¡¡Qué va!! He jugado con el título para captar vuestra atención, recurso publicitario en toda regla, y aquí os tengo leyendo sin saber de qué narices os voy a hablar esta vez... ji, ji, ji.

Pues hoy voy a intentar sacar jugo, y no va a ser fácil, al acto más detestable, aburrido y monótono que lleva a cabo una enfermera en planta: TOMAR LAS TENSIONES.

Años ha, una mujer de blanco, con un sombrero curioso en la cabeza, rodeaba el brazo del paciente con un manguito, colocaba su fonendo sobre la arteria braquial, inflaba la perilla, pedía silencio absoluto en la habitación —le hacían caso—, y se abstraía viendo las agujas del manómetro para escuchar los sonidos de Korotkoff.

Ahora, arrastramos un carro malamente —porque rueda menos que una *trolley* del todo a cien—, ajustamos el manguito en el brazo del paciente y apretamos un botón. No podemos pedir silencio, no viene a cuento. Y ya, solo nos queda esperar a que el tensiómetro nos marque que ha finalizado la toma y creernos lo que dice; en ocasiones, no hay quien se lo crea.

Como los conductores, que todos los veranos lucen la marca de la camiseta en el brazo izquierdo (excepto los profesores de autoescuela que la lucen en el derecho), antes, las enfermeras desarrollaban un tremendo bíceps de tanto estrujar la perilla, sin embargo nosotras, como máximo, tenemos callo en el dedo índice de apretar el botón.

¡Cuidado! Es un botoncillo selectivo. No hace caso a nadie más. ¿O no os ha pasado que el médico intenta tomar la tensión —suceso anual— y el aparato no se activa y vas tú con tu dedito y comienza a inflarse el manguito? ¿Lo habrán programado para que solo lo puedan activar las enfermeras o en su caso los estudiantes de enfermería —donde los haya—?

Sí, porque aunque es un soberano coña..., es lo primero que te enseñan en las prácticas de enfermería. Yo aprendí con el modo antiguo, sin sombrero curioso, pero tirando de bíceps y de oreja (esto hace ver que voy siendo una veterana). Los dos primeros días me divertí, incluso inventé alguna tensión

para que la enfermera titular no me regañara porque no había escuchado nada. Era algo sabido por todos, «en caso de duda y si al paciente le ves buen color, escribe 120/60, que cuela». Pero al tercer día, empecé a entender por qué me dejaban sola, me daban la lista de pacientes, y mientras ellas sacaban un montón de medicamentos —y yo pensaba que aquello era «lo más»— a mí me tocaba tomar tensiones. ¡Qué tiempos! ¡Ayss, que me entra la morriña!

Tomar la tensión es importantísimo, no os digo que no; puedes diagnosticar una hipertensión, tratar una hipotensión, o mandar el aparato al taller de tensiómetros porque no da ni una y te tiene frita, pero es que es tan monótono... todas las tardes lo mismo: «Buenas tardes, le voy a tomar la tensión, estire el brazo».

Yo, particularmente, sí que les digo el resultado, pero debe de haber alguien por ahí que no, y los familiares empiezan a moverse por la diminuta habitación, escurridizos como truchas, para pillar el mejor ángulo de visión de la pantalla; lo que normalmente implica que te interrumpen el paso y alarguen tu agonía.

La actitud ante tu aparición con el aparato es diversa: hay algunos pacientes o familiares que intentan entablar conversación contigo, otros que siguen a su bola, como si fueras invisible, y otros que están abstraídos viendo *Amar en tiempos revueltos* o como se llame ahora; os aseguro que es líder de audiencia, se lo tragan todos. Bueno, y en muchas ocasiones, está el familiar que no sabe cómo pedirte que le tomes la tensión a él también: «Pues yo seguro que la tengo muy mal, es que soy hipertenso, señorita», «fíjate, debería haber ido a tomármela pero como estoy aquí, cuidando del abuelo...», «tengo un dolor de cabeza que se me agarra a la nuca, ¿no será de la tensión, señorita?». Hay otros clásicos, pero no me quiero extender, en cualquier caso, os dejo con la duda, de si se la tomo o no.

Lo que quería hacer ver es que es un acto tan mecánico y rutinario que aburre a todo Cristo y es hasta peor que administrar nebulizadores. Ya os contaré lo de los «nebus» o lo de disolver el tazocel... otros planazos. En fin, en todos los sitios cuecen habas y me imagino que tomar la tensión debe de ser, el fregar las sartenes para los cocineros, o las largas pretemporadas de los futbolistas, o el corregir exámenes de los profesores, o la plancha en cualquier hogar sin asistenta. ¡Pero qué le vamos a hacer! ¡Tendré que tomarlas esta

tarde también!, por tanto mi plancha va a seguir ociosa. Y voy a decir algo que no debería, va a sonar muy feo, ¡pero, por Dios, que traigan alumnos pronto!

( **SONRÍO PARA  
LA FOTO**



**POSTUREO ENFERMERIL**

# Capítulo 15

## No me toque las palmas...

Tras leer el artículo le comento a san Pedro que esta entrada sembró mucha polémica. Varios estudiantes de enfermería se sintieron ofendidos y llamaron a la escritora «vieja gloria» y «amargada».

—Pues a mí me ha hecho gracia —reconoce sorprendido.

—Esa era la intención. Manifestar lo aburrido de las rutinas en clave de humor.

—Pero de todas formas, cuando te expones al público has de saber que habrá miradas que busquen el error o la mala intención. ¿Irene Ferb lo sabía?

—¿Ehhh? —pregunto asombrada.

—¿A estas alturas no me dirá usted que no la conocía?

—¡Es usted un águila! —irrumpo—. Sí, fue mi compañera muchos años —admito—. E incluso colaboré en alguna entrada.

—Ya decía yo... mucho entusiasmo mostraba usted con el blog.

—Es que fue muy buena época san Pedro. En el blog veíamos reflejada nuestra realidad, nos quejábamos y encima nos reíamos haciéndolo. Puedo entender que parezca que éramos unas amargadas, pero no es verdad. Nos gustaba nuestro trabajo.

—A veces parece que no.

—Ya, pero no es la verdad. Si estudié enfermería es porque me gustaba cuidar a la gente y siempre ha sido mi mayor prioridad, pero no quita que el trato con el público sea complicado y eso es lo que queríamos reflejar en el blog. Queríamos hacer más visible la figura de la enfermera en una planta. De verdad, el que inventó la estúpida teoría del cliente siempre tiene la razón en su vida trabajó cara al público.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué temperamental es usted, Julia!

—Un poquito, sí —reconozco.

—Bueno, prosigamos... que ya va quedando menos.

—¡Menos mal! —exclamo.

—Esta alarma incluso le llegó en físico. Le pusieron una queja.

—¡Uffff! —me lamento.

San Pedro abre su mágica pantalla y me contemplo en el mostrador de Medicina Interna, concentradísima frente al ordenador, junto a una compañera que también parece abstraída por su pantalla. Un familiar golpea con sus nudillos en la madera del mostrador. Las dos levantamos la cabeza.

—¡Ya era hora! Llevo cinco minutos aquí y ni se han molestado en decirme qué quiero. Parecen poseídas.

—Estamos trabajando, caballero —le digo.

—No sé yo... —duda en alto. Me refiero al tono en el que duda, porque el tipo es un tapón.

—No, claro, usted no tiene por qué saberlo, para eso se lo aclaro yo —contesto claramente ofendida.

—Baje los humos señorita o me voy ahora mismo a Atención al Paciente.

—Ya está tardando usted. Dese prisa que cierran a las nueve —continúo.

—Es usted una sinvergüenza.

—Oiga, no me falte al respeto —le pido en ebullición.

—El respeto se lo falta usted a toda la gente que le gustaría estar ocupando su hueco con mucha más profesionalidad.

—Mire, no me toque las palmas que me conozco —le canto. Sí, le canto.

—¿Nos va a decir qué es lo que quiere o va a seguir insultándome sin dejarnos trabajar? —interrumpe mi actuación mi compañera.

—¿A qué hora puedo hablar con el médico mañana?

—A lo largo de la mañana —responde ella.

—¿Puede concretar? Hay quien trabaja, sabe usted...

—No, no puedo concretar. Depende del médico. A lo largo de la mañana —le vuelve a responder.

—¿Ninguna de las dos sabe decirme a qué hora puedo hablar con el médico? ¡Vaya dos! Jugar con el ordenador sí se les da bien, pero hacer su trabajo...

Y entonces me levanto. No hace falta que lo vea porque lo recuerdo. Perdí los papeles, la carpeta, los clips, las grapas y todo lo que se pudiese perder. Le dije de todo menos bonito en un tono denunciante por cualquier

vecino a partir de las doce de la noche. Le ruego a san Pedro que lo quite: no me apetece verme cuando le llamé al señor «tocapelotas».

—¿Me puede explicar cómo llegó a ponerse así con la experiencia que tenía usted?

—Un cúmulo de cosas, san Pedro... Es injustificable, pero se me apiló la tensión y pagó el pato el señor, que era para darle de comer aparte, pero yo estaba en mi puesto de trabajo... Asumo mi error.

—No se trata de fustigarla, hermana Julia, quiero que me haga entender. Explíqueme el contexto.

—El contexto es que nos acababan de instalar un programa para pasar todos los datos e incluso para sacar la medicación, y era más difícil que intentar comprar un billete de avión por internet sin tasas. Mi compañera y yo estábamos intentado realizar un plan de cuidados porque así nos obligaban y no teníamos ni idea. Encima la tarde había empezado calentita. Nuestro supervisor no había sacado las planillas de junio y estábamos a finales de mayo y necesitaba saberlo para organizarme con Ágata. Me había pillado un mosqueo monumental con él.

—Espere, hermana Julia... ¿Qué es eso de las planillas?

—¿No lo sabe?

San Pedro niega con su cabeza.

—Pues esta sí que se la tiene que leer, es de las que más me gustan.

# Año 3000

Nuestro planeta se ha cocido y el ser humano, como garbanzos en una olla, con él. Solo queda un habitante (que bien puede parecerse a Will Smith). Will, así lo llamaremos, únicamente puede salir a buscar comida y entretenimiento por las noches, por el día se esconde de los rayos mortales (los del sol, esto no es la guerra las galaxias).

Hoy Will camina decaído, está perdiendo toda esperanza de encontrar a un ser humano. Antes, soñaba con la imagen de una mujer (parecidísima a Halle Berry) y entre ellos dos perpetuaban la especie. «Debería haber muerto, esto es un rollo», piensa para sí. De pronto, en la oscuridad de la noche, un objeto blanco y aplanado reluce y llama su atención. Will se acerca... ¡Es una hoja! ¡Un papel forrado por un plástico! Hacía siglos que no veía uno. Lo sostiene entre sus manos... «¿Pero qué es esto? ¡Qué cosa más extraña!». Will lo examina con detenimiento. El plástico lo ha mantenido a la perfección, aun así se nota que fue un documento importante porque se le aprecia manoseado. Es como una tabla. En la columna de la derecha, hay un montón de nombres y en la horizontal, números del 1 al 31... pero lo que realmente llama su atención es el interior de la tabla. Hay un sinfín de letras sin orden alguno...

# Las planillas

Quizá, los que no trabajáis en un hospital (esa suerte tenéis) no sepáis lo que son vuestras planillas. Tranquilos, yo os lo explico. Aquello es un papel que saca el supervisor, lo coloca en un archivador y te dice lo que vas a trabajar ese mes (¡ahí es *ná!*).

La jornada en la que las planillas salen a la luz es más sonado que cualquier nacimiento real. Ya incluso unos días antes se rumorea, pero es aparecer en tal archivador y la noticia se propaga como la pólvora, convirtiéndose en *trending topic* hospitalario en escasos minutos.

Pero las planillas no son un simple horario de trabajo. No, no penséis eso. Las planillas tienen alma, magia, poderío y a veces pies (porque nadie las encuentra).

Una compañera dice que si reutilizáramos la energía cinética que se desprende con el movimiento de ese archivador, tendríamos luz para abastecer a todo el hospital.

Y es que las planillas nunca están solas, siempre alguien las mira. Es prácticamente imposible que vayas a echarlas un vistazo y no estén en posesión de alguien... ¡Arjjjj! ¡Qué rabia da eso! Pero como somos civilizados, nos contenemos y decimos: «Cuando termines ¿me las dejas?». Generalmente no obtienes respuesta, porque el que está disfrutando de ellas no oye nada más, está abstraído por su poder: el poder de aislarte de tu alrededor. Y gracias a Dios que somos civilizados, porque a veces es realmente difícil no dejarse llevar y arrancárselas de las manos a la cansina de tu compañera que lleva diez minutos y no las suelta... «¡Ni que te las estuviera estudiando, guapa!».

Encontrárselas libres es más raro que ver acudir a un celador en el mismo momento en el que se le llama... Pero si por casualidad te sientas (cada día es más difícil) y adviertes que el archivador está quieto, a tu lado, en modo espera, ellas desprenden su magia y a los dos segundos te ves abriéndolas, aunque no tengas que consultar nada, aunque sea la tercera vez que las miras esa tarde: da igual. Ellas se han apoderado del personal. Hay algunos estudios que comparan el influjo de las planillas con el del Anillo.

Esto es serio, señores, ya se han descrito casos de enfermeras normales que han degenerado en seres parecidos a Gollum, y creo que cada vez hay más casos. Yo estoy asustadísima...

# Año 3001

Will recoge sus bártulos. Cambia de ciudad. Sabe dónde ha de ir, pero no sabe cómo llegará. Va a ser duro, pero no puede perder un segundo más en intentar averiguar cuál es el significado del maldito papel. Desde que lo encontró, no ha parado de estudiarlo, de juntar sus letras, de darles la vuelta, de buscar alguna relación... Antes de partir guarda en su bolsillo una foto del lugar al que se dirige. Suspira. Desearía poder estar ya en el Museo Británico de Londres, frente a la piedra Rosetta, porque si de algo está convencido Will es de que: «Esto tiene que ser cosa de los egipcios...».

## Continuará...

# Capítulo 16

## Malos momentos

—¡Son vuestros horarios de trabajo!

—¡Claro!

—Curioso nombre... y ¿por qué su supervisor no las había sacado?

—Fácil, porque no las había hecho. Él ya sabía que trabajaba de lunes a viernes y no pensaba en que el personal a su cargo tenía vida. Ágata ya tenía dieciséis años, en plena adolescencia. Necesitaba pasar más tiempo con ella y estaba mirando para irme una semana juntas a Cerdeña, pero era imposible si el supervisor no sacaba las planillas.

—¿Y discutió con su supervisor a primera hora?

—Sí —afirmo—, y después él nos anunció que más nos valía hacer los planes de cuidados en el ordenador esa tarde porque al día siguiente los iba a valorar. Y eso es lo que andábamos ejecutando cuando el malas pulgas vino a rascarse al mostrador.

—Entiendo, pero no...

—Ya, san Pedro. No es justificable. Tuve un mal día —repito preocupada.

—Bueno, bueno, ya está. No le demos más vueltas. Quería preguntarle por Ágata. ¿Cómo se le dio ser madre soltera?

—Bien, como ya le dije tuve mucha ayuda con mis padres y ella siempre ha sido una niña muy buena, a pesar de que a veces se metieran con ella.

—¿Por?

—¿Recuerda su origen? Mi hija tenía rasgos latinos y a veces los niños son muy crueles. Fue una época mala, pero ella supo ganarse el cariño de sus compañeros. Estaba tan orgullosa de mi hija. Me ha dado tanta felicidad... si no hubiera sido por ella me hubiera muerto de pena cuando fallecieron mis padres. Casi uno detrás de otro.

—Eso sí lo sé. Fue poco después de la alarma anterior. Usted lo pasó

muy mal.

—Sí, mi padre se me fue en cuestión de meses y mi madre debutó con un Alzheimer galopante que se la llevó en dos años. Creía que me iba con ellos... Ágata fue una jabata, si no llega a ser por ella me hubiera derrumbado. ¿No podré verlos, san Pedro?

—¡Claro! ¡Por supuesto que los verá! No puedo decirle cuándo, pero podrá disfrutar de ellos. Para eso se creó el cielo.

—¡Qué ganas san Pedro! ¡Mi reino por volver a abrazarlos!

—Paciencia, hermana, paciencia.

—¿Le enseño la segunda parte de la entrada anterior? Necesito respirar, tengo la congoja acechando en mi garganta.

—Venga, leámosla.

# Año 3003

Will cruzó el océano Atlántico en lancha (no me preguntéis cómo) y arribó a Portugal. Se llevó un chasco monumental al llegar a Madrid y no ver signos de vida en Parquesur. Estaba convencido de que allí, en ese famoso centro comercial, tan concurrido en la antigüedad, hallaría su Halle Berry. Pero, ni la desolación, ni el cansancio, ni la soledad, menoscabaron su afán de tener frente a sí a la piedra Rosetta.

Hoy su corazón le centellea. Una lágrima de ilusión resbala por su mejilla. Tiene frente a sí la puerta del museo Británico (y está abierta). Will oye sus propios pasos al pisar el suelo de la galería...

## Las planillas (II)

Como os relaté en la anterior entrada, hay enfermeras que están sufriendo transformaciones considerables de su anatomía, y se sospecha que es por el influjo de las planillas. Y es que, por increíble que parezca, nuestras planillas están sobradamente relacionadas con *El Señor de los Anillos*, porque al igual que J.R.R. Tolkien se inventó el lenguaje élfico, ellas tienen su propio idioma: T, M, N, /, C, K, W, PP, PF, G, L, E, Z... También es un idioma mágico y farragoso, porque se ha dado el caso, de que hasta el propio supervisor, que en teoría es el experto, ignora qué significan las letras y hay verdaderos enfrentamientos sobre si lo que te tiene que poner es una Z, y no una L, o un PF y no un PP. En cada servicio, siempre hay un experto, más versado que el supervisor, que es al que hay que acudir en caso de duda.

Otro estudio, este de la universidad de Mississippi, ha descubierto que el poder que influyen las planillas es mayor con los años. Al principio, cuando eres un enfermero novato, ajeno a su magia, eres capaz de apreciar lo obsesionada que están tus compañeras y te hace hasta gracia. Pero, poco a poco, de manera sibilina y astuta, las planillas te hacen sucumbir a sus encantos y a los años te ves hasta haciendo fotos y mandándolas por WhatsApp a tus compis. Sabes que en cuanto ellas las reciban, pararán de hacer lo que estén haciendo, para acercar con sus deditos la imagen y ver qué fin de semana libran.

Ese mismo estudio ha descrito los distintos estadios de los afectados por las planillas:

Estadio 1. El leve. Cada semana se aprende lo que hay en su fila. No es capaz de más.

Estadio 2. El grave. Se sabe de memoria todas las letras que hay en la planilla del mes. Para ello ha dejado de hacer algunas actividades del trabajo por el que le pagan.

Estadio 3. El gravemente grave o «*pá* que lo ingresen». Se sabe de memoria todas las letras que hay en la planilla del mes, incluidas las filas de sus compañeras. Para ello prácticamente no ha ejercido ni una de las actividades del trabajo por el que le pagan.

¿Entendéis ahora mi preocupación? ¿El porqué de esta entrada en el blog? ¡Compañeros, no permitamos que nos sigan haciendo daño! ¡Ignorémoslas! ¡Tirémoslas por la ventana! ¡Que cada uno vaya a trabajar cuando quiera!

Después de esta pequeña idea revolucionaria (se me ha ido un poco la cabeza, lo reconozco), creo que os quedará claro, que si preguntáis algún día a una enfermera, con solera, no a una recién llegada, sobre qué es lo más importante de su trabajo, ella sin ninguna duda os responderá (os pido que le echéis imaginación y figuréis la voz de Gollum, para darle un toquecillo de humor):

—Mis planillas.

## **Año 3003. (Unas horas después)**

La decepción se está apoderando de Will. Los símbolos de la piedra Rosetta nada tienen que ver con la hoja que le ha quitado el sueño estos tres años. No se puede creer que su viaje haya sido en balde. Will cae al suelo afligido; no le quedan fuerzas para seguir viviendo...

—¿Estás bien?

¡Una voz! Will ha sentido una voz a su espalda, ¿se habrá vuelto loco? De pronto advierte una mano en su hombro.

—¿Puedo ayudarte?

Will se gira entusiasmado. Y ahí está, una mujer, preciosa, de su edad (ni hecho aposta), parecidísima a...

## **Año 3005**

Will y Halle pasean abrazados por una desértica París. Esperan su segundo hijo. No sé deciros si descubrieron la verdad. Lo que sí puedo aseguraros es que a veces, sobre todo cuando Will saca de su bolsillo el dichoso papel, sienten que alguien los acecha y en ocasiones oyen una voz de ultratumba pronunciar:

—Mi tesoro...

# Capítulo 17

## Cuando te comes un payaso

—Lo de esta alarma...

—¿Otra? —exclamo.

—Hermana Julia, podría pasarme años mostrándole alarmas. Le enseño las más significativas u originales —me aclara, con voz sosegada.

—¡Vaya! y yo que pensaba que había sido una buena profesional, con mi carácter, pero profesional.

—Esto no quiere decir que no lo haya sido. Todo el mundo atesora muchas alarmas negativas. No es usted la única. Ahora mire este suceso:

Se abre la pantalla y me veo en la habitación de un paciente explicándole que le voy a poner una sonda nasogástrica y después una vía periférica. Hasta ahí, bien. Pero es que cuando describo la primera técnica expongo que es muy dolorosa y que más le vale estarse quietecito para que no se vaya al pulmón y tengamos que operarle de urgencia... (¿Eh? ¿Qué me había tomado ese día? ¡Eso es una exageración!). San Pedro activa el *zoom* de la pantalla y muestra la cara del pálido enfermo. ¡Es Mateo! ¡Ahhhh, ya me acuerdo! Después, adelanta la imagen y veo a Mateo ya sondado y a mí canalizándole una vía sin problemas, mientras que le miento diciéndole que le he roto una vena y otra y otra. Hasta que más que medio mareado me ruega que pare y yo me incorporo y con una sonrisa maléfica le notifico que era una broma. Recojo mis cosas y me voy.

—Ese hombre estuvo mareado media tarde. Era muy aprensivo.

—Ya, ya lo sé. Fue una bromita. Se la merecía.

—Pues hay con ciertas cosas que no se puede bromear, ¿no cree? —me reprende.

—¿Pero no sabe quién es? —Me da a mí que no.

—No. ¿Quién es?

—¡Ahhhh, claro! Déjeme que se lo explique.

—Perfecto.

—Ese hombre con cara de buena persona el día anterior fue mi examinador del carnet de conducir. El tipo más desagradable, arrogante y maleducado que me había echado a la cara.

—¿La suspendió?

—Llevaba más de setenta clases. Ágata y yo nos apuntamos juntas a la autoescuela. Al principio fue divertido. El teórico lo aprobamos sin problemas, pero las prácticas... Mi hija una artista y yo un desastre. Tenía ya cuarenta y pico años. Me pilló un poco mayor. El caso es que me decidí a examinarme y allí que fui. Nada más verme, Mateo, el sumiso paciente, me miró de arriba abajo con gesto despectivo y ronroneó algo que no entendí pero imaginé que era: «¿A dónde va la vieja gloria a sacarse el carnet?».

—Eso lo supuso usted —me interrumpe san Pedro.

—Sí, pero luego él me lo corroboró. Cuando iba a empezar mi examen y estaba colocando mis espejos, soltó:

—Señora, céntrese que aprecio mucho mi vida.

—Y yo la mía, caballero —le respondí indignada.

—Pues ya estamos de acuerdo en algo, así que si quiere damos el examen por terminado y nos ahorramos el viajecito.

Mi profesor me dio un toquecito suave en el hombro para que no reprochara, y arranqué. No salí de Móstoles. Mateo comenzó a rezar el Padre Nuestro en alto, el Ave María y todo lo que se le ocurría. «Más despacio». «No hay prisa». «¡Tenga cuidado!». «¡Ay, ay, ay, la furgoneta!». «Despacio, por favor». «Frene, frene». «Nos la vamos a pegar». Así se pasó los diez minutos del examen. Haciéndose el gracioso y el asustado. Llegó un momento en que yo ni veía de los nervios. Me temblaba todo y solo quería parar y echarme a llorar. Que al final es lo que hice. Me aparté en un arcén, bajé del coche y dejé que las lágrimas corrieran a raudales. En ese momento, el aparentemente asustado examinador salió y con voz arrogante pronunció:

—Está usted suspendida. Yo no le he indicado que estacionara.

—¡Llevo suspendida desde el principio! —le grite desconsolada.

—Está equivocada. Yo solo he interpretado lo que va a hacer la gente cuando se monte por primera vez con usted. Y, como ve, no ha podido afrontarlo. Para conducir hay que tener la cabeza fría.

—¡Váyase a la mierda! —es lo único que pude contestarle.

—Bien, pero usted vaya al asiento del copiloto, que ya ha terminado su examen.

Lo odié. Más que a nadie en el mundo. Y, yo creía que el cielo me lo había ingresado al día siguiente en mi planta para proporcionarme la opción de la venganza. Nada más verlo aparecer lo conocí y se me fue de las manos.

—¿Por?

—Porque la sonda no era estrictamente necesaria... le hicimos un lavado gástrico cuando no había indicios de hemorragia, pero cuando le conté al médico quién era se nos ocurrió que una sondita nasogástrica no le iba a venir nada mal...

—¿De verdad? ¡No me lo puedo creer! ¡Eso es mucho peor!

—No se crea, le salvamos la vida. Le habían diagnosticado de angina de pecho y lo que tenía era una úlcera sangrante que no había dado la cara y al hacerle el lavado lo averiguamos. Eso pasa mucho en medicina, no se crea, de un error descubres el acierto. Además, él lo supo más tarde y me perdonó.

—¿Mateo y usted? —frunce su entrecejo. Esta vez sí le he sorprendido.

—Sí, Mateo y yo... fíjese las vueltas que da la vida. Mateo ha sido otro de los hombres más importantes de mi vida. Compartí casi quince años con él, hasta que murió.

—¿Murió?

—Sí, en un accidente de tráfico. Él no tuvo la culpa. Fue horrible... Lo he echado de menos todos los días del resto de mi vida. Mateo me hacía reír, era puro sarcasmo y talento. Actuaba en una compañía de teatro. Llenó mi vida de actividades, de viajes, de acción. Ágata lo quería mucho. Las dos lo quisimos mucho y cuando falleció lo pasamos muy mal. Él nos apoyó desde el principio con lo de la acogida y formó parte de nuestra particular familia.

—¡Qué pena! Pero pasó a una vida mejor...

—No sé yo... Mucho me temo que él sí que ha catado las calderas del infierno. Hubo de tener miles de alarmas. Liaba cada una en los exámenes...

—No le puedo decir... Pero lo que sí puedo decirle es que lo de la acogida sí lo sé. Fue muy valiente por su parte —expresa sincero asiéndome de las manos.

—Ser familia de acogida fue una gran experiencia, san Pedro —

reconozco emocionada por tantos recuerdos. Este repaso a mi vida está resultando de lo más emotivo.

# Bromas aparte

Cuando le preguntan a actrices de moda o a mujeres famosas y despampanantes sobre qué es lo que buscan en un hombre (cuestión igual de típica como de absurda, «¡a ti te lo van a decir!»), ellas siempre se lo piensan, como si fuera la primera vez que se lo plantean, y tras una profunda reflexión suelen contestar:

—Definitivamente, para mí lo más importante es el sentido del humor.

Permitidme que emita un pequeño: «¡Ja!»

Pero tras ese mínimo desliz incrédulo y un tanto cínico por mi parte, dejadme deciros que llevan razón:

Definitivamente el sentido del humor es de lo más importante. Leyendo sobre la risa me he encontrado con estas dos citas de Charles Chaplin:

«Ríe y el mundo reirá contigo; llora y el mundo, dándote la espalda, te dejará llorar».

«La risa es un tónico, un alivio, un respiro que permite apaciguar el dolor».

¿Por qué las he elegido? ¿Qué es lo que vengo hoy a querer decir en este blog? Pues que nosotros, los sanitarios, necesitamos que uno de los más importantes de los sentidos (después del «común»), nos visite a cada turno. ¿O no?

Como siempre esta entrada se puede extrapolar a todos los ámbitos, pero yo solo conozco este (y el de palomitera del cine cuando tenía dieciocho años).

¡Qué bien sientan unas risas en el trabajo! ¿Verdad? ¿Y una broma? ¿Cómo llevamos los sanitarios el tema bromas? Hay de todo... pero me han venido al recuerdo unas bromitas, algunas vividas por mí y otras escuchadas, que me apetece describiros y así quizás desempolvar algunas vuestras perdidas en la memoria.

Creo que esta es muy típica, por lo menos en Urgencias de mi antiguo hospital lo era. Abrían hojas en admisión falsas, de pacientes con nombres falsos y los médicos o enfermeros que salían a las habituales salas de espera atestadas de gente escuchaban como estos gritaban:

—¡Elena Nito del Bosque!

—¡Armando Guerra Segura!

Una noche me lo contaba un compañero de lo más guasón y me dio un nuevo nombre. Se me encendió la lucecita y allí que fuimos los dos a admisión, a pedirles que nos siguieran el rollo y nos abrieran una hoja con dicho nombre. No pudieron resistirse, y cuando nos dieron la hoja con las pegatinas la dejamos apilada con el resto a la espera de que el médico la cogiera y saliera a llamarlo.

¡Qué nervios pasé! Yo no valgo para gastar bromas, siempre me da la risa. Cada vez que veía que un residente se acercaba a la pila de hojas me entraban los siete males. Hasta que, al fin, una residente muy joven agarró la hoja y salió a voz en grito:

—¡Yatem Kule! —Os subrayo donde marcó el acento a la primera llamada.

Por supuesto nadie respondió. Así que cambió el acento:

—¡Yatem Kule!

Repitió el nombrecito en reiteradas veces, sin atender las risas de todos los que aguardábamos dentro, y sin más pasó a llamar a otro enfermo. Creo que jamás se enteró de la broma. Lo que yo me reí...

Me reí menos cuando, recién salida de la carrera, en esa misma Urgencia (era un infierno de curro y me consta que lo sigue siendo, pero las noches daban para mucho), uno de mis primeros turnos de diez de la noche a ocho de la mañana, a las seis de la mañana (muerta en vida) me llamó el supervisor de guardia para decirme que una compañera no iba a poder venir por la mañana a trabajar, y que otra compi nueva o yo teníamos que doblar. El tono del supervisor daba miedo, yo no lo conocía, pero no dejaba espacio a la negativa. Me dijo que lo consultara con mi compañera y que en diez minutos me llamaría al mismo teléfono. Con un nudo en la garganta (tenía veintiún añitos) fui a hacer lo propio y descubrí la misma cara de susto en la otra pardilla que la que mostraba yo. Y es ahí donde el resto de compinches estuvieron magistrales. Se hicieron los enteradizos y, uno a uno como un cuentagotas, venían y nos advertían de que ni se nos ocurriera aceptar, que no nos podían obligar, que dijésemos que teníamos otro trabajo. Pero yo no me veía con fuerzas de negarme y mentir al «supervisor», no fuese a ser que me

tachasen de la lista para siguientes contratos. No me llegaba el pijama al cuerpo, el ambiente se iba caldeando y los compañeros con más experiencia y mala leche casi nos exigían que, para no crear precedente, nos opusiésemos en rotundo. ¡Pero yo era una contrataducha! ¿Cómo iba a esquivar al supervisor con más malas pulgas de la Seguridad Social?

Sonó el teléfono y... ¡pillé la voz del bromista de la Urgencia! Creo que nunca he respirado más tranquila.

Como todo en el mundo, depende cómo se mire y cómo se escuche, la versión puede cambiar ciento ochenta grados. Y en el tema bromas la línea divisoria entre el mal gusto y la chanza es muy sutil.

Que se lo digan al celador que tuvo que llevar un «exitus» a mortuorio por esos pasillos largos y desangelados que hay en cualquier hospital que se precie y, de repente, el muerto se levantó de la camilla. Según me ha contado, creo que le salió mal la jugada al gancho, porque el celador del susto tiró la camilla y el «resucitado» se rompió el brazo (¿accidente laboral?).

Devanándome los sesos para recordar alguna bromita más, he caído en la cuenta de cuando pagarías lo que fuera porque lo que te esté sucediendo en ese instante fuera una chanza de tus compañeros. Por ejemplo, cuando estás tan tranquilo en tu camita y te suena el teléfono, te acuerdas de la madre de Paneque, pero lo coges y escuchas a un compañero que te dice:

—¿Dónde estás? Te estamos esperando.

—¿Ehhh?

—Tienes que trabajar.

Y toda la adrenalina de los seres que habitan tu portal se fusiona en tu interior para levantarte de la cama casi levitando y arrastrarte tembloroso al baño, para acicalarte en menos tiempo que un dibujo animado. Si no os ha pasado nunca, rezad porque no os suceda, porque es de lo más desagradable.

Finiquitando esta entrada si a mí me preguntaran qué es lo que le pediría a un buen compañero, creo que contestaría: «Definitivamente que tenga sentido... común y del humor».

# Capítulo 18

## Familia de acogida

—Usted hizo de su hogar una casa de acogida. Lo sé, hermana Julia — asiente san Pedro.

—Bueno, pero eso fue más cosa de Ágata. Ella estaba estudiando Trabajo Social, había hecho prácticas en una residencia de acogida y le pareció que algo tenía que hacer al respecto. De tanto hablar del tema, me sensibilizó y decidimos probar.

—Fantástico. Valiente y fantástico, hermana Julia.

—Pero este nada tiene que ver con la enfermería, ¿no? ¿Y con mis alarmas? —Reconozco que nunca me he sentido muy cómoda hablando de este tema. En parte, porque muchos de mis amigos no entendían que yo metiese a niños y adolescentes desconocidos en mi casa, y en otra parte porque podía parecer que alardeaba de alma caritativa y era todo lo contrario. Esos niños nos enseñaron a Ágata y a mí mucho más que nosotras a ellos.

—Sí, nada que ver, efectivamente. Pero estamos haciendo un repaso por su vida y, como antes le dije, usted tiene muchas alarmas positivas. Con esta labor, acumuló muchas.

—Pues no sé cuántas alarmas acumulé, pero experiencias, cariño y sabiduría adquirí de sobra. Y lo mejor es que todo ello lo compartí con mi fabulosa hija.

—Cuénteme un poco, hermana Julia... Salgamos del hospital un rato. ¿Cuántos niños acogió? ¿Lo recuerda?

—Por supuesto, catorce. —Todos y cada uno de ellos forman parte de mi vida. No podría olvidarlos.

—¿Por cuánto tiempo?

—Pues eso dependía del tipo de acogida. La gran mayoría eran acogimientos simples puesto que se preveía que la vuelta del menor a su hogar sería a corto plazo. Tuve tres niños en acogimiento permanente, a largo plazo.

Tres años uno, cinco otro y diez, Javi, mi ojito derecho.

—Y cuándo se marchaban ¿no lo pasaban mal?

—Pues sí, un poco. Pero mi hija y yo siempre tuvimos muy claro que estaban de paso, que éramos un puente hacia una vida mejor, y además siempre hemos mantenido el contacto con casi todos ellos. Forman parte de la familia. En nuestros cumpleaños, siempre vienen los que más tiempo compartieron con nosotras y eran más mayores. Javi, se fue con dieciséis, cuando su madre salió de la cárcel, pero venía a visitarnos todos los sábados y ya de mayor me llamaba todas las semanas. Él fue quien me consiguió el viaje a las Mauricio. Trabaja en una agencia de viajes. Estoy orgullosísima de él.

—Y yo de usted —me interrumpe.

—¿De mí?

—Sí, hermana Julia. Aunque en el hospital a veces su comportamiento fue francamente reprochable, esto que hizo por niños con problemas es digno de mi admiración.

—No fue para tanto... al fin y al cabo eran niños sanos. ¿Sabe? Los que sí son valientes y fabulosos son los que trabajan con niños en el hospital. He tenido alguna compañera, y se esfuerzan tanto... intentan que los peques olviden su situación y lo consiguen, pero ellos al final quedan tocados. Debe de ser muy duro perder a pacientes tan pequeños —reflexiono.

—Le doy toda la razón. Como ya le dije el cielo está lleno de enfermeras y de personal sanitario.

—Espero ser la siguiente —me atrevo.

—Ya veremos, hermana, ya veremos.

—De todas formas, esto lo pude hacer porque por fin conseguí lo más difícil que hay en un hospital.

—¿El qué? No la entiendo.

—Pues que conseguí el turno de mañana.

# La guinda

«Cómo han pasado los años, las vueltas que da la vida...».

¿Quién no se ha dicho esto alguna vez cuando se ve frente a un plato de lentejas y se le hace la boca agua cuando de joven no quería ni olerlas?

Los gustos van cambiando. Las preferencias van cambiando. La escala de valores va cambiando. El cuerpo, también (en un 99 % de los casos, a peor).

Si a mí me hubieran dicho cuando tenía veinte años que cuando llegase a los treinta y cinco, iba a preferir quedarme en casa un viernes viendo *Tu cara me suena* a salir a cenar y pegarme unos bailes, le hubiera respondido al aprendiz de clarividente:

—¡Tú estás *chala*o!

Si el *chala*o, jugándosela de nuevo, me hubiera vaticinado que con los treinta y cinco iba a preferir una quedada con amigos en una casa, en horario de comida, con la música bajita para poder hablar, que salir por la noche a darlo todo, le hubiera increpado con total convencimiento:

—¡Mira, que no! ¡Eso es imposible! ¡No tienes ni idea! ¡A mí me encanta la noche! ¡Yo sé quién soy!

Y el caso es que alguna vez me lo dijeron, y aunque no recuerdo exactamente quién y cuál fue mi respuesta (mi memoria vino estropeada de serie), sé que hube de contestar algo similar a lo anteriormente citado.

El primer contrato que me hicieron de enfermera fue en Urgencias en turno de mañana. Bien y mal. Bien porque era en Urgencias, mal porque era de mañana. Claro que apenas hice porque las cambié todas.

Por todos es sabido, en el ámbito hospitalario, que cambiar el turno de la mañana a la tarde es infinitamente más sencillo que al contrario. Quien tiene la mañana tiene el poder. Este es el porqué de esta entrada. Nunca pensé que una de mis mayores aspiraciones en la vida iba a ser la misma que la de los demás compañeros de fatigas. Nunca creí que aquello por lo que la gente discute, se clava algún que otro cuchillo y pide como su más preciado deseo a la Fontana de Trevi iba a ser el mío.

Porque si hay algo que el trabajador (de más de treinta años) anhela en el hospital, si hay algo deseado y envidiado a partes iguales, si hay algo por lo

que más de uno vendería su alma al diablo (en argot poético, en argot hospitalario es trabajar hasta en Medicina Interna o Geriátrica) es conseguir el TURNO DE MAÑANA.

El «de ocho a tres» no es nada fácil de lograr, amigos. Eso y ser fijo son la guinda del pastel del sanitario; eso te hace ir con la cabeza alta por Ibiza aunque vistas una talla cuarenta y cuatro; eso es mejor que Christian Grey en el cuarto rojo dispuesto a darte un repaso.

Son incontables las de «guerras civiles» que se han dado en cada servicio de cualquier hospital por el reparto de mañanas. Os confieso que nunca me he informado al completo (es una técnica que uso cuando no me quiero cabrear, prefiero no saber), pero hay multitud de «leyes o leyendas» que los interesados repiten como el credo. Os redacto las más contradictorias:



- En caso de haber contratados interinos o eventuales en turno de mañana y fijos en tarde, los fijos pueden pasar a la mañana y desplazar a los eventuales (siempre y cuando estos no sean familiares de cualquier directivo hospitalario).

La otra versión:

- Si el fijo no ha consolidado su plaza en turno de mañana, se quedará en el turno de tarde, aunque haya contratados en mañana (y eche espuma por la boca, oreja o anexos).

Sé que es un poco complicado de entender (tipo alcalde, vecinos, alcalde...) y más si no trabajas en este sector, pero para explicarme mejor:

Depende donde trabajes se hace una cosa u otra y ya te puedes poner rojo, como el famoso emoticono, que no tienes nada que hacer.

Y ahora me hallo en una disyuntiva cuando menos desveladora. El lunes que viene, los fijos, en el hospital en el que trabajo elegimos ubicación y turno. Va por orden de puntuación (tiempo trabajado) y pese a que en alguna entrada (leed los comentarios de “Tensiones en la planta”) me tildaron de «vieja gloria», soy de las últimas en elegir... ¿Y sabéis qué? Después de toda lo leído adivinaréis que: ¡¡¡Quiero la mañana!!! ¡¡¡Quiero la mañana!!! ¡¡¡¡Quierooooo la mañaaaanaaaa!!!!

Lo que antes era:

—¡Puaj, qué madrugón!

Ahora se ha convertido:

—¡Ufff, salir a las tres! ¡Qué pasada!

Lo que antes era:

—Paso de la mañana, hay muy mal ambiente.

Ahora es:

—Tú dame mañana y el ambiente ya lo creo yo.

Lo que antes era:

—¡Trabajar un sábado y un domingo de mañana! ¡Qué horror! ¡No puedo trasnochar!

Ahora es:

—¡Trabajar un sábado y un domingo de mañana! ¡Qué guay! ¡Puedo

comer con mi familia, tomar cañas con los colegas, ver a mi sobrino!

«Las vueltas que da la vida...».

Tengo una semana para valorar si quedarme en la tarde y salir a las diez en el frío invierno o irme (si queda algún hueco) a un servicio donde se trabaje mucho y regular (porque para uno bueno no me llega) a costa de ese ansiado ocho a tres. Y como he empezado con una canción, acabó con otra un poquito versionada: «¿Qué pasara? ¿Qué servicio habrá? Puede ser día o noche...tan, tan, tan...».

# Capítulo 19

## Al otro lado

Le detallo a san Pedro que debido a que ya era toda una institución en mi servicio de Medicina Interna, nadie llevaba tanto tiempo como yo, me pude quedar en el turno de mañana y por eso pude encargarme de los niños de acogida.

Recuerdo aquella época con mucha felicidad. Mi hija y yo sumadas en un proyecto común: ayudar a esos niños a no perderse por tener dificultades familiares. Nos volcamos en hacerles ver que eran importantes, seres individuales ajenos a los errores de sus padres. Creo poder afirmar que en casi todos los casos lo logramos. Hubo algún niño de trato más peliagudo, pero para eso nadie como Mateo. Los ponía firmes en seguida.

Mateo y yo formamos un gran equipo. Creo que nadie me ha hecho reír tanto como él. A veces, la gente nos miraba cuando nos tronchábamos en algún restaurante o en algún lugar público. Se suponía que a esas edades las parejas no llamaban tanto la atención, pero con él y sus salidas era imposible.

Su accidente fue un duro trance. No le he dicho a san Pedro, porque tampoco venía al caso, que en esa época yo estaba recién salida de una enfermedad. Me tenía que tocar... a mis cincuenta y ocho me diagnosticaron cáncer de mama. En fin, mi vida no ha sido nada fácil, como la de cualquier otro. Gracias a que me trataron extraordinariamente rápido, me salvé. Mateo y mi hija me ayudaron para que no me derrumbara y así fue. Estuve fuerte durante toda mi enfermedad y cuando celebrábamos que me había curado Mateo se fue sin que yo pudiera hacer nada. Sentí tal vacío que solo refugiándome en el trabajo y en mi hija pude remontar.

—¿Qué piensa, hermana Julia? Se ha quedado muy callada.

—Perdón, estaba recordando. Ahora me parece que mi vida ha sido tan corta...

—Lo importante no es la longitud, es la cantidad de vivencias, eso es lo

que le da calidad a su paso por la vida, y usted, Julia, ha acumulado multitud de experiencias. Ha aprovechado su tiempo.

—¿Queda mucho para saber que va a ser de mí?

San Pedro me mira sonriente.

—No, hermana, queda poco. Ahora le voy a poner una alarma diferente.

—¿Positiva?

—No, diferente. Cuando a usted le tocó ser familiar de paciente y montó la de Herodes.

Intuyo por donde me va a salir así que me preparo para verme hecha un basilisco.

San Pedro abre la temida ventanita y contemplo la escena lo más relajada que puedo.

Mi hija Ágata acuna en brazos a mi precioso nieto, Samuel, para calmarlo de un berrinche tormentoso. A dos metros, yo discuto con la enfermera de la planta:

—Samuel no está comiendo nada. A mi hija no le sube la leche y el niño no para de llorar, ¿es que no le oís? ¡Ah, no, claro! ¿Cómo lo vais a oír si no pasáis por aquí? —Sarcasmo estilo Wyoming.

—Sí, sí lo oímos, señora —espeta una arrogante joven de veintipocos años—, pero no podemos hacer nada. La lactancia al principio es dura, pero luego compensa. —Su entonación no es instructiva, aunque por el mensaje pueda parecerlo, suena a retahíla.

—¡Pero si no está lactando! ¡Queréis traerle un biberón de una maldita vez! —Subo la voz; lo admito.

—No podemos hacer eso. El niño se podría acostumbrar —sentencia, aparentemente ajena a mi indignación.

—¿A qué? ¿A comer? —interrumpo—. ¡Qué fatalidad!

—Se podría acostumbrar a la facilidad del biberón y tirar por tierra la lactancia y no es eso lo que queremos, ¿verdad?

Mi hija Ágata que permanecía callada, rompe su silencio con tono angustiado:

—Por favor, traedle algo, no ha comido nada y está hambriento. Estamos muy preocupadas. —Se le resbalan lágrimas de los ojos.

—Es normal —responde la yihadista de la lactancia materna, sin una

pizca de empatía—, pero es mejor que no. —Y se da la vuelta para irse.

Es ahí cuando se me va de las manos, la agarro de un hombro para girarla, y frente a frente le recrimino:

—Te estamos diciendo que le traigas un biberón.

—Y yo le estoy diciendo que no, que esperen un poquito.

—¡Pero bueno! ¿Quién te has creído que eres? ¿Nos vas a decir tú como criar al bebé?

—Yo soy la enfermera, señora.

—Pues yo soy la abuela, y te digo que le traigas un biberón ahora mismo.

De los gritos, varios compañeros de la enfermera han entrado a ver qué ocurría.

—Tendrán que firmármelo —parece que cede.

—¿Firmar el qué? —pregunta Ágata.

—El biberón.

—¡Como si te lo tengo que pagar! —replico—, ¡pero traed un biberón ahora mismo!

San Pedro cierra la ventana. Se toma un tiempo para ladear su cara y atenderme. Me lo encuentro con una media sonrisa, una mirada atenta y un casi inapreciable mecimiento de su cuello.

—¡Vaya, vaya, hermana Julia! Esta vez fue usted la que no se comportó de una manera aceptable con el personal sanitario.

—Ha sido la única vez, san Pedro. Pero es que me sacaron de mis casillas. Antes de esto estuve enferma de cáncer.

—Lo sé —confirma.

—Y nunca puse ninguna queja. Me crucé con gente maravillosa y gente olvidable pero no hubo problemas. Sin embargo, aquí... ver a mi hija tan preocupada, a Samuel berreando y cada vez que llamábamos al timbre nos venían con la misma monserga sin acercarse al bebé. Fue un cúmulo de negativas y ya estábamos desesperadas. De verdad, que yo no podía entender aquella obstinación. Luego les pedí perdón por las formas, no se crea... Vinieron hasta los ginecólogos a hablar con nosotras para tranquilizarnos.

—Pero la enfermera estaba haciendo su trabajo.

—No, la enfermera estaba imponiendo su criterio sin escuchar. Asumo, como le he dicho antes, mis malas formas, pero el bebé era de mi hija y más

bien parecía de ella. Fue darle el biberón y quedarse tranquilo. Al poco le subió la leche a Ágata y comenzó su lactancia materna sin más problema.

—¿Pero entiende que es posible que eso es lo que sintiesen a veces algunos pacientes con usted, cuando les imponía alguna dieta, tratamiento, ayunas o les negaba algo? No digo que estuviera bien o mal la actuación, le digo si puede comprender la frustración que se siente cuando se está al otro lado y dependes de otros para subsistir.

—Sí, lo entiendo —reconozco.

—Bien, eso es lo que quería hacerle ver. Cuando alguien ingresa en un hospital se despersonaliza, pierde su autonomía y depende del personal sanitario para muchas actividades que antes ejercía él. Por eso hay que ponerse en la piel de aquel que está padeciendo y tragarse a veces nuestro propio orgullo o criterio para hacerle la situación más fácil.

—Tiene razón. Lo que sucede es que en el día a día no es asunto sencillo.

—Lo entiendo, no se crea que no lo entiendo.

—En el día a día, te dejas llevar por las prisas, por la costumbre y te olvidas de empatizar. Aunque hay cada caso... a veces nos hacían cada preguntita que te quedabas hecha trizas.

# Ingenieras de la NASA con pijama

En muchas ocasiones cuando salgo de una habitación y reparo en las preguntas, ruegos y dudas que me han expuesto dentro me cuestiono: «¿Podrían ficharme los de la NASA? ¿Somos las enfermeras unas eruditas invisibles e infravaloradas? ¿Realmente estoy bastante por encima de la media?».

Porque yo os prometo que mi nivel cultural anda justito. Es decir, yo tengo bastante cultura general, lo que me ocurre es que no la recuerdo. En Historia y Geografía estoy bajo mínimos y descendiendo a la vez que cumplo años y mi memoria hace huecos para nombres de series. Creía sinceramente que era una tipa normal, con un intelecto normal, más o menos como mis compañeras, cada una despunta en algún tema o habilidad, pero visto lo visto, y aunque suene pretencioso:

«¡Enfermeros y enfermeras del mundo somos unos lumbreras!».

Y no, no me he levantado con el ego subido y me estoy tirando el pisto, os pienso poner ejemplos, aunque supongo que vosotros tendréis miles de anécdotas que refuerzan esta opinión:

Una tarde se me acercó un yerno, con pinta de repipi, para pedirme que subiera la cama de su suegra. Os explico que nuestras camas son articuladas y eléctricas y que se manejan con un mando en el que hay unas flechas y unos dibujos que indican el movimiento, y que son tan sencillas —o eso creía yo— que hasta un «niño de teta» podría activarlas. Pues como lo que te adoctrinan en la escuela de enfermería es que hay que fomentar la autonomía del paciente y su familia, me dispuse a informarle al buen señor, del funcionamiento del mando, para que la próxima vez pudiera hacerlo él.

«¿Bien, no?»

¡Ja, ja, ja! ¿Para qué quieres más?

Me expuso —sin ponerse colorado— que aquello era un galimatías, que cada uno sabía de lo que sabía, y que él no tenía por qué entender de mandos (totalmente en desacuerdo, si de algo hay que entender hoy, es de mandos). Me acabó preguntando si yo conocía las teorías de Kant —ya os he dicho que era

un repipi— y se negó a que le enseñara el funcionamiento del mando. ¡Ah! A ninguna de mis compañeras, ni a mí, nos dieron un ciclo formativo sobre el dichoso mando. Lo dedujimos nosotras solas. ¿Entendéis por qué creo que deberían ficharnos los de la NASA?

En el día a día, me hacen cada cuestión que se me cae el alma a los pies. Así no salimos de la crisis nunca. Cosas como llevar un sobre de algún medicamento y que te pregunten si lo echan en un vaso con agua o que vengan asustados al control de enfermería porque se ha desatado la mano un paciente con sujeciones y tengas que ir tú a pegarle el velcro (muñequera con velcro, creo que se usaban ya en la antigua Roma). Ni que decir cabe, las veces que llaman al timbre porque precisan ayuda para ejercer procedimientos básicos para la vida diaria, como que les abras la ventana, subas la persiana porque no saben, des la luz porque se lían con los interruptores, informes del funcionamiento del teléfono (descolgar y llamar, básicamente), de cómo se abre el sillón, etc. Actividades que a mí nadie me ha enseñado a hacer, que son de cajón de pino.

¡Cuidado! No hablo de abuelitos, ni de pacientes muy graves. Hablo de mediana edad y de gente joven, aparentemente autosuficiente. Me refiero a seres humanos que conducen, cocinan, usan tarjetas de crédito, tienen móvil, manejan internet y han superado la pantalla cien del Candy Crush. De esos que si les para Juanra Bonet —*Lo sabe o no lo sabe*— hacen un ridículo memorable.

No me queda más que dar la enhorabuena a los enfermeros del mundo:

«¡Enhorabuena! Porque sois astutos, resolutivos, creativos, intuitivos, cuidadosos, preparados, empáticos, organizados, trabajadores inagotables, curiosos, observadores, caritativos (sí, caritativos, a los que nos pagan la noche se le llama caridad)».

Después de este baño de alabanzas generalizado, he de añadir a los que no sois enfermeros y estáis ojeando esta entrada: Queridos, incluíos en el párrafo anterior. Si estáis leyendo un blog, pasáis directamente a estar por encima de la media. ¡Enhorabuena!

¡A celebrarlo!

# Capítulo 20

## Dictamen final

Tras un silencio reflexivo, después de leer la entrada, le comunico a san Pedro que me extraña que no me haya mostrado el momento posterior a la escena de la lactancia, cuando vinieron los ginecólogos y lo volví a ver.

—¿A quién vio?

—¡Ayysss, san Pedro! ¡Ya le dije que mi vida da para una novela!

—Me hago cargo. Continúe, ¿a quién vio?

—¿A quién volví a ver? —corrijo—. Ya me lo había cruzado en una consulta cuando lo de mi cáncer. Él entró a preguntar algo a su compañero y a mí me sonó su rostro. Mi ginecólogo hubo de notar mi interés porque me lo presentó:

—Julia, este es el doctor Edel León.

Creí morirme pero disimulé lo mejor que pude. Le tendí la mano y sin más él se marchó.

No quise remover nada y lo dejé pasar. Hasta ese día cuando apareció de pronto en la habitación y se encontró frente a Ágata.

—No la entiendo, Julia.

—Yo se lo explico, pero le informo que esto nada tiene que ver con la alarma, esto es mi vida personal.

—Gracias por el aviso. Cuente, cuente. —San Pedro me guiña un ojo y yo no puedo evitar sonreír ante este hombre. Es totalmente achuchable.

—Ese doctor era cubano, al igual, no sé si recordará, que el padre de Ágata. Al principio no le conté cómo lo conocí. Él era el socorrista del hotel donde me hospedaba. El primer día quise darlo todo (como buena guiri) y borracha de tanta barra libre me caí a la piscina. Él me socorrió. Cuando me vi entre esos brazos tan fuertes me desmayé. Él me llevó a su botiquín y allí me administró suero y varias reprimendas por inconsciente. Hablamos. Me contó que estudiaba medicina y que quería salir de Cuba. Fue un flechazo.

Pasamos la semana entre el botiquín y mi habitación. Fue muy especial.

—Y se quedó embarazada.

—Y me quedé embarazada, sí. Y nunca se lo dije. Tenía su dirección pero asumí que yo había sido una de tantas y preferí ahorrarme el chasco.

—¿Se da cuenta de que lo privó de ser padre? —Intuyo malestar en su voz.

—Sí. Estuvo mal. Era joven. Todos los de mi alrededor me aconsejaron que no lo llamara. Los cubanos tenían fama de caza mujeres españolas y lo etiqueté en ese prejuicio, sin más.

—Mal hecho, ¿pero esto qué tiene que ver?

—Mucho. El ginecólogo que se presentó en la habitación...

—¡Noooo! ¿No me dirá que es el mismo? —exclama atónito.

—Pues sí. El doctor Edel León, el que un año antes me crucé en la consulta de oncología, era el padre de Ágata.

—¡No me diga! —Se lleva las manos a la boca alucinado.

—Sí, sí le digo, y si le cuento...

—Cuente, cuente —insiste.

—Pues que él ya sabía que yo trabajaba allí. Cuando consiguió venir a España encontró trabajo en mi hospital y él recordaba que ese era el mío. Indagó, sin que yo me enterara, y alguien le dijo que yo estaba casada con Mateo y tenía una hija. Después de eso no quiso forzar nada y no se presentó ante mí. El día de la consulta se enteró de que yo tenía cáncer y movió cielo y tierra para agilizar mis trámites y que todo fuera mucho más rápido, pero yo ni me percaté. Gracias a él pude curarme.

—¡Por favor! ¡Lo que me está contando es increíble! ¡Qué hombre!

—¿Verdad que sí? El caso es que cuando entró en la habitación y se topó con mi hija entendió que era también la suya. Son clavados.

—¿Y qué hizo?

—En la habitación nada, pero al salir me pidió que lo acompañara.

—¡Oh, oh! ¡Qué nervios!

—No le digo nada, temblaba como Quique tembleque.

—¿Como quién?

—Nada, un juguete de mi época. El caso es que lo seguí con el corazón en un puño a un despacho vacío. Me hizo entrar delante de él y al pasar cerró

la puerta.

—¿Y qué le dijo?

—Pues me miró algo serio. Había envejecido pero seguía manteniendo su atractivo y una de sus virtudes era su sonrisa y al principio no había ni rastro de ella. Yo no era capaz de abrir la boca. «Hola, Julia», enunció mi nombre con sinceridad. Yo no encontré valor para actuar y le respondí: «Hola, Edel», asumiendo así que lo conocía.

—Muy bien —me anima san Pedro—. ¿Y después?

—Después dijo que había pasado mucho tiempo y me aduló refiriendo que estaba igual de guapa que cuando me conoció. Ya sabe, los cubanos... Yo recuerdo que me reí, la situación era surrealista y cuando estoy nerviosa me da, o por reír o por llorar. Él se acercó unos pasos para preguntarme:

—¿Es mi hija?

—Sí, es tu hija —asentí—. Me quedé embarazada en Cuba.

A continuación, sus ojos se humedecieron. Buscó una silla para sentarse y yo lo imité y me coloqué frente a él.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Y qué habrías hecho? —Llevé una mano a la suya—. No podías salir de Cuba y yo no quería inmiscuirte en mis problemas.

—También era mi problema. Era mi hija.

—Estimé que no. No sé cómo decirte esto sin ofenderte, pero los cubanos teníais muy mala fama por esa época. Más de una volvía con marido o con bombo... Decidí criar a mi hija sola. Lo siento.

—Yo también. Yo no era así. Me gustaste de verdad, Julia. ¿Sabes qué? Llevo más de diez años aquí.

—¡Diez años! ¿Por qué no me has buscado?

—Lo hice, pero me dijeron que estabas casada y no quise inmiscuirme.

Me llevé una mano a la boca de la sorpresa. En ese despacho fue cuando me enteré de su ayuda con mi tratamiento y me puso al día de su vida. Hablamos sin rencores. Edel es la persona más comprensiva que he conocido nunca, no me hizo sentir mal por haberle impedido compartir treinta años con su hija. Allí decidimos que Ágata debía conocer la verdad. Poco a poco. Lo presentaría como un amigo, hasta que en el momento apropiado le confesaríamos juntos la verdad.

—Buen plan. Me parece lo correcto —me interrumpe san Pedro.

—Claro, que no contamos con que mi hija era más lista que nosotros dos y en seguida ató cabos. Las visitas de Edel a mi casa eran tan frecuentes que le hizo sospechar. El novio de Ágata viajaba mucho y el primer mes ella estuvo en mi casa con Samuel. Edel nos visitaba dos o tres días por semana... y una tarde se lo preguntó sin prolegómenos.

—¿Le dijo la verdad?

—Le dijimos la verdad y asumí toda mi culpa. Ágata se enfadó durante un tiempo conmigo pero acabó entendiéndome. A partir de ese día, padre e hija se hicieron inseparables.

—¿Y usted?

—¿Yo, qué?

—¿Formó parte de la ecuación?

—¡Pues claro! Edel y yo nos volvimos a enamorar. De verdad, como dos adolescentes, jamás pensé que a mi edad podría sentir algo igual. Ha sido el amor de mi vida. Lástima que me haya durado tan poco. Solo cinco años. Íbamos a celebrar nuestras jubilaciones en las Mauricio... y voy y me muero, ¡menuda aguafiestas! Teníamos tantos planes... ¿Sabe? Con él quería ser mejor persona, ayudar a los demás. —Me tomo un respiro o me ahogo—. Lo van a pasar fatal. —Mi alma se hunde al percatarse. Se me escapan las lágrimas que llevaba tanto rato conteniendo.

—Tranquilícese, hermana Julia. —San Pedro me tiende sus brazos y yo me apoyo en su hombro para llorar a moco tendido.

—Pronto volverá a verlos, no se preocupe. Aquí el paso del tiempo es diferente.

—No lloro por eso, lloro por lo que les voy a hacer sufrir.

—Recuerde que ahora están juntos padre e hija y se van a ayudar el uno al otro. Además, el pequeño Samuel alegrará sus días... Hermana Julia, ya tengo su veredicto —se separa de mí.

—¿Sí? —pregunto— ¡Vaya! ahora ya me da igual, estoy tan disgustada...

—Tranquila. Le explico. Usted ha vivido como una buena persona, no ha cometido pecados desmesurados y ha ayudado a mucha gente. El infierno no es su sitio.

—Gracias —suspiro de alivio, mientras me enjuugo las lágrimas para

escuchar con atención.

—Ahora bien, sí que ha acumulado un sinfín de faltas leves y algunas me han dado bastante en qué pensar.

—Pero creo que se las he sabido explicar, ¿no?

—Sí, pero aun así entiendo que debe recapacitar un tiempo. Probablemente será breve y hasta le complazca su paso.

—¿Voy al purgatorio?

—Si quiere llamarlo así... pero sí, de momento donde no va es al cielo.

—Sí que es usted duro, san Pedro.

—No se crea, hermana, soy muy blando y usted me ha enternecido como hacía tiempo. Aproveche esta oportunidad para recapacitar y el cielo será suyo en la próxima visita. Estoy seguro de que lo hará bien.

—Bueno, pues si no hay manera de convencerlo... —me resigno—. Envíeme al rincón de pensar.

—Ha sido un placer conocerla, hermana Julia. —San Pedro hace sonar la campanita y los espectros de luz se aparecen ante nosotros. Me acerco a ellos sin necesidad de que me agarren de los brazos como a los anteriores expulsados.

—Igualmente, san Pedro. —Me giro para encontrarme con su dulce rostro y una tranquilizadora sonrisa que me hace avanzar con más decisión hacia los espectros. No será tan malo, ¿no? Pensándolo bien, nada puede ser peor que ser correturnos y eso lo sobreviví con éxito.

Asunto resuelto. No he sido la persona que se esperaba de mí y no entro al cielo. Mi carácter me ha podido en muchas ocasiones y me lo merezco. Me reconforta haber recordado escenas de mi vida que había olvidado por completo y, sobre todo, sentir que no he perdido el tiempo. Mi vida ha sido intensa. He estado rodeada de seres queridos a los que echaré de menos tanto que las lágrimas vuelven a empapar mi rostro pero pienso que a pesar de todo, si volviera a nacer, sería enfermera. Alcanzo a los espectros de luz y al tocarme siento un espasmo de calor. Desaparezco.

# Marañas

Hoy he renunciado a trabajar en mi hospital. Hoy he ido y he pedido el cese. No, no me he vuelto loca y he decidido dedicarme a escribir únicamente (no me daría ni para el pienso de mi perra). Como sabéis he aprobado la oposición y mañana me incorporaré en otra área. Debido a la rapidez con la que ha acontecido todo, a estas horas del final de este último día, desconozco qué sentir.

Comprendo que habrá gente que asuma los cambios al ritmo que estos se producen, pero no es mi caso. Cuando viajo a algún país extranjero tardo días en percatarme de que no estoy en España; pues bien, mañana viajo a mi extranjero laboral. A un extranjero incierto, incógnito, porque yo no conozco más que mi antiguo planeta. Y sigo sin saber qué sentir.

Catorce años, y sumándole tres de la carrera, por esos viejos pasillos que terminan en habitaciones y despachos con las mismas arrugas. Un macrohospital, con miles de trabajadores anónimos, pero rara vez no conozco una cara cuando camino por allí. Un hospital en el que nací como enfermera, y aprendí, me ilusioné, me motivé, pero también, me cabreé, me cansé, me desmotivé, tanto, que terminé escribiendo un blog que lleva por nombre: *Soy enfermera y me enfermo cada vez que lo pienso*.

Navego a un planeta más pequeño en el que no conozco ni a un alma. Acojona. Me voy a no sé qué turno y con qué planilla. Acojona. Pero me voy, surgiéndome unas cosquillitas de nervios y de ganas, que me dan la energía para valorar qué he hecho bien. Debía ser consecuente, no podía pasarme la vida quejándome y cuando, por fin, por milagros del destino y gracias a que alguien hizo el examen de oposición madrileña más confuso habido (y espero que por haber), se me ofreciera la oportunidad de cambiar, ahora me acobardara para no subirme a la nave.

Y allá voy... el día de la elección de hospital en la calle Sagasta fue mucho más emocionante de lo que imaginaba. Aquello era El Corte Inglés comparado con el Día, lo digo porque nos atendieron los trabajadores administrativos más simpáticos, sonrientes y facilitadores que me he encontrado jamás... hasta llegué a fantasear: «¿Será así mi nuevo mundo con

plaza fija?». Cuando me vi frente a la risueña mujer que esperaba a que le enunciara mi destino, hecha un mar de dudas y al borde de la lágrima, me armé de valor y opté por el cambio (muy al hilo del panorama político actual). Una amiga que me acompañó grabó ese momento y cada vez que lo escucho me engancho cada berrinche... soy de lágrima fácil, ya os lo he comentado en más de una ocasión.

Sí, a partir de mañana, seré funcionaria. Mola. A partir de mañana tengo trabajo fijo. Mola. Se acabaron los test, las academias y los papeleos anuales para la bolsa (no creo que haya nadie que deteste tanto entregar papeles como yo). A partir de mañana, cambio de planeta y sigo sin saber qué sentir. Una maraña de emociones se pelea por el protagonismo y es por eso, que padezco de una *neutralitis* rara en mí.

«¿Estaré en *shock*?». Probablemente, porque a quién le haya dado tiempo a digerir tanto cambio a esta velocidad preelectoral, debe ser un súper inteligente emocional.

Imagino que en unos días, cuando aterrice, comenzarán a surgir los sentimientos y me *desneutralizaré*. Imagino que añoraré todo aquello y a todos aquellos que han formado parte de mi vida laboral, de mi planeta desde los dieciocho años. Imagino que lloraré (eso, por descontado).

«¿Sabré ser enfermera en otro planeta?», mi gran duda, tonta, pero es lo que me pasa por la cabeza; nadie dijo que yo fuera lista.

En fin, os mantendré al día. No sabéis cómo me gustaría re-bautizar al blog, en unos meses, con un nombre más motivador... habrá que esperar.

# Capítulo 21

## Soy una blanda

«Aproveche y reflexione».

«No se deje llevar por su primer pensamiento. Analice».

«La vida es un juego y usted mueve toda las fichas. Medite cada jugada».

«El cielo la espera».

Con una extraña pesadez mis párpados se abren y la luz entra en mi retina.

«Pi, pi, pi», «tic, tac, tic, tac», oigo a mi alrededor.

Un pinchazo en mi cabeza cierra mis ojos de nuevo. Intento llevar mis manos a mi frente para aliviarme pero no encuentro fuerzas y parece que algo me lo dificulta.

¿Dónde estoy?

—Julia, Julia, ¿me oyes, mi amor? —Distingo la voz de Edel—. ¿Me oyes?

Siento su tacto en mi brazo acolchado y cómo deposita su mano en la mía. Lo aprieto.

—¿Estás aquí? ¿Verdad? —Percibo un regustillo angustioso que me propina todas las fuerzas de las que dispongo para abrir de nuevo los ojos y buscarlo. Me cuesta enfocar, veo algo borroso.

—¿Qué? —No logro decir nada más, mi garganta arde de sed.

—Has tenido un accidente, mi amor. Se te cayó la maleta. Fue por mi culpa, se me olvidó sacarla y casi te pierdo... —Escucho cómo tiembla su voz.

Le aprieto la mano para que se relaje. No recuerdo nada.

—Llevas dos días en coma. Has de sentirte muy mal, no te preocupes. Poco a poco, Julia. Descansa.

—¿Ágata?

—Ahora mismo la llamo. Tú descansa, pequeña, nosotros cuidaremos de

ti. Te quiero mucho, mi vida.

—¿Mauricio? —pronuncio agotada.

—¿Qué Mauricio? —se extraña—¡Ah, el viaje! ¡Mira que eres! —Ríe—. Pronto iremos, en cuanto te pongas bien. Te lo prometo. Descansa, te han puesto muchos sedantes.

Mis ojos se cierran agotados. Necesito dormir. Antes de desfallecer oigo una voz en mi interior que da saltos de alegría y repite como un eslogan publicitario: «¡Estoy viva! ¡Estoy viva!».

San Pedro atiende la escena emocionado. Se alegra de la decisión tomada. Julia se merecía salir del coma. En sus manos, estaba enviarla al cielo o permitirle vivir unos años más. Por eso la dejó para el final, necesitaba conocerla y valorar si era necesaria en su entorno. No todo el mundo lo es... puede sonar brusco, pero así es la realidad. Todavía le quedaban muchas cosas que aportar al mundo. Algo de lo que san Pedro era conocedor desde el primer momento pero quería valorar, tras relacionarse con ella, cómo iba a llevar a cabo esa función. Y sabe que va a ser imprescindible en su nuevo lugar.

Edel y ella ayudarán a niños desprotegidos en varios rincones de Sudamérica. Un médico y una enfermera, un hombre y una mujer, que han tardado media existencia en volver a unirse, pero que cuando están juntos regalan vida allá por dónde van.

San Pedro lleva las manos a sus rodillas cansadas mientras sonrío... le ha encantado conocer a Julia, una gran mujer y una gran enfermera, aunque ella no lo sepa.

FIN

# Agradecimientos

Este libro es más vuestro que mío. Este libro es un agradecimiento en sí. Este libro está repleto de la gente que me ha rodeado, de la que me rodea y de la que me rodeará. GRACIAS A TODOS.

Pero lo escribí cuando trabajaba en Medicina Interna, y se lo tengo que agradecer especialmente a todas y cada una de las personas que coincidieron conmigo en aquella planta. En la quince. En mis nueve años en la quince. Se dice pronto pero allí dejé parte de mi vida, de mi tiempo, de mi corazón. Conocí a gente fabulosa y me reí hasta hartarme, aprendí a ser enfermera y no morir en el intento y a tener más paciencia que una santa. Fueron muchas las experiencias y no todas buenas, pero cuando lo ves a través del paso del tiempo solo guardas lo mejor.

Casi todo lo que cuenta Julia me ha sucedido a mí, llevado en alguna ocasión al extremo, pero nada es pura ficción, por lo que si lo lees y reconoces alguna escena, te la dedico.

Por supuesto, se lo tengo que agradecer a las compañeras que me han ayudado y han sido lectoras cero y os dicto según estáis en mis contactos: Anita (mi baja), Cristina (Hd), Natalia (mi Cámara) y Laudrup (mi Albarrán). Gracias, de verdad, por vuestro esfuerzo.

He aprendido y aprendo de mucha gente y donde trabajo ahora no hay día que no descubra algo nuevo. Estoy rodeada de unos increíbles profesionales a los que tengo que dar las gracias y la enhorabuena porque os lo merecéis. Porque solo nosotros sabemos que son las cinco de la mañana en un turno de noche en la UCI, porque nos ayudamos, porque nos acompañamos y porque nuestro trabajo se trata de cuidar aunque no puedas ni con tu alma. Yo no puedo decir otra cosa: he tenido mucha suerte con la gente que me ha rodeado en mi carrera profesional. Este libro es tan vuestro como mío y me emociona pensarlo así.

Por supuesto, gracias a mi familia (en la que no hay ningún sanitario), que me apoya y entiende mis turnos.

Todas las entradas parten de mi blog *Soy enfermera y me enfermo cada*

*vez que lo pienso, aunque hay inéditas. Lo empecé a escribir porque necesitaba desahogarme, porque aquello era intenso de más, como se ha podido leer en el libro, porque la entrada “El misterio de la pastilla machacada” es verdad y no debería serlo. Me sirvió, me sentí apoyada y comprendida, por eso me he lanzado a publicar este libro, porque quiero que se nos oiga, que se nos entienda y que nos unamos para llevar a nuestra profesión a la gente. En enfermería, sobre todo cuando eres contratado, dependes de una llamada para trabajar y esa voz es la que te ubica, ya puede ser pediatría, primaria, UCI, planta, quirófano o vete a saber dónde, y no siempre te ha de gustar. A mí cambiar me vino muy bien y hace tiempo que me alegro de ser enfermera y que me gusta donde trabajo (aunque mejoraría algunos asuntos, seamos sinceros). Compañero, si no estás a gusto en tu servicio, pelea por cambiar, has de encontrar tu sitio.*

Son tantos los nombres que me vienen a la cabeza que no me atrevo a escribir ninguno, pero yo soy tal cual y estoy segura de que sabrás si eres uno de mis enfermeros-amigos a los que agradezco especialmente este libro.

No puedo obviar que no solo me he cruzado con compañeros fabulosos, también con pacientes que me han llegado al alma. De mi ex-planta, me viene la historia de Joaquín y su preciosa mujer Merche (ya sabes que me marcaste), y de mi vida reciente tengo muchas porque aquí la vida corre mucho más peligro y no entiende de edad, pero quiero mencionar y agradecer a Vanesa y a su marido por la lección de amor y de vida que me habéis regalado. Os toca luchar, pero sois unos jabatos.

Y, por último, gracias a ti, lector, enfermero o no, sanitario o no, gracias por llegar hasta aquí junto a mí. Un honor conocerte. Corre la voz y hazme saber tu opinión ([ireneferb@hotmail.com](mailto:ireneferb@hotmail.com)).